

¿Adiós al Plan Austral? Gambarotta, Sevares, Schvarzer
Política y sociedad: Ackerman, Bravo, Estévez Boero, Godio,
Marimón, Slodky

Debate sobre la izquierda: Altamirano, Valdovino, Flisfish,
La Porta, Paramio

Suplemento/4: Gramsci en América Latina: Ansaldi, Aricó, Calderón, Córdoba,
Colletti, Coutinho, Marramao, Portantiero, Rossanda, Sábato, Sofri

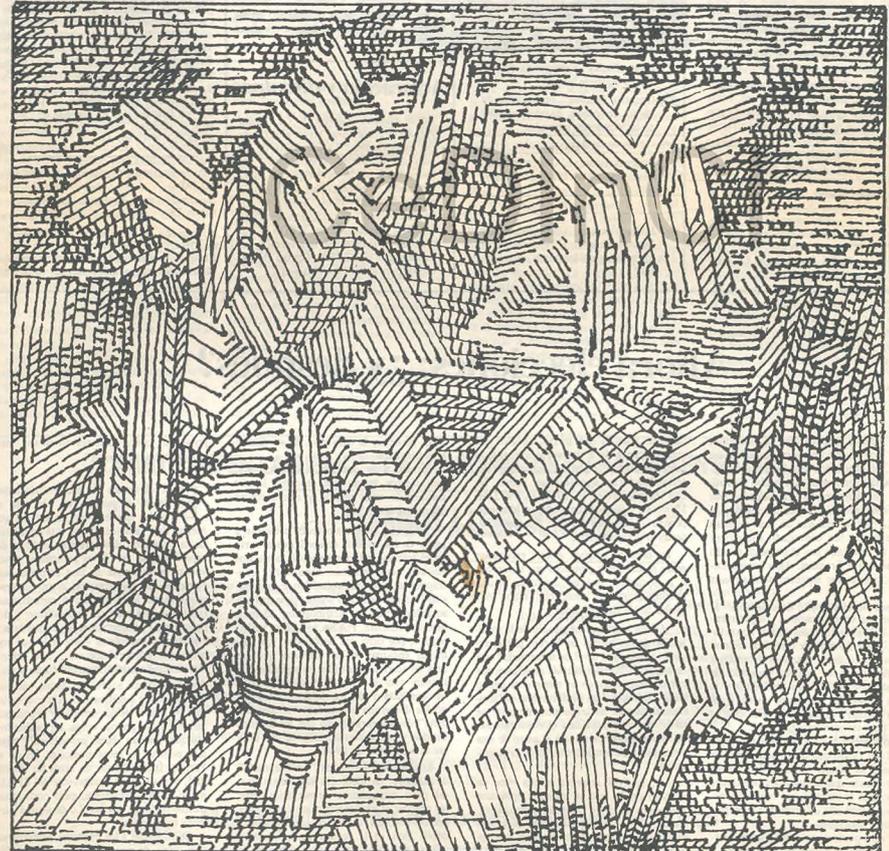
La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 6, agosto de 1987

★ 5.-



ARGENTINA
CENTRAL (B)
PARAGUAY (B)
URUGUAY (B)

Sumario

Editorial	
2	La Ciudad Futura: Ahora elecciones: ¿y después?
Temas de debate	
4	Guillermo Estévez Boero: Armonizar las instituciones con la realidad.
Debate sobre la izquierda	
5	Carlos Altamirano: Comencemos por reconocer los problemas
5	Javier Franzé: Conversación con Norberto La Porta: El socialismo y el porvenir.
6	Oscar Valdovinos: ¿Es posible la izquierda en Argentina?
La cuestión económica	
Adiós al Plan Austral?	
8	Héctor Garbarotta: Setenta devaluaciones y ningún valor
8	Jorge Schwarzer: Después de dos años, un balance.
9	Julio Sevares: El Austral, la economía, la política.
Debate sobre la "obediencia debida"	
9	Julio Godio: ¿Razón o pasión?
Suplemento/4	
Gramsci en América Latina	
12	Juan Carlos Portantiero: Gramsci en clave latinoamericana
14	Arnaldo Córdoba: Gramsci y la izquierda mexicana
15	Carlos Nelson Coutinho: Nueva lectura del populismo brasileño.
17	Fernando Calderón: El camino de la transformación en Bolivia.
18	José Arió: Gramsci y el jacobinismo argentino.
20	Waldo Ansaldi: Gramsci para historiadores
23	José Arió: Genealogía de una institución
23	Ernesto Sábato: Epistolario de Gramsci.
25	Giacomo Marramao: Antonio Gramsci en fragmentos.
25	Lucio Colletti: Adiós a él y a Turtelli.
26	Adriano Sofri: Una flor sin partido.
26	Rossana Rossanda: No tengam miedo. No tiene herederos.
La cuestión laboral	
27	Javier Slosky: Emergencia económica y paquete laboral.
28	Gustavo Merino: Testimonio de Mario Ackerman: El nuevo rumbo de las relaciones laborales.
Educación	
29	Javier Artigues: El Congreso Pedagógico Nacional. Un rumbo incierto.
Política y Sociedad	
30	Javier Franzé: Conversación con Ludolfo Páramo: "Ni los sindicatos ni los partidos serán como antes"

Cine	
32	Rossana Rossanda: Rosa L.
Ensayo	
34	Angel Fliflis: La preferencia democrática del socialismo.
Cultura	
36	Antonio Marimón: El esquivo deseo de publicar libros.

Las ilustraciones

Las ilustraciones de este número pertenecen a diversos autores, incluidos en el libro de Doreen Yarwood *The architecture of Europe*, Chancellor Press, 1974.

La ilustración de la tapa, como en los números anteriores, pertenece a Juan Pablo Renzi.

Aclaración y disculpas

En el número anterior de *La Ciudad Futura* se cometió un error: el artículo de Julio Godio, "La ideología de los cuadros sindicales intermedios", se mencionó que la investigación sobre *Opiniones y actitudes de la dirigencia media del sindicalismo argentino* fue llevada a cabo por el Departamento de Estudios Sindicales del CEDNA. En realidad la institución que efectuó tal estudio fue el CEPNA. Centro de Estudios para el Proyecto Nacional.

Aclaración

Los artículos sin firma son de exclusiva responsabilidad de los directores.

La Ciudad Futura

Dirección: José Arió, Juan Carlos Portantiero y Jorge Luis. Consejo de redacción: Sergio Bufano, Jorge Dotti, Ricardo Ibarlucía y Héctor Leis.

Comité editorial: Carlos Altamirano, Emilio de Ipolá, Rafael Filippelli, Julio Godio, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Jorge Liernur, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelman, José Núñez, Juan Pablo Renzi, Sergio Rodríguez, Daniel Samoilovich, Beatriz Sarlo, Oscar Torán y Hugo Vezzetti.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo Nº 177, Sucursal 12, Buenos Aires (1412). Tipografía de títulos: Graphic Type, Gral. Perón 1457 - P.B.-3. Bs. As. Composición de textos, películas e impresiones: Gráfica Integral, Albaracín 1955, Bs. As. Distribución en kioscos de Capital Federal: Sinfín, Venezuela 1415, Bs. As. Distribuidor en librerías de Capital e interior: Punto Sur, Julio A. Roca 751, 4º C, Bs. As.

Nº de Registro de propiedad intelectual: 41392. Suscripción en la Argentina, seis números, \$5 30.

Suscripción en el exterior, seis números, \$5 30. Cheques y giros a la orden de Arnaldo-Martin Jauregui, administrador.

Ahora elecciones: ¿y después?

Estamos a pocos días de elecciones por las que una parte de la Cámara de Diputados y todos los gobernadores serán renovados. Un hecho de rutina en las democracias consolidadas: un acontecimiento de excepción en la Argentina. La última vez que un acto de estas características fue convocado sucedió en 1962: su resultado fue el golpe de estado que derrocó a Frondizi. Algo hemos mejorado, porque ese espectro no nos ronda hoy.

Habrí elecciones el 6 de septiembre —la fecha es casi un exorcismo— y seguramente no habrá ruptura del orden constitucional. A medio siglo de otro 6 de setiembre que opacó desde entonces sistemática y persistentemente nuestra vocación de socialistas (y no dejamos de incluir a la década de oro del peronismo en esa frustración secular), la república democrática parece hoy verosímelmente estable.

Pero ¿puede decirse que ya está consolidada? Es obvio que no es así: miremos no más a la última Semana Santa para darnos cuenta que las grandes cuestiones —sobre todo la amenazante "cuestión militar"— no está aún dilucidada. De ningún modo está dilucidada.

Por otra parte es evidente que la derecha se reagrupa y golpea. Por ahora a través del terrorismo, ideológico pero

también armado con troy. Se dice que son ademanes de la desesperación, ante la imposibilidad de construir coaliciones desestabilizadoras significativas, como las que instrumentara en 1955, en 1962, en 1966, en 1976. Pero todavía hieren y pronto —después de las elecciones— también podrían matar.

La derecha golpista genera escenarios de masacres y grotescos que enfrancan a la sociedad, porque convocan a una necrofilia que, a veces con razón nos agobia desde hace décadas.

¿Cómo calificar el episodio de la mutilación de las manos de Perón, por ejemplo? ¿Cuál es el nivel de enfermedad que lo explica? Porque además de lo que vale como aberración en sí mismo, el hecho tiene características de detonante del irracionalismo. El autoritarismo de élite se mide, en un espejo, con el autoritarismo de masas, para optimizar, en el gesto de una única pizna, al sentir común de la comunidad.

Así, la CGT convoca a una misa de repudio en la que se suceden episodios carnavalescos, si no tuvieran carga trágica. Guardias de corps que eructan su antisemitismo; curias que acompañan, con tacones sonantes, consignas ridículas. Como si el fascismo reencontrara, en su

vena plebea, la otra cara de su dimensión histórica.

Y esto tiene que ver, a nuestro juicio con ciertos temas que recorren la aún insuperada crisis militar y que merecen alguna meditación.

Todos los analistas parecen coincidir, a partir de los sucesos de abril, que el corte en el interior del ejército se da entre dos visiones contrapuestas, hostilmente contrapuestas, pero que coinciden en su necesidad de intervención sobre ¿contra? y la sociedad. Ellas se distribuirán, además, horizontalmente. Por un lado, los "malvenceros"; por otro, los burocratas. Los primeros encarnando un discurso que no deja de acariciar los oídos de aquellos que sueñan con la "Revolución Nacional"; nacionalistas o aún izquierdistas a los que no les desagrada un modelo "tercermundista" de enfrentamiento con los Estados Unidos y peronistas nostálgicos que añoran el 4 de junio de 1943.

Los segundos son los "profesionales" de siempre, de ideología vagamente liberal pero esencialmente democrática, que sin aceptar el irredentismo aspiran a gobernar con los civiles en una república débil. Esta es la verdad de la cuestión militar tal cual se plantea hoy en la Argentina y la verdad, también, de los

proyectos cívico-militares en curso, "nacionalistas" o "liberales".

En el medio de esas restricciones opera el poder civil. No sólo el poder que está en manos del gobierno sino también el que está en manos de la oposición democrática, incluyendo especialmente en ella al peronismo renovador, protagonista de una empresa casi épica: la de democratizar a un discurso cuyas raíces ideológicas son autoritarias. Hablamos acá sólo del radicalismo y del peronismo, porque sobre la izquierda socialista y democrática —que es lo que nos preocupa primordialmente— nos referimos en páginas interiores dado que acaso, en discriminar sobre ese tema, radique nuestra única significación. (De todos modos, lo que se pueda decir hoy es penoso: sacará muy pocos votos en setiembre aunque puedan darse parcialmente algunos puntos de recomposición, ni en el Partido Intransigente en crisis de identidad, ni el ultrismo incoherente del FRAL, ni en el más coherente, pero contumazmente estorido, del MAS o de alguna otra secta trotzkista.)

Débil frente a los militares, hundida en una crisis de acumulación, con partidos en crisis o en redefinición, ante una ciuda-

danía que sólo deja de ser apática en los grandes momentos, la república democrática serpentea como una posibilidad, en medio de una sociedad desguarnecida y de un Estado en peligro.

¿Qué pasará después del seis de setiembre? Los resultados electorales son previsibles: un casi empate entre las dos grandes fuerzas. Agregáramos un crecimiento de las derechas, un deterioro de las izquierdas. Corremos el riesgo del pronóstico, pero creemos que las fuerzas van en esa dirección.

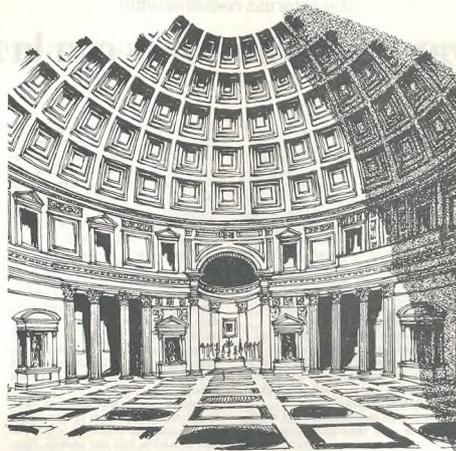
Pero aunque previsibles, los resultados no son inocentes. Es probable —seguro, diríamos— que los dos años que faltan hasta 1989 sean de incansante campaña electoral: la presidencial, obviamente, pero antes, quizás, la que motive la reforma constitucional.

En las condiciones actuales (y no hay razón para pensar que ellas se modifiquen rápidamente) esas campañas se harán bajo el signo del bipartidismo. Un bipartidismo en todo caso horado por la derecha liberal, cuyo discurso tiene la virtud propagandística de aparecer como máxime viable frente a la crisis de acumulación por la que atraviesa el capitalismo en la Argentina.

El lugar vacío, es claro, es el del socialismo creble. Hemos dicho que si algún sentido puede tener *La Ciudad Futura* es el de contribuir a un debate en el camino de su constitución como alternativa, al menos como un privilegiado tercero en discordia en la lucha política. Difícil tarea la de ese virtual socialismo: organizarse idealmente desde algo así como la nada social, ser garante activo del sistema democrático y diferenciarse como alternativa de futuro. Desde esas dificultades se gesta permanentemente el vanguardismo, el conformismo, el aislacionismo, como resultantes opuestas pero semejantes de una carencia histórica de proyecto capaz de ser compartidos.

Más o menos previsible el resultado de las elecciones como una situación sin ganadores demasiado netos, la necesidad de una cierta solidez de la transición democrática frente a sus amenazas —cíviles y militares— de derecha, presionarán luego de setiembre hacia salidas parciales de coalición.

No es difícil darse cuenta que esa orientación ya ha empezado a plasmarse en la realidad. La incorporación de los llamados "15" al gabinete ministerial en la figura de Alderete es un indicador



cierto de esta línea de ampliación de las bases sociales del gobierno.

Por cierto que este tema no es "específico". En un sentido ilustra sobre la grave dificultad de gobernar sin un acuerdo, aunque fuese fragmentario, con las corporaciones más importantes. En 1983 el "alfonsínismo", ese discurso que le dio posibilidad a la transición democrática tras los años de horror de la debacle del peronismo y del terror militar, se irguió como la fortaleza del anticorporativismo.

La realidad fue más inclemente que la honestidad de los discursos. Porque la faciosidad organizada de la sociedad no estaba derrotada, sino sólo en repliegue. Y esto vale para el poder económico y financiero, para el poder religioso, para el poder militar y también para el poder sindical.

Si desconocer su existencia puede ser suicida para una democracia que, con ciudadanos y partidos como base exclusiva del poder no es

capaz de subsistir: someterse a lo contrario, esto es a que sólo es posible la gobernabilidad del sistema a partir de una coalición corporativa resulta también difícil solvente para una república precaria como la que tenemos.

Frente a las dificultades, la tentación de la alianza estamental es casi inevitable: al capturar las zonas de conflicto en el interior del Estado, ésta imagina que resuelve sus contradicciones cuando lo que hace en realidad es darle rango gubernamental, llevarlas de la crítica a la constelación de poder. La sociedad no parte de supuestos inocentemente liberales: las corporaciones existen en el estado moderno; el problema es cuál debe ser su rango en la toma de decisiones, cual su interacción con la representación ciudadana que se ejerce a través de los partidos.

Por eso es importante saber lo que puede pasar después de setiembre. ¿Cómo intentará resolverse el serio problema del consenso básico a favor de la democra-

cia? ¿Se acentuará la línea de coaliciones parciales que, aún insensiblemente, lleva a una peligrosa concepción "movimentista" como salida popular para la crisis latente? En el camino hacia la madurez democrática preferiríamos que la sociedad experimentara otras salidas. Caminos menos uniformes, más pluralistas y competitivos que fisuren la rigidez del bipartidismo y de la alianza corporativa. Aún con sus conocidas penurias de representación, el arco de contrarrestación ideológica y política es, y debe ser, más amplio.

Por eso, el debate sobre la reforma de la constitución, que será un tema central de la arena postelectoral no puede ser tomado a la ligera por la izquierda democrática. Si marchamos, como todo parece indicar, hacia una organización institucional que facilite los gobiernos de coalición de base parlamentaria, es importante saber que se quiere decir con eso.

Ciertamente es necesaria la constitución de gobiernos de mayoría que superen la perspectiva de los gobiernos de partido. Es un compromiso que la democracia necesita. Pero ellos no pueden responder a cálculos cuantitativos establecidos de manera proporcional: tantos ministros al primer partido, tantos otros al segundo.

De lo que se trata es de constituir gobiernos de programas, acuerdos estatales sostenidos por coincidencias públicas sobre proyectos de acción y no sumatorios formalistas. Gobiernos de mayoría sí, pero de mayoría programática.

En ese horizonte de futuro la colocación en el marco parlamentario de fuerzas que se hagan cargo de una orientación socialista y democrática, que sean capaces de plantear en el debate nacional, sin retórica, los temas de la reforma política, económica, social y cultural que necesita la Argentina, adquiere un importante sentido transformador.

Remontar la crisis nacional con criterios de equidad social, fortaleciendo y ampliando a la vez la democracia política es casi un compromiso de vida. El diálogo está abierto para quienes, con esos objetivos, pueden constituir un arco de izquierda democrática: desde aquellos que reivindican su militancia en organizaciones de antigua tradición socialista, hasta quienes, con esa misma voluntad de cambio, integran las grandes fuerzas electorales o se asumen como independientes.

PARTICIPE EN LA BIBLIOTECA MUNICIPAL DE SU BARRIO EN EL CICLO

“¿VAMOS A LEER JUNTOS?”

- Los lunes: 17.30 hs. LA PRENSA. Pica Narcauga (Pepirí y Aconquija). Prof. María Pasut. (para adolescentes).
- Los lunes 19.30 hs. MANUEL GALVEZ. Córdoba 1558. Prof. Kato Molinari. (taller de poesía)
- Los martes: 19hs. EVARISTO GARRIEGO. Honduras 3784. Prof. Cristina Piña. (taller de poesía).
- Los martes: 10.30 hs. ALFONSIANA STORNI. Venezuela 1538. Prof. Reina Roffé. (Narrativa)
- Los martes 19.30 hs. JOSE MARMOL, Juramento 2837. Prof. Gloria Pampilo. (Narrativa)
- Los miércoles: 10.30hs. MIGUEL CANE, Carlos Calvo 4319. Prof. Viviana Inart. (Narrativa)
- Los jueves: 18.30 hs. JOAQUIN V. GONZALEZ. SUAREZ 408. Prof. Graciela Cabal. (Narrativa)
- Los jueves 18.00 hs. RICARDO GUIRALDES, Talcahuano 1261. Prof. Lilian Carou. (Narrativa)
- Los jueves 18.30 hs. ANTONIO DEVOTO, Bahía Blanca 4025. Prof. Elsa Osorio. (Narrativa)

INSCRIPCION GRATUITA
Tel.44-1840

Municipalidad de la Cuidad de Buenos Aires

Secretaría de Cultura. Dirección General de Bibliotecas.



La reforma constitucional

Armonizar las instituciones con la realidad

Guillermo Estévez Boero

El debate en torno de la reforma de la Constitución Nacional excede el marco meramente jurídico para ubicarse en el terreno del debate nacional acerca del modelo del país para los argentinos de 1987.

La Constitución de 1853 — que hoy nos riga — exteriorizó, entonces, la inserción de los argentinos en el espacio y en el tiempo que les tocó vivir: sirvió a un proyecto de país, hoy agotado.

Necesidades de la reforma

En los últimos 134 años el país ha experimentado profundos cambios. Nuestra sociedad tiene hoy una nutrida y extendida red asociativa; una importante incidencia de las organizaciones intermedias; una estructura institucional que ha demostrado su debilidad como mediadora entre la sociedad civil y el estado; incapaz para canalizar las necesidades y representar los intereses de los diversos sectores sociales; una cultura política afirmada en la conciencia colectiva de que los requerimientos elementales para una vida plenamente humana floren suyo los del hombre abstracto, el ciudadano — sino los del hombre concreto — están en el espacio y en el tiempo, haciendo que, en consecuencia, la exigencia democrática pase del plano político al plano social y económico.

Tenemos un orden constitucional extremadamente frágil, el que, desde hace 57 años, viene siendo un cuadro sinamíctico y que sólo rigió sin interferencias en la realidad social sin participación para la que había sido pensada.

A ello se suma la crisis — sin precedentes desde nuestra organización nacional — que vive nuestro país, en la que conviven y se superponen profundas crisis de integración y de identidad cultural de legitimidad, de participación y de distribución, lo que — en su conjunto — configura la totalidad de un modelo que exhibe, con toda nitidez, su agotamiento. Todo esto genera una situación de profunda complejidad y de gran debilidad para la consolidación de la convivencia democrática entre los argentinos.

Entre el país real de 1987 y la Constitución de 1853 existe una profunda discordancia. La discordancia realidad-institución se ha manifestado en 1930, en 1943, en 1955, en 1962, en 1966 y en 1976. Una Constitución que no responde a la medida en que se nutre y representa la realidad social y económica del país en que rige. La manifiesta discordancia entre forma y realidad, entre continente y contenido, evidencia la necesidad y conveniencia de reformar la Constitución, es necesario reformar un traje que ya no puede contener el cuerpo para el que fue diseñado.

La imperiosa necesidad de defender, afianzar y consolidar la democracia — único modo de convivencia que habrá de posibilitar la producción de las transformaciones sociales y económicas que el pueblo argentino necesita en el camino de la transición argentina la necesidad de la reforma de la Constitución.

La inestabilidad de nuestras instituciones gubernamentales — determinada por la existencia de profundas contradicciones económicas y sociales no resueltas — se ha convertido en una forma no deseada de poder, por la rigidez y la representatividad de la estructura institucional que, al no dar cabida a los diversos grupos sociales, posibilita dos realidades inconexas

que facilitan el resquebrajamiento del orden constitucional.

No pueden reducirse a problemas de técnica constitucional las profundas dificultades con que tropiezan el establecimiento y el funcionamiento del régimen democrático, pues los artículos de una Constitución no hacen una democracia, ni un nuevo texto constitucional habrá de solucionar automáticamente los problemas. Pero, fuerza es concluir que las formas institucionales no son desdoblables, ya que la adopción o omisión de ellas bastan para facilitar o para entorpecer la consolidación democrática.

En la crisis nacional que padecemos y en la transición hacia la democracia por la que atravesamos, la ampliación de la democracia representativa hacia formas participativas es una condición para su supervivencia y mantenimiento.

La nueva Constitución no será el producto de una democracia consolidada sino que ella es un paso importante para su consolidación. La experiencia histórica argentina abona su oportunidad. Tanto la propia Constitución de 1853, como sus reformas, fueron el producto de un ambiente de estabilidad y de tranquilidad sino, por el contrario, han sido la materialización del intento por alcanzar la estabilidad y la tranquilidad en momentos de grandes dificultades, problemas y tensiones.

Pluralismo y participación popular

Nuestra Constitución de 1853 tiene una gran ausencia que es su vulnerabilidad: la que determina su mayor debilidad: la participación popular.

Como hija de la revolución francesa y del liberalismo francés, nuestra carta constitucional concibió al pueblo — titular de la soberanía — como un pueblo de ciudadanos. El ciudadano, integrante de la República, tiene derechos y obligaciones, pero no es un ser real sino una construcción doctrinaria. Hay un hombre — que Burdeau llama "hombre situado" — y Norberto Bobbio denomina "hombre concreto" — que está ausente de nuestra Carta Magna. Este hombre, en tanto ciudadano, no tiene derechos, ni obligaciones y vota cada dos años, en tanto hombre concreto inserto en la realidad cotidiana es bancario, metalúrgico, médico, empresario o estudiante, tiene conflictos, necesidades, intereses y se asocia, integrándose a la sociedad a través de los grupos sociales. Este hombre, integrante de tanto ciudadano, no tiene derechos, ni obligaciones, pero sí tiene un rol en la vida cotidiana.

Al no expresar al hombre situado sino tan sólo a un aspecto de él, al ciudadano, el consenso se va desplazando; y es precisamente en el momento de la transición, cuando el consenso político y el consenso social lo que configura la crisis de legitimidad que padecemos.

Lo inteligible no es disociar lo social de lo político-institucional, sino armonizarlo, integrarlo. Y allí de la importancia de institucionalizar la participación popular. Lo que es inteligible no es haberán de sustituir la democracia representativa sino que habrá de salvaguardarla y consolidarla. La estructura institucional ha de ser proporcionalmente tan compleja como la

estructura social. Las fuerzas sociales deben integrarse al orden constitucional; se debe reorganizar normativamente el pluralismo. Nuestra sociedad no sólo "debe ser pluralista" sino que "es" pluralista; es decir que el pluralismo no sólo es un valor de la convivencia política ni se agota en la existencia de muchos partidos políticos sino que es la verificación de un hecho social que reclama ser constitucionalizado.

Es necesario incorporar a la Constitución la creación de los Consejos Económicos y Sociales, de integración multipartidaria y multiseccional, a nivel nacional y provincial, como órganos de consulta obligatoria, aunque no vinculante, de los poderes Ejecutivo y Legislativo, para el tema de decisiones en materia económica social.

Estos consejos constituirán, sin duda, el ámbito adecuado para el logro de las coincidencias que posibiliten acordar un plan de mínima para salir adelante. Frente a la crisis que atravesamos, en la que es difícil repartir, no hay una solución con consenso que se utilice la participación popular y se integran los diversos sectores sociales. Porque, frente a la crisis, lo democrático es incrementar la participación popular para que sea el pueblo quien, democráticamente, decida cómo repartir lo escaso para poder convivir y como salir de ella.

Forma de gobierno

La estructura de los poderes del estado debe ser reformada. Es necesario advertir que nuestro sistema presidencial es centralizado y rígido.

Los golpes de estado en nuestro país se han visto facilitados por una excesiva rigidez y concentración del poder en el órgano ejecutivo, lo que ha actuado, además, en desmedro de las facultades del Congreso Nacional, condenándolo a ser un órgano ratificador de las políticas decididas por el Ejecutivo. Y en materia político-institucional — como muchas veces también ocurre con la materia — la rigidez no es el síntoma de durabilidad sino, por el contrario, de fragilidad.

Es indispensable producir un desdoblamiento de las facultades que actualmente tiene el Presidente de la Nación, y dotar así de mayor flexibilidad a nuestro poder ejecutivo para hacer menos vulnerable la vigencia de la Constitución Nacional.

Todos los golpes de estado en nuestro país han tenido un común denominador: sus planes económicos, signados por el idéntico objetivo de disminuir la participación en la renta nacional de los sectores nacionales e incrementar, en consecuencia, la de los intereses extranjeros. Lo único que en ellos ha variado ha sido el contenido de la "excusa" esgrimida para justificar la ruptura institucional, la que siempre ha encontrado sustento en el deterioro de la imagen presidencial, fuera ésta real o fabricada por las usinas de opinión.

Poco entendemos que la flexibilización del Poder Ejecutivo, al restar rigidez al sistema, colabore — aunque no determine — en el afianzamiento del sistema democrático.

La existencia de un Primer Ministro — cuya designación, así como la de su

gabinete y la aprobación de su plan de gobierno estará en manos de la Cámara de Diputados — posibilita, con su desplazamiento y sustitución, eliminar la "excusa" — disolviendo las situaciones conflictivas, reconponer el consenso y posibilitar la continuidad del orden constitucional. El Primer Ministro tendría a su cargo la tarea cotidiana de gobierno, mientras que el Presidente de la Nación — elegido por voto popular directo y por mayora absoluta o doble vuelta electoral — conservaría importantes funciones y facultades, fundamentalmente las relativas a las relaciones exteriores, defensa y FF.AA. y el equilibrio de los poderes constituidos, convirtiéndose así en la pieza fundamental de la estabilidad política.

Este régimen semipresidencial, o parlamentario mixto, al tiempo que recoge nuestra tradición institucional se adecua más acabadamente a la realidad política argentina, en orden al afianzamiento y consolidación democrática que propiciamos.

Derechos sociales

Otros dos aspectos centrales debería contener la reforma constitucional argentina. Por un lado, es necesario incorporar con mayor precisión una serie de derechos sociales, que son hoy patrimonio de todas las Constituciones del mundo: los derechos del niño, de la mujer, del anciano, de la familia y del trabajador, así como normas en materia económica que defiendan los intereses de los sectores estratégicos y económicamente argentino en 1987, y cómo habremos de planificar democráticamente nuestra actividad económica.

Derechos humanos y defensa de la democracia

Por otro lado, habida cuenta de la reciente experiencia histórica argentina, es necesario concretar una especial protección a la vigencia de los derechos humanos y a la defensa del orden constitucional. En este sentido se deberá consagrar expresamente el hábeas corpus y el amparo, así como precisiones relativas a la detención de personas, controles personales, allanamientos, etc., estableciendo los mecanismos efectivos para restablecer de inmediato el derecho de raigambre constitucional desconocido o vulnerado.

Asimismo se deberá establecer constitucionalmente la ilegítimidad de todo gobierno usurpador, la nulidad de sus actos y la nulidad de los decretos de sus autores o colaboradores para ejercer cargos públicos en el futuro.

La reforma constitucional deberá consagrar, en definitiva, los mecanismos institucionales que posibiliten el cambio en democracia. Para construir una democracia estable, pluralista y participativa, es necesario asegurar la existencia de una Nación independiente y solidaria.

Todo ello teniendo presente que el éxito de la reforma siempre depende — tal lo expresado por Fernando Lassalle — en concebir a los problemas constitucionales como problemas de derecho, sino de política. La Constitución de nuestro país sólo responde en los factores reales y efectivos de poder que en ese país rigen; y las constituciones escritas no tienen valor ni son duraderas más que cuando dan expresión fiel a los factores de poder imperantes en la realidad social.

Debate sobre la izquierda

Comencemos por reconocer los problemas

Carlos Altamirano

La dirección de *La ciudad futura* me pidió que escribiera la nota introductoria al debate que busca estimular entre quienes se interesan por los problemas de la izquierda en la Argentina, y sobre todo, entre aquellos que pretenden darle alcance práctico a esa preocupación. El artículo de Oscar Valdovinos y la entrevista a Norberto Laporta, que se publican a continuación, son las primeras contribuciones a ese debate. Lo que me puedo decir, aun a manera de apertura, representa ya una perspectiva sobre la cuestión, preferir plantear las cosas de modo que resulte explícito que esta misma introducción es opinable.

Valdovinos se pregunta si es posible una izquierda en la Argentina hoy. Dejando de lado la función retórica que le asigna a esa interrogación, uno podría hacerse eco de ella y responder que sí, que es posible una forma de existencia de la izquierda: como cultura, inscrita en el campo ideológico y habitada al ejercicio de la crítica ideológica, sensibilizada para registrar las injusticias o la manipulación asociadas con el orden político y las instituciones reinantes. Es decir, como izquierda intelectual. En realidad, como tal — y mal que bien — esa forma de izquierda existe ya en nuestro país y desde hace largo tiempo. Tiene sus revistas, sus escritores, su teatro, sus economistas y sus sociólogos, sus massmediólogos y aun su música y sus cantantes. Quien más, quien menos, todos los que circulamos por ese sector del campo ideológico hemos encontrado algún lugar en la división del trabajo intelectual crítico, y aunque nuestros productos tengan muchas veces el gusto de la polenta recién cocida y manifiesten, antes que inventiva, estereotipos de rutina, el conjunto de la cultura de izquierda — de cualquier modo — es todavía más dinámica que la de sus adversarios de la línea derecha. Pero, en términos políticos, esa izquierda intelectual es, antes que nada, un tema (la "subversión cultural") de todos los derechistas ampedromidos, civiles y militares, y sus órganos de prensa.

Y Valdovinos se pregunta por la posibilidad de una política de izquierda, N o pienso, sin embargo, que una apuesta de izquierda socialista sea una ya, que también crece en la hipótesis de que en la Argentina existe, para una fuerza con esa vocación, un espacio virtual más amplio que el efectivamente ocupado por la suma de los partidos de izquierda existentes. Pero, para que lo posible se torne siquiera probable y deje de ser pura virtualidad, parece ne-

cesario que la izquierda cambie. (Digo necesario, no suficiente, porque las circunstancias juegan también su papel.) A menos, por supuesto, que se haga la apuesta confiando en que el proceso político en curso vaya de mal en peor y un desenlace catastrófico revele que vivíamos, en la forma del estado de derecho y la democracia política, una tregua engañosa. Bueno, sería inútil discutir con quienes han hecho de la realización de ese pronóstico la instancia de validación de su propia estrategia.

Ahora bien, cambiar para hacer más espacio y representativo el ámbito político de la izquierda tampoco aparece como una tarea sencilla. Es fácil convivir en que será verdaderamente milagroso que ese impulso innovador provenga de los partidos que pretenden representar alguna ortodoxia doctrinaria (por lo general, cierta variedad del marxismo que reputan como la única auténtica). Demasiado acostumbrados a saber antes de conocer, acostumbrados a hablar sin escuchar y a elaborar mil razones para su poca trascendencia, difícilmente algún hecho, alguna información los arranque de la repetición de sus propios certidumbres y los promuevan a replantear de fondo. Pero aun para los otros, para los que se proponen escapar al círculo mortífero de la retórica maximalista, no será fácil de llevar a cabo el objetivo de fundar una nueva orientación para la política de izquierda (una "nueva izquierda", como dice Valdovinos en su artículo). Porque es dudoso que conduzca muy lejos proceder por simple acumulación, es decir yuxtaponer sobre un dispositivo teórico y analítico que se mantiene intacto, proposiciones ideológicas nuevas. Por ejemplo, el tema de la democracia (obviamente, me refiero al valor político que la reivindicación de este tema tiene para el desempeño de una fuerza de izquierda en las actuales circunstancias). Esos ya puede obtenerse una retórica más moderada, aunque, frente a ella, la opción de los grupos doctrinarios aparecerá más coherente y a la de los dos grandes, el radicalismo y el peronismo, más eficaz. ¿Los impulsos centrífugos que afectan actual-

Conversación con Norberto La Porta

El socialismo y el porvenir

Javier Franz

La ausencia de un gran PS en Argentina, según su óptica, ¿qué estaría simbolizando; señal de qué es esta carencia?

Esta ausencia se origina en una característica muy actualizada de la izquierda argentina: el socialismo ha sido trabajado tradicionalmente en nuestro país por ideólogos o pseudoidéólogos que no siempre respondieron a las líneas interpretativas de la vieja escuela socialista, sino que se apropiaron de ella para decir lo que cada día tiene en común con la convicción ideológica socialista.

Señal una manera de utilizar el vocabulario socialista para tonar más atractivas las propuestas, para revertirlas de "progresismo"...

para luego llevar a cabo la práctica. Aquí siempre se hizo lo contrario.

Por otra parte en este país se ha dado un fenómeno de transfiguración política. Hoy en día los diversos sectores de la sociedad política hablan de "socialismo" o "socialización", pero si se profundiza más allá de ese primer barniz conceptualmente no queda más, sino que se trata de un movimiento ideológico que nada tiene en común con la convicción ideológica socialista.

Exactamente, porque en esta sociedad hay evidentemente un deso de cambio, de transformación de las estructuras socio-económicas. Pero también es cierto

mente al Partido Intransigente son ajenos a los límites de ese procedimiento alucinatorio?

D icho de otro modo: las adaptaciones de algún quipo ya existente puede ser índice de realismo y de sentido común, pero también de espíritu de continuidad más que de cambio. No creo que baste para aspirar una nueva política de izquierda. Sería muy evidente que de baste a ser una vez y denunciar los reales y dramáticos problemas de la sociedad argentina, proclamar un modelo de sociedad alternativa (la utopía) y hablar en nombre de las clases populares. Si uno se pretende únicamente contar con un partido que desempeñe el papel de tribuno plebeyo — ya hay quienes tienen ese papel —, sino hacer de la izquierda un espacio de opciones políticas creíbles, se debería asumir más riesgos en el plano de la cultura teórica y en el de los análisis de la sociedad, el estado y la política nacionales. Es necesario reconocer que se plantean entonces más problemas que los de criticar el dogmatismo o el oportunismo de los rivales. Sin embargo, y para repetir lo ya se dijo jugando con una frase de Braudel: las ideas son cárceles de larga duración, pero no es obligatorio permanecer en ellas.

Sería injusto ignorar que la izquierda debe lidiar hoy con condiciones muy adversas: un clima ideológico conservador y la competencia de dos partidos de masas, colocados en el centro. Uno de ellos sigue contando con la lealtad de la mayoría de las clases populares; el otro, convertido en género apócrifo, aparece animado por una voluntad de abstracción que no quiere dejar nada fuera de sí, según el modelo de la integración marxista (otra que catch all party?). Pero no se puede elegir el escenario donde hay que actuar políticamente y ese es también un desafío para la izquierda. Más aún: podría, decirse — haciendo un poco de la necesidad virtud — que es justamente ese escenario, que tiende a la amalgama que neutraliza todo impulso transformador, el que requiere de una izquierda renovada que busque hacer de la democracia un ámbito para el cambio social y político.

que es necesario el sinceramiento ideológico.

Habrá por un lado una visible dificultad en la forma de pensar esa transformación por parte de la sociedad civil, que tampoco exige de la clase política una definición ideológica.

Es verdad; tampoco exige a los políticos una definición en el terreno ideológico. En esto tiene una gran similitud con la falta de sedimentación de una conciencia cívica dentro de las capas populares; cultura política que, por cierto, estos sectores no poseen por motivos que les son ajenos. Esa falta de identificación sucede muchas veces porque las propuestas no han sido todo lo inteligible que debieron ser para que los sectores populares captaran la voluntad de cambio de los socialistas; aquí hay un punto para la auto crítica de la izquierda.

Si esta democracia se afianza dentro de un marco republicano, los socialistas creemos que se darán las condiciones para que los diversos sectores ideológicos vayan definiendo su perfil, delimitando sus propuestas.

¿Cómo actúa sobre las posibilidades potenciales de reconstrucción de esta izquierda el hecho de que la clase obrera se reconozca peronista, es decir, cómo se piensa una reconstrucción sin la acción de los trabajadores?

Los socialistas debemos tener en cuenta el fenómeno peronista, figuras como Américo Ghioldi y Carlos S. Fayt han escrito ya sobre el tema. Según mi opinión el peronismo es la encarnación de un anhelo de justicia social, aunque en el plano político ha tomado direcciones muchas veces opuestas, contradictorias con ese principio; incluso su líder consideraba que la justicia social podía ser conciliada con el régimen donde no existiera la libertad y mucho más el pluralismo político. Los socialistas hemos interpretado esto fácilmente y advertimos que será muy difícil para la izquierda democrática hacer camino sin el apoyo de la masa peronista, enrolados hasta hoy en la estructura política de su movimiento.

¿Se podría afirmar que el peronismo contribuye a la desideologización a la que se refería hace un momento?

Podríamos decir que sí; y también que en algunos sectores del peronismo existe la tendencia, aunque tal vez inconsciente, a aceptar los postulados básicos del socialismo. El gran desafío que los socialistas tenemos en el futuro es llegar a establecer un puente que permita a la clase trabaja-

dora encontrar su canal de expresión en estas estructuras incipientes que estamos formalizando con la recreación de un PS único en el país. De todas maneras creo que el fenómeno peronista no es comparable con otros europeos ni aún latinoamericanos. La tarea de culturización socialista de los sectores populares que hoy lidera el peronismo no será de fácil realización, y aquí disiento con la interpretación de importantes pensadores socialistas, ya que no sólo existe trabas de tipo ideológico sino también sociológicas y de psicología social.

En esta idea que usted expresa creo ver implícito la creencia en la posibilidad de un tratamiento: ¿no cree que la historia ha mostrado el rechazo que las masas peronistas profesan respecto del socialismo? Pareciera que a la desideologización de lo que hablamos se le ha sumado, en ese vacío, fuertes componentes de nacionalismo, catolicismo, militarismo, hoy visibles en el CGT, por ejemplo, ¿no cree?

La historia que usted refiere me parece haber mostrado el rechazo que las masas peronistas profesan respecto del socialismo? Pareciera que a la desideologización de lo que hablamos se le ha sumado, en ese vacío, fuertes componentes de nacionalismo, catolicismo, militarismo, hoy visibles en el CGT, por ejemplo, ¿no cree?

Por eso decía que no es un proceso sencillo ni fácil en su realización. En el peronismo se dan circunstancias contradictorias, por ejemplo, dentro de un mismo agrupamiento coexisten tendencias de tipo socialista y socialitaristas. Hay evidentemente una similitud de pensamiento en tanto todos expresan una necesidad de cambio en dirección a un principio socialista como es la justicia social.

Lo que en definitiva aparece aquí es que una voluntad de cambio por sí sola no basta, porque si está así mal dirigida termina

expresando una regresión política, una vuelta atrás en la historia.

Efectivamente, si tomamos algunas experiencias de los últimos años vemos que no pocas veces el peronismo se alía a sectores totalmente opuestos a los objetivos que ellos dicen defender.

¿Cuál sería entonces la base social sobre la que se apoyaría el proyecto de reconstrucción de un socialismo único en el país?

Estamos frente a un cambio de la sociedad argentina: la vieja división social ha sido superada, hay fenómenos nuevos como el cuentapropismo, los sectores medios absorben a franjas bajas o medio-bajas. Esta movilidad de clases hace que disminuya, por ejemplo, la cantidad de trabajadores en relación de dependencia y al mismo tiempo crece considerablemente y totalmente distintas a las de hace 20 o 30 años. Por lo tanto el sustento al cual puede arraigarse una fuerza de izquierda democrática es hoy distinto al de ayer. Hay un proceso importante en la sociedad: características legales, formales, que no se manifiesta claramente en sus aspectos materiales: la sociedad cuenta con una cobertura de leyes y normas fundamentales que impiden la regresión hacia formas de vida anteriores a las de la década del '30. En este contexto el socialismo debe trabajar sobre diversos sectores de la población y no sólo con aquellos que por su tradición reconocen como sus propios destinatarios. Concretamente, el socialismo debe tener base en los sectores del trabajo, medios, profesionales (que cada vez son más trabajadores), estudiantiles, etc. No es momento algún partido o movimiento pueda adjudicarse

la representación de los intereses de una clase en particular.

¿Qué elementos definirían y diferenciarían a una fuerza de izquierda democrática dentro del cuadro político, sobre qué bases programáticas se asentarían, por ejemplo?

Hace muchos años ya que venimos insistiendo sobre la necesidad de un cambio fundamental respecto de los viejos esquemas con que nos manejamos los socialistas. El mundo ha cambiado y en consecuencia las viejas enseñanzas del marxismo no conforman un cuerpo absoluto sino uno de los tantos antecedentes con que el mundo actual debe ser enfrentado en la modernidad. El socialismo tiene que profundizar la redefinición que ha venido esbozando desde los cuarenta y cincuenta, reinterpretando el papel del estado, de las fuerzas económicas y del trabajo dentro de la sociedad. Los socialistas debemos intentar los cambios sociales y adaptarnos a ellos no como mera estrategia de poder, porque además esas transformaciones son fruto del accionar inintermitente del ideario socialista.

Por ejemplo, no creemos en el estado paternalista, y en esto hemos sido los primeros en sostener la conveniencia de agrandar las posibilidades sociales restando tareas al aparato estatal. Como ha dicho Michel Rocard, "los socialistas también estamos cambiando". Realidades como las de las empresas públicas no pueden existir porque en definitiva constituyen una remora que paga el obrero. Por otro lado esto no implica que propiciemos la privatización vía capitalistas como única salida, afirmamos por el contrario la alternativa de la organización cooperativa, solidaria y pública de la economía.

negro" todo intento de cambio. La —al parecer inevitable— entropía de lo social torcional indita todo discurso racional; habríamos llegado al fin de "los grandes relatos" y sólo quedaría la opción de pasarla "lo mejor posible" en un mundo en presente eterno, donde el individuo se ensimisma en la búsqueda de un hedonismo que jamás logrará satisfacer su deseo por saber. El individuo se desorienta y vacía— según se postula— sería preferible a la "atroz utopía" del igualitarismo izquierdista que aniquila la libertad y elimina toda posibilidad de eficiencia. Naturalmente, esto no es así. Hace un siglo y medio aproximadamente, un filósofo, ex-jefe de la izquierda, escribió un tratado que hoy es en entones— postulaban "el fin de las ideologías" y señalaban el cambio científico-tecnológico como el único posible, desestimando el cambio social. El decía algo así (cito de memoria): "Para ellos los cambios posibles ya ocurrieron; una vez que estos efectos llegaron, "se terminó la historia". Estas ideologías del "status quo", en nombre de la libertad pontifican, sin embargo, todos los males para aquellos a quienes se nos ocurre ejercerla".

Habíamos antes de los errores que convirtieron a la izquierda en su propia caricatura y nos reservamos, por ello, el derecho de recibir la herencia con beneficio de inventario. Por otra parte, seguramente la derecha también preferirá este criterio, pues de la historia— de su historia— saldrá otra caricatura sin duda más trágica y sangrienta. Se cuestiona la historia sólo porque en pos de una igualdad que sus críticos reputan imposible, liquidaría la libertad. Sin embargo es la igualdad y no la antinomia lo que se impone entre dos valores igualmente estimables y que son, en definitiva, complementarios. Si la igualdad sin libertad sería un inferno impensable. Pero la libertad sin genuina y plena igualdad de oportunidades y sin ética socialista es sólo un sofisma reaccionario. Las colisiones que hipotéticamente puedan suscitarse entre estos valores no sacrificables, deben decidirse políticamente, en forma democrática, utilizando en cada caso criterios de racionalidad explícitamente fundamentados. Desde la derecha en ofensiva también se imputa a la izquierda, irracionalidad, voluntarismo, que propone utopías de imborrable concreción a partir de opciones puramente emocionales. Es cierto que todo modelo de sociedad debe satisfacer el requisito de eficiencia, incluidos— especialmente— los modelos de izquierda.

Pero la racionalidad instrumental que organiza medios y recursos para la consecución de fines deseables, no es patrimonio exclusivo de quienes se oponen al cambio social. Solamente una izquierda obsoleta y rudimentaria puede oponerse a la modernización, a la incorporación de la ciencia y la técnica a la producción, a la gestión social. Por el contrario, la nueva izquierda que proponemos crítica y absorbe— reelaborándola— toda la creatividad humana para ponerla al servicio del hombre, con la libertad y el desprejuicio propios de quien no acepta como definitivos los privilegios, ni las distinciones, ni las jerarquías y desigualdades. Es dudoso que fuera de la izquierda pueda afirmarse con honestidad lo mismo. Y además, cabe cuestionar la eficiencia y racionalidad de un sistema que no puede reproducirse en el tiempo sin reproducir la desigualdad social. Por el contrario, el sistema para el que la abundancia es motivo de desasosiego y crisis y que, al transformar al ser humano en mera parte de un mercado de consumo, le niega humanidad y con su lógica implacable lo convierte en insolvente.

Actualidad y perspectivas

La represión y los propios errores han llevado a la izquierda en nuestro país a una situación de marginamiento, que acentúa su soledad y lo escaso de su incidencia en la sociedad civil. Sin embargo, aunque con ese común denominador, las ubicaciones y las actitudes distan de ser idénticas. Lo más estridente de ella se exhibe anclada en los siglos de las cinco décadas anteriores a la actual y, por consiguiente, desvinculada de la realidad y largamente distanciada de las masas populares. Sectaria y dogmática, cada vez más procedente al infante, irracional y desarmada errante de tática en tática, hasta concluir aliada con Silo en el FRAL. Otras expresiones no atinan a construir una perspectiva propia y practican un resignado seguidismo respecto de los populismos predominantes (desde el apoyo al peronismo hasta la integración del rimbombante, estéril y "convergente" Consejo para la Consolidación de la Democracia). Y otros, en fin, luego de asumir dolorosamente la trágica frustración ideológica y cultural que ha sufrido desde una sociedad civil fuerte. En el seno de

La misma democracia, en tanto simpatía política, debe modificarse. Es evidente que su versión exclusivamente representativa ha perdido eficacia y que la constante generación y multiplicación de movimientos sociales indica la necesidad de nuevos canales de formulación de demandas y de diseño e implementación de respuestas. Es insoslayable tendencia a la participación no para sustituir a las formas representativas, sino articuladas y moniosamente con ellas— no sólo para la aprobación de lo decidido desde el Estado sino también para construir los criterios decisivos, implica confianza en las masas, en lugar de la subestimación o del paternalismo de las ideologías que se expresan.

Claro está que la confianza en un protagonismo auténtico de las masas— que supone desearlo todo mecanismo iluminado— implica una caracterización del país y genera una estrategia para el cambio, cuya explicitación ocuparía un espacio indebidamente amplio y del tema y los alcances de esta nota. Baste decir que consideramos a la Argentina un país complejo, con diversidad de estratos y niveles de desarrollo, con articulaciones diferenciadas, con una historia y un entrelado ideológico y cultural que ha dotado de una sociedad civil fuerte. En el seno de

El terrorismo de estado, norma de hierro en los años del Proceso, es reivindicado ahora por grupos minoritarios pero poseedores de un fuerte poder político y económico. Para esos sectores del autoritarismo fíjate y militar, la democracia no es un valor. Creemos entonces en cambio que la democracia es un bien irrenunciable no deseamos que el ejército patrulle otra vez nuestra ciudad, ni que sus miembros mantengan la ley haciendo el país.

¿Desea usted que le digan qué puede leer y qué no, qué películas puede ver y cuáles no? ¿Desea vivir una vez más la triste incoherencia sobre la suerte de sus

hijos perseguidos o desterrados, la tragedia humillante de la tortura, las desparejaciones o la guerra? ¿Quiere volver a vivir el papel planificador y de principio de sus derechos laborales, sin partidos políticos y militar, la democracia no es un valor. Creemos entonces en cambio que la democracia es un bien irrenunciable no deseamos que el ejército patrulle otra vez nuestra ciudad, ni que sus miembros mantengan la ley haciendo el país.

¿Desea usted que le digan qué puede leer y qué no, qué películas puede ver y cuáles no? ¿Desea vivir una vez más la triste incoherencia sobre la suerte de sus hijos perseguidos o desterrados, la tragedia humillante de la tortura, las desparejaciones o la guerra? ¿Quiere volver a vivir el papel planificador y de principio de sus derechos laborales, sin partidos políticos y militar, la democracia no es un valor. Creemos entonces en cambio que la democracia es un bien irrenunciable no deseamos que el ejército patrulle otra vez nuestra ciudad, ni que sus miembros mantengan la ley haciendo el país.

terres seculares. Esta situación pone en tela de juicio el rumbo democrático emprendido, por su conflictividad potencial con la voluntad popular libremente expresada. Es que tal voluntad, tendencialmente a los menos, está llamada a colisionar con los intereses y fuegos que, hecho, están liderando el proceso actual. Cada vez más pragmático inmediatista oficial, generando tensiones difícilmente resolubles dentro de los carriles institucionales. Prueba de esto es la debilidad de la "sociedad política" y su escaso o nulo control sobre corporaciones tan importantes y disímiles como las FFAA, la Iglesia, las grandes entidades empresarias y aún la misma CGT.

Urge en consecuencia la articulación de alternativas válidas desde el campo de la izquierda, que generen el debate y reinicien o inicien la lucha por hegemonía en la sociedad civil. Al bloque histórico dominante—siempre cambiante y siempre el mismo en una Argentina con crisis recurrentes desde hace casi sesenta años— debe superarse un nuevo bloque histórico que empuje a la izquierda y las fuerzas populares unificadas en torno a un nuevo deber ser: la utopía viable de una sociedad más racional, más justa y libre, superadora de los límites y de las miserias de la actual. Una nueva izquierda capaz de proponer, ante el riesgo de desestabilización, la democratización del Estado; en vez del aislamiento tecnocrático de los funcionarios (una forma de estalotaría, en definitiva), la participación y la socialización del poder, devolviendo a los ciudadanos las funciones que se les indispensable centralizar; en vez de la privatización, la introducción de criterios racionales en la gestión de las empresas públicas (con todas las privatizaciones periféricas y no estratégicas que dichos criterios aconsejen), reservándose al estado el papel planificador y de principio de sus recursos, según las tareas que la sociedad democráticamente decida.

En suma, cabría afirmar que—paralelamente a la agonia del país viejo— asistimos al final de uno de sus subproductos: la idea nosotras y que todos nosotros debemos defenderla.

Este texto también se publica en *Diario de Poesía, Gaceta Psicológica, Punto de Vista, Revista Argentina de Psicología, Unidos*.

La misma democracia, en tanto simpatía política, debe modificarse. Es evidente que su versión exclusivamente representativa ha perdido eficacia y que la constante generación y multiplicación de movimientos sociales indica la necesidad de nuevos canales de formulación de demandas y de diseño e implementación de respuestas. Es insoslayable tendencia a la participación no para sustituir a las formas representativas, sino articuladas y moniosamente con ellas— no sólo para la aprobación de lo decidido desde el Estado sino también para construir los criterios decisivos, implica confianza en las masas, en lugar de la subestimación o del paternalismo de las ideologías que se expresan.

Claro está que la confianza en un protagonismo auténtico de las masas— que supone desearlo todo mecanismo iluminado— implica una caracterización del país y genera una estrategia para el cambio, cuya explicitación ocuparía un espacio indebidamente amplio y del tema y los alcances de esta nota. Baste decir que consideramos a la Argentina un país complejo, con diversidad de estratos y niveles de desarrollo, con articulaciones diferenciadas, con una historia y un entrelado ideológico y cultural que ha dotado de una sociedad civil fuerte. En el seno de

La misma democracia, en tanto simpatía política, debe modificarse. Es evidente que su versión exclusivamente representativa ha perdido eficacia y que la constante generación y multiplicación de movimientos sociales indica la necesidad de nuevos canales de formulación de demandas y de diseño e implementación de respuestas. Es insoslayable tendencia a la participación no para sustituir a las formas representativas, sino articuladas y moniosamente con ellas— no sólo para la aprobación de lo decidido desde el Estado sino también para construir los criterios decisivos, implica confianza en las masas, en lugar de la subestimación o del paternalismo de las ideologías que se expresan.

Urge en consecuencia la articulación de alternativas válidas desde el campo de la izquierda, que generen el debate y reinicien o inicien la lucha por hegemonía en la sociedad civil. Al bloque histórico dominante—siempre cambiante y siempre el mismo en una Argentina con crisis recurrentes desde hace casi sesenta años— debe superarse un nuevo bloque histórico que empuje a la izquierda y las fuerzas populares unificadas en torno a un nuevo deber ser: la utopía viable de una sociedad más racional, más justa y libre, superadora de los límites y de las miserias de la actual. Una nueva izquierda capaz de proponer, ante el riesgo de desestabilización, la democratización del Estado; en vez del aislamiento tecnocrático de los funcionarios (una forma de estalotaría, en definitiva), la participación y la socialización del poder, devolviendo a los ciudadanos las funciones que se les indispensable centralizar; en vez de la privatización, la introducción de criterios racionales en la gestión de las empresas públicas (con todas las privatizaciones periféricas y no estratégicas que dichos criterios aconsejen), reservándose al estado el papel planificador y de principio de sus recursos, según las tareas que la sociedad democráticamente decida.

¿Es posible la izquierda en Argentina?

Oscar Valdovinos

En 1973, cuando las últimas y más fuertes olas del tumultuoso mar de los sesenta batían con fuerza estas playas, la pregunta que titula estas reflexiones no se hubieran entendido. El cambio no sólo se visualizaba deseable y posible sino también inevitable. Ya se sabe que los hechos no correspondieron a los sueños. El despertar nos arrojó a una vigilia más cruel que las pesadillas—por real, por frustrante y por sangrienta— de resultas de la cual observamos como imagen monstruosa de lo que nos queramos (dijera así), la periferia por monseñor Krav— la verdadera, no la inversión que él ve en el espejo— pareciera que la Argentina tiene sólo malos derechos.

El colapso de la izquierda

En procura de explicar lo que pasó es obvio recordar que el genocidio vivido— y su secuela de terror y ocultamiento— según la vida de miles de militantes, echó a otros tantos y "quebró" a muchos y que las condiciones causas de su mal en peor. La izquierda que surgió así, no pudo limitar la formación de relevos. Pero sería un plácido autoengaño centrar allí la cuestión. La fragmentación, la obsolescencia teórica y práctica, la falta de sensibilidad respecto al "estado de ánimo" de la sociedad, a su mundo de vivencias, necesidades y aspiraciones, así como el corrolato de irrealidad— el principio que, aunque carencia conlleva, nos acercan mucho más, por cierto, a una explicación válida de la falta de peso político y social de la izquierda en la Argentina actual.

Por detrás de estos datos indismulables se yerguen, como cuestión central en

gran parte así irresuelta, formidables obstáculos teóricos. En verdad, la izquierda en nuestro país siempre tuvo un desarrollo precario en cuanto a la formación de sus cuadros y al análisis y elaboración de la realidad sobre la que debía operar. El predominio del populismo, con su carga de subestimación de la labor intelectual y su practicismo inmediatista— que impregnaron también los hábitos y estilos de construcción de la izquierda— agravó desde la década del cuarenta aquella falencia que permitían la existencia de socialistas, pero pronto raudos (precisamente por "intelectuales" y por tanto sospechosos de disidencia), la izquierda se aferró a la "verdad de manual", que daba seguridad y prometía un futuro previsible o, mejor dicho, ya previsto. El slogan y la consigna permitían la más fácil actuación sin perder el tiempo en debates y lecturas "estériles". En los grandes debates, los cuestionamientos y reformulaciones que trascenderían lo meramente tático-cotidiano, prácticamente no existieron. Todo "estaba bien", lo que significó en realidad que nada existía más en peor.

La izquierda que surgió así, no pudo limitar la formación de relevos. Pero sería un plácido autoengaño centrar allí la cuestión. La fragmentación, la obsolescencia teórica y práctica, la falta de sensibilidad respecto al "estado de ánimo" de la sociedad, a su mundo de vivencias, necesidades y aspiraciones, así como el corrolato de irrealidad— el principio que, aunque carencia conlleva, nos acercan mucho más, por cierto, a una explicación válida de la falta de peso político y social de la izquierda en la Argentina actual.

Por detrás de estos datos indismulables se yerguen, como cuestión central en gran parte así irresuelta, formidables obstáculos teóricos. En verdad, la izquierda en nuestro país siempre tuvo un desarrollo precario en cuanto a la formación de sus cuadros y al análisis y elaboración de la realidad sobre la que debía operar. El predominio del populismo, con su carga de subestimación de la labor intelectual y su practicismo inmediatista— que impregnaron también los hábitos y estilos de construcción de la izquierda— agravó desde la década del cuarenta aquella falencia que permitían la existencia de socialistas, pero pronto raudos (precisamente por "intelectuales" y por tanto sospechosos de disidencia), la izquierda se aferró a la "verdad de manual", que daba seguridad y prometía un futuro previsible o, mejor dicho, ya previsto. El slogan y la consigna permitían la más fácil actuación sin perder el tiempo en debates y lecturas "estériles". En los grandes debates, los cuestionamientos y reformulaciones que trascenderían lo meramente tático-cotidiano, prácticamente no existieron. Todo "estaba bien", lo que significó en realidad que nada existía más en peor.

resiste a ser "par sí". Y por último, el teologismo iluminado de la izquierda tradicional argentina le impone autojudicarse el rol de "hacedora de la historia"—con todo lo que esto tiene de autoritarismo— generando un conflicto cada vez más notoriamente con las aspiraciones ideológicas de quienes se quieren apegar a estas concepciones perimidas aún conservadas la falaz antinomia entre "reforma o revolución" es buena prueba de ello.

Validez y necesidad de la izquierda

Sería erróneo deducir de lo expuesto hasta aquí que nos encontramos ante la inminente extinción de la izquierda. Lo que sí debe tenerse por innegable es su crisis, reveladora de inadecuación entre las demandas de la sociedad y las respuestas de las estructuras político-ideológicas que, desde la izquierda tradicional, pretenden expresarla. Pero crisis no es necesariamente final, sino un momento decisivo en el que el cambio es inevitable. Y en eso estamos.

Es que sólo se puede responder a la pregunta sobre la posibilidad de la izquierda, sin antes contestar otras: la izquierda... ¿perdió su razón de ser? ¿ya no es más necesaria? Y las respuestas son obviamente negativas. Más allá de una u otra conceptualización teórica, de una u otra elaboración doctrinaria o cristalización dogmática, la izquierda es mucho más que voluntarismo de soñadores o creación intelectual de filósofos. Es texto que emerge de un contexto; concreción ideológico-política (que aspira a ser orgánica de la protesta y la resistencia, de la

voluntad crítica—superadora— de una realidad de injusticia y marginación. Izquierda es lucha contra toda forma de opresión, defensa restringida de la libertad, cuestionamiento de las asimetrías sociales. Significa y aún libre discernimiento, racionalidad y un imperativo ético que no pueden jamás supeditarse a dogmas o convenciones circunstanciales. La ética, la libertad, la democracia, son inscindibles de la justicia social, el respeto a la dignidad humana y la solidaridad. Constituyen, por tanto, patrimonio irrenunciable de la izquierda. La lucha por la concreción de estos valores es su razón de ser, su origen y fundamento. En tanto no estén plenamente satisfechos es necesario. Y el vacío que deja esa insatisfacción genera permanentemente sus condiciones de posibilidad.

Estamos atravesando una época ineludablemente difícil. Durante mucho tiempo (desde la Revolución Francesa hasta hace apenas unos años), la izquierda—más allá de eventuales errores o limitaciones— tuvo al menos la seguridad y la satisfacción de ser "lo nuevo", la vanguardia, el agente de la modernidad, el agente a estrenar, que con su luz cegadora, hacía retroceder las tinieblas de lo viejo. La izquierda no tenía dificultades para redibujar a la derecha por la vetustez de sus planteos. Pero la iniciativa ha cambiado de manos. Los intelectuales de la derecha nos hacen saber que entramos en la "tercera ola" y que, en la era "postindustrial", que estamos viviendo, lo que pasó a ser tradicional es la modernidad. Y lo "post-moderno", se nos dice, implica "el fin de la historia", puesto que la "implosión de las masas" absorbe como un "agujero

representaba a un proyecto de nueva sociedad o la astucia e ingenio de un grupo de dirigentes tradicionales al aceptar cualquier proposición programática novedosa con tal de lograr para el PI una fuerte representación parlamentaria. Triunfó la UCR con un partido unificado y un proyecto de democracia política y de modernización económica. Por sobre todas las cosas, el triunfo de la UCR fue el triunfo de la "vida sobre la muerte"; con sensatez la mayoría de la población se inclinó por esta alternativa.

Luego del triunfo electoral, lo deseable para una etapa de transición democrática era que sucediesen dos cosas: o la formación de un gobierno de coalición alrededor de un núcleo radical-peronista o la formación de un gobierno monocolor pero apuntalado por acuerdos políticos pluri-partidarios y de concertación social. Pero nada de esto sucedió, ante todo por la escisión histórica entre radicales y peronistas, grita que ha permitido los golpes militares desde 1955 y que sigue todavía vigente. La UCR y particularmente su presidente Alfonsín decidieron gobernar obligando a retroceder a sus antiguos contendientes: las fuerzas armadas y los sindicatos. En el caso de las FFAA, la UCR pretendió que tal retroceso fuera obra de la misma institución y propuso la siguiente alternativa: o se "autojuzgan" o los "juzgará" la justicia civil. En el caso de los sindicatos —en gran medida producto de estilos de la tradición universitaria adaptados al mundo del trabajo— la UCR pretendió iniciar una ofensiva capaz de destruir su corteza burocrática a través de la conocida Ley Mucci.

En ambas operaciones la UCR fracasó. En lo que se refiere al tema militar, lo que debió juzgarse no eran sólo los crímenes aberrantes, sino al proceso en su conjunto, del cual los crímenes aberrantes eran sólo una parte. A través del juicio parlamentario se debió señalar a los "responsables políticos" principales del Proceso y enviarlos a juicio civil, abrir la instancia judicial para juzgar a subalternos cuando existiesen pruebas irrefutables de crímenes aberrantes y establecer una sanción político-moral sobre las fuerzas armadas sin avanzar más sobre la aplastante mayoría de los cuadros. Sobre esta base se podría haber iniciado, en mejores condiciones que a los momentos actuales, una reforma sustancial de las FFAA.

En lo que se refiere al tema sindical se debió —como se hizo con la Universidad— restablecer las leyes básicas (leyes de Asociaciones profesionales, convenciones colectivas, contrato de trabajo y obras sociales), no promulgarlas, enviarlas a las Cámaras para su actualización y sobre esa base convocar a elecciones sindicales para que los trabajadores pudiesen dar su opinión organizada. Tal actitud hubiera facilitado el desarrollo de la renovación sindical peronista, proceso que fue frenado por la Ley Mucci, cuyo resultado fue el restablecimiento del poder del sindicalismo ortodoxo (en crisis por la derrota electoral) que se atincheró en la defensa de la autonomía sindical y pudo así debilitar y convertir a la renovación peronista en un fenómeno casi exclusivamente político.

Como tales operaciones políticas no se hicieron, la UCR terminó pagando un alto precio por la resistencia exitosa de ambas instituciones. Pero como la tendencia principal de la sociedad argentina es a la instalación de un sistema político bipartidista, esas fallencias se resolvieron temporariamente bajo formas no previstas: elecciones sindicales negociadas (1985) y alianza con los "15" y ley de obediencia debida.

Se observa a muchos ciudadanos deprimidos por los sucesos. Pero es sabido que una forma de depresión es aquella

que se genera por la escisión entre sueños utópicos y realidades adversas. En el caso que nos ocupa es el resultado de imaginarse y desear la instalación de una democracia política avanzada y la realidad de la instalación de una democracia política todavía gris, con poderes segmentados. Sin embargo, esta democracia política segmentada con alianzas imprevisibles es por hoy la única democracia posible. Se trata de una democracia política instalada en un país en decadencia. Sería deseable que las alianzas imprevisibles dieran paso, después de las próximas elecciones, a alianzas programáticas entre radicales y peronistas y otras fuerzas y que de tal modo se refuerce la legitimidad de la transición democrática que permita encarar las reformas del estado y de la constitución. Pero en las condiciones presentes esta democracia política es la única que puede permitir que la sociedad argentina debata y acuerde durante los próximos años que más necesitamos: la Argentina es, metafóricamente, el "país que no fue".

La frustración por lo que "no fue" repercute a las clases populares y segmentos del empresariado, las FFAA, etc. y es causa de desaliento y pesimismo. Pero tal frustración surge causa de una futura confrontación histórica entre quienes pretenden que este país sea uno de los que Engels caracterizaba como "pueblos sin historia" y/o los que quieren que este país supere finalmente el único modelo real que hemos tenido y que fue cancelado en 1930: el de la generación del 80. Si tenemos en cuenta esa perspectiva de largo plazo, entonces no hay por qué ponerse nervioso y empezar a difundir inconscientemente el deseo de la derecha fascista: que la UCR ha instalado nuevamente la "ingobernabilidad civil" en el país. Por el contrario, cuando en un futuro se juzgan los actos del presidente Alfonsín seguramente se pondrán de relieve, entre otras cosas positivas, no sólo el tránsito a la democracia, sino además sus esfuerzos por tomar consciente todo lo

que este país tiene de decadente y cuanto debe hacerse para reconstituir un tejido democrático que permita resanar su vida económica, social y cultural. Se podrá discrepar o acordar con las propuestas presidenciales, pero nadie podrá negar que tuvo el coraje de plantear la cruda verdad: estamos en un país en decadencia. Se trata, por consiguiente, de instalar en los problemas planteados por Alfonsín y luchar porque sean resueltos en favor de los trabajadores. Cualquier discurso que trate de eludirlos con epítetos que los silencien no aportará absolutamente nada al debate. Será otra manifestación más de la impotencia de algunos grupos políticos que ya mostraron su estrechez de mira durante los sucesos de Semana Santa.

La ley de obediencia debida es el resultado de un conflicto que debió ser tratado y resuelto por las cámaras en 1983 y de la conclusión con la sanción global del Proceso. En esto tenía razón el peronismo renovador: lástima que su partido no ofrecía en ese año el cuadro positivo de hoy. Recién ahora se consolida el alentador proceso de la renovación peronista, que es a nuestro entender una condición básica para la estabilidad del sistema democrático.

El error de 1983 forma parte de un asunto todavía en curso, que urge resolverlo y que es condición para consolidar la democracia política: la articulación de una sociedad política con vasos comunicantes, con capacidad de acuerdos políticos, económicos y sociales. Tal sociedad política no es solo partidaria, es también sindical, empresarial, militar, intelectual. Esta es una tarea apasionante digna de ser emprendida para que esta democracia cree las condiciones para poder debatir y articular las fuerzas sociales que impidan instalarse definitivamente dentro de la fatídica calificación de Engels y en cambio impulsen cambios estructurales profundos que permitan instalar una democracia económica, social y política estable.

Al no resolverse correctamente el tema de la condena del Proceso en su conjunto se generó un conflicto objetivo entre la mayoría de los oficiales y el poder judicial, derivado del gigantismo enredo generado por centenares de encausados que no aceptan ser castigados porque cumplieron "órdenes". Sobre la base del enredo se montó el operativo "fundamentalista" de Semana Santa. Por esto, para terminar el enredo, la única alternativa de menor costo que aparece como posible fue la ley de obediencia debida. Pero con esta ley se ha resuelto sólo momentáneamente el problema pues queda sin resolver el problema de fondo, cual es la sanción al proceso en su conjunto. Es bastante probable que en el futuro se agudicen las presiones para liberar a los comandantes y que esta presión encuentre en la expansión del terrorismo de derecha aquella acción violenta que prepare a una sociedad para la aceptación de un nuevo autoritarismo: registrista o liberal. Pero es hora ya de comprender que en las condiciones argentinas, y por bastante tiempo, estos peligros son hasta cierto punto "normales" y enfrentarlos forma parte de un estilo de pensar la democracia conquistada como una etapa de transición plena de obstáculos y peligros. En este contexto se inscribe la burocratización intentada al profanar y mutilar el cadáver del general Perón. Este es un acto vandálico que tiene la finalidad de mostrar a una población hipersensibilizada que la impunidad sigue vigente en la Argentina y que el estado no puede proteger ni la vida ni la muerte (sic!) de sus ciudadanos.

Existe una relación directa entre la ley de obediencia debida y el peligro de un golpe de estado? Como hemos señalado, la relación es justamente a la inversa. El golpe de estado requiere de condiciones que lo posibilitan o lo toman necesario: la agudización de la crisis económica; la posibilidad de la aparición de estallidos sociales, una brecha cada vez mayor entre sociedad política y sociedad civil, un aroma de desobediencia civil y social en la sociedad, etc., etc. Se crea así un espacio social y político para un movimiento restaurador de un orden imposible de ser asegurado de otro modo, movimiento que en las condiciones nuestras se alimentaría de corrientes ideológicas de matriz nacionalista-católica, con fuerte arraigo en la derecha peronista. En consecuencia, el peligro de un golpe de estado no deriva simplemente (con una relación de causa a efecto) del retroceso del poder civil frente al poder militar, sino de la emergencia de fenómenos incontrolados de orden social y político que conduzcan a una situación que no podría ser sobre la pasividad de la imposibilidad del control estatal.

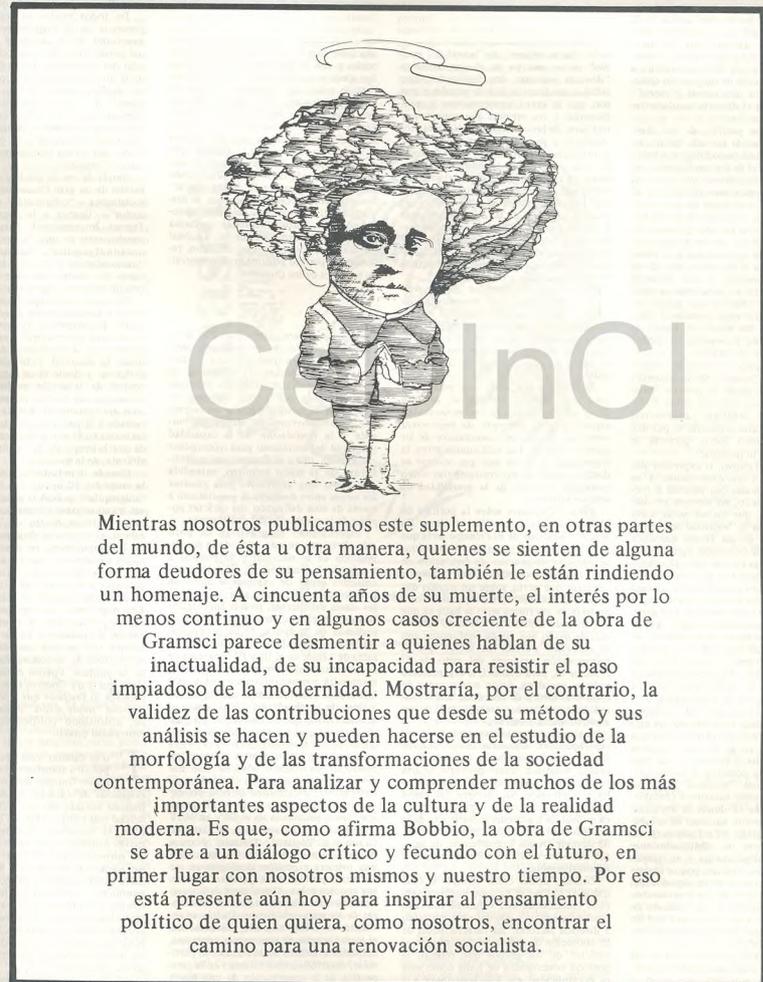
Hoy tal perspectiva aparece como inviable, porque no obstante la crisis la instalación y permanencia del sistema político democrático evidencia ser el resultado de la decisión mayoritaria, abrumadoramente mayoritaria del pueblo argentino, y del sostén que a tal decisión le prestan el arco democrático de los partidos políticos, los núcleos dirigentes de la élite empresarial y la opinión pública internacional. En estas condiciones es altamente improbable que el sistema político actual pueda ser sustituido por un régimen que no podría ser sino autoritario, pues tal alternativa carece en las condiciones presentes de actores sociales o políticos de peso.

Pienso que este es el enfoque que permite abordar de mejor modo el tema de la obediencia debida, un enfoque que privilegia la razón por sobre la pasión. Pasiones sobran en este país, lo que falta es aceptar más plenamente la paciencia y el rigor con que deben encararse los problemas que plantea la instalación de una nueva racionalidad histórica.

La Ciudad Futura

Suplemento 4

Gramsci en América Latina



Mientras nosotros publicamos este suplemento, en otras partes del mundo, de ésta u otra manera, quienes se sienten de alguna forma deudores de su pensamiento, también le están rindiendo un homenaje. A cincuenta años de su muerte, el interés por lo menos continuo y en algunos casos creciente de la obra de Gramsci parece desmentir a quienes hablan de su inactualidad, de su incapacidad para resistir el paso impiadoso de la modernidad. Mostraría, por el contrario, la validez de las contribuciones que desde su método y sus análisis se hacen y pueden hacerse en el estudio de la morfología y de las transformaciones de la sociedad contemporánea. Para analizar y comprender muchos de los más importantes aspectos de la cultura y de la realidad moderna. Es que, como afirma Bobbio, la obra de Gramsci se abre a un diálogo crítico y fecundo con el futuro, en primer lugar con nosotros mismos y nuestro tiempo. Por eso está presente aún hoy para inspirar al pensamiento político de quien quiera, como nosotros, encontrar el camino para una renovación socialista.

puntosur
editorial distribuidora
Julio A. Roca 751 4° C
Tel. 331-6619/4117/7344

Este libro intenta sistematizar algunos de los principales problemas que enfrentan la Argentina y América Latina para dar respuesta a la crisis y al desarrollo de la Revolución Tecnológica y para tender la voluntad colectiva de construir nuestro propio futuro.

SOSA'O
MACRÉ

"El objetivo para el autor resulta ser una orgánica que abre el cuerpo de una sociedad para evolucionar a verías por dentro. El broche en sí mismo, símbolo de un tema absolutamente serio, es el elemento de Mucchi."

PUNTOSUR LITERARIA
COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE B. RIVERA

Puntosur Literaria

DE PRÓXIMA APARICIÓN

La categoría "nacional popular"

Gramsci en clave latinoamericana

Juan Carlos Portantiero

Punto de confluencia de otros conceptos fundamentales, la categoría "nacional-popular" desempeña un papel central en el pensamiento gramsciano. ¿Por qué pudo ser la suerte que ella corrió en el análisis de la realidad latinoamericana?

Es sabido que en la articulación del pensamiento gramsciano la categoría de *nacional-popular* juega un papel central y que el ejemplo hasta tal medida, que ella podría ser considerada como un punto de cruce en el que confluyen muchos de sus conceptos fundamentales: *hegemonía*, *clases*, *partido*.

En los apuntes redactados en los *Quaderni*, la categoría aparece directamente relacionada con su percepción acerca de la forma desarticulada que sufrió el desarrollo del sector urbano de una ciudad manifestaciones sería la "acción cosmopolita" cumplida por los intelectuales a partir de la ausencia de un proceso colectivo de "reforma intelectual y moral", capaz de superar el divorcio secular entre elites y pueblo-nación.

La traducción política de esa clave interpretativa para la historia italiana remite a un problema metodológico y teórico más general: el de las condiciones para un proceso de transformación social en situaciones de capitalismo atrasado en las que la definición nacional-popular resulta incompleta y la constitución del Estado Liberal de Derecho ha sido producto de una *revolución desde arriba*, es decir, no de una voluntad revolucionaria o reformista organizada desde abajo, sino de un proceso *transformista*. Como recuerda con justicia Arió en estas mismas páginas, quien por primera vez aplicó ese esquema analítico para explicar el desarrollo del movimiento fue Héctor P. Agosti, en dos textos clásicos: *Echeverría*, de 1951 y *Nación y Cultura*, de 1959.

¿Cómo aparece el término *nacional-popular* en Gramsci? Se lo encuentra en sus apuntes desde la prisión, como parte de esa vasta reflexión sobre Italia, que sólo puede desplegarse parcialmente, en la que buscaba explicarse el por qué del fascismo como forma "inversa de apropiación de 'lo nacional'".

En tanto calificativo, la expresión alude en Gramsci a dos dimensiones: a las tradiciones culturales (en especial la literatura) y a aquello, no siempre precisamente definido, que en sus notas sobre Maquiavelo llama la "voluntad colectiva" y que irrumpe en sus textos vinculada a la definición sorreliana del "mito". Tanto las formas culturales cuanto la voluntad colectiva nacional-popular (y ambas están estrechamente unidas) desfilan en dos textos que Gramsci rechaza: el *cosmopolitismo* uo y el *particularismo* o *nacionalismo*, otro, en el "nacional-popular" equivale y no es parodia, a lo "universal", cuando debe dar ejemplos no piensa en las formas llamadas espontáneas de la cultura local, sino en los trágicos griegos y en Shakespeare.

En el momento del concepto gramsciano se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

Pero esta crítica al rol de casta de los intelectuales no implicaba renuncia frente a una visión populista que ve en el pueblo el terreno de la concentración del poder — escribe en otro fragmento — es una colectividad homogénea de cultura

ra".² En su criterio, la "moral del pueblo" es un amasijo en el que conviven "diversos estratos": los fosilizados, que reflejan condiciones de vida pasadas y son, por lo tanto, conservadores y reaccionarios y los estratos que constituyen una serie de innovaciones frecuentemente creadoras y progresivas, determinadas puntualmente por formas y condiciones de vida en proceso de desarrollo y que están en contradicción, o en relación diversa, con la moral de los estratos dirigentes.³ Su síntesis es que "el pueblo (es decir el conjunto de las clases subalternas e instrumentales de cada una de las formas de sociedad hasta ahora existentes) por definición no puede tener conciencia de sí mismo, elaborada sistemáticamente y políticamente organizadas y centralizadas".⁴

o que Gramsci va a proponer como proceso de construcción de esa conciencia analítica para explicar el desarrollo del movimiento fue Héctor P. Agosti, en dos textos clásicos: *Echeverría*, de 1951 y *Nación y Cultura*, de 1959.

En tanto calificativo, la expresión alude en Gramsci a dos dimensiones: a las tradiciones culturales (en especial la literatura) y a aquello, no siempre precisamente definido, que en sus notas sobre Maquiavelo llama la "voluntad colectiva" y que irrumpe en sus textos vinculada a la definición sorreliana del "mito". Tanto las formas culturales cuanto la voluntad colectiva nacional-popular (y ambas están estrechamente unidas) desfilan en dos textos que Gramsci rechaza: el *cosmopolitismo* uo y el *particularismo* o *nacionalismo*, otro, en el "nacional-popular" equivale y no es parodia, a lo "universal", cuando debe dar ejemplos no piensa en las formas llamadas espontáneas de la cultura local, sino en los trágicos griegos y en Shakespeare.

En el momento del concepto gramsciano se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

asociarse con los sectores urbano industriales y con la gran masa de campesinos. Su síntesis es que "el pueblo (es decir el conjunto de las clases subalternas e instrumentales de cada una de las formas de sociedad hasta ahora existentes) por definición no puede tener conciencia de sí mismo, elaborada sistemáticamente y políticamente organizadas y centralizadas".⁴

o que Gramsci va a proponer como proceso de construcción de esa conciencia analítica para explicar el desarrollo del movimiento fue Héctor P. Agosti, en dos textos clásicos: *Echeverría*, de 1951 y *Nación y Cultura*, de 1959.

En tanto calificativo, la expresión alude en Gramsci a dos dimensiones: a las tradiciones culturales (en especial la literatura) y a aquello, no siempre precisamente definido, que en sus notas sobre Maquiavelo llama la "voluntad colectiva" y que irrumpe en sus textos vinculada a la definición sorreliana del "mito". Tanto las formas culturales cuanto la voluntad colectiva nacional-popular (y ambas están estrechamente unidas) desfilan en dos textos que Gramsci rechaza: el *cosmopolitismo* uo y el *particularismo* o *nacionalismo*, otro, en el "nacional-popular" equivale y no es parodia, a lo "universal", cuando debe dar ejemplos no piensa en las formas llamadas espontáneas de la cultura local, sino en los trágicos griegos y en Shakespeare.

En el momento del concepto gramsciano se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

En América Latina, en la práctica política y en la teoría, esta historia de relación entre el nacional-popular y el socialismo ha tenido formas accidentadas. Cabe decir que, salvo en los últimos años, su introducción al debate vino por Gramsci sólo de la obra de Lenin, y lo que es peor, de la visión de Stalin, sacralizada como "leninismo" a mediados de la década del 20.

De todos modos es evidente que la presencia en el lenguaje político latinoamericano de la categoría de lo nacional-popular no coincidió con una expansión del socialismo, sino con la aparición de la alternativa populista, para nada ajena ideológicamente al "nacionalismo de masas" del primer fascismo que había reinvadido, frente a las plutocracias y a los internacionalismos, la presencia de las "naciones proletarias", tal como lo planteaba uno de sus fundadores ideológicos, Enrico Corradini.

Detrás de eso lo que hay es la comprobación de un gran fracaso histórico de los socialistas y "revolucionarios" — ligados a la Segunda o a la Tercera Internacional, para resolver la construcción de una "voluntad colectiva nacional-popular". Fueron firmemente "nacionalismos populares" los que capturaron ese espacio de identidad política con un discurso organicista y estatalista.⁵

En sociedades como las nuestras, articuladas históricamente alrededor de una visión antropomórfica del estado (la del *caudillismo* paternalista) la manera en que es percibida la producción del poder en y desde la sociedad y la producción del estado, en el nivel estatal, es un tema central de la acción política. Para los socialistas no habían dudas: su percepción era *socialista*. Frente a un estado centralizado, la participación de las masas en el sólo podría estar garantizada por la irrupción, fuera ella molecular o violenta, de la sociedad.⁶

Cuando la industrialización posterior a la crisis del 30 introdujo a la fractura de la "oligarquía", generó la presencia de nuevas masas urbanas y transformó los equilibrios políticos dentro de la burocracia estatal, el camino se abrió para la política de los populismos: en desmedro de los viejos socialistas, que no habían sabido por la irrupción, fuera ella molecular o violenta, de la sociedad.⁶

En el camino ideal hacia una praxis política transformadora, en el III y en el IV congresos se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

En el momento del concepto gramsciano se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

del partido socialista en la Argentina, hasta comienzos de la década del 40.
2] el de Recabarren y la tradición obrerista del comunismo chileno;
3] el de la obra teórica de Mariátegui.

Pienso que el primero y el tercero (a despecho de las obvias diferencias entre ellos) fueron los teóricamente más significativos. Ambos reseraron, sin embargo, yenes o relegados por convocados a nacional-popular de los populismos, encarnados en Yrigoyen primero y Perón después, para el socialismo argentino; en Hay de la Torre y el aprismo para Mariátegui.

Justo señaló a nivel más profundo de articulación entre la II Internacional y un país de América Latina, que el éxito en los éxitos en la organización de un poderoso partido que en muchos aspectos puede ser comparado, por la variedad de su implantación en la sociedad urbana, con similares de Europa, sino también por el intento de pensar teóricamente un programa socialista para una realidad como la argentina y eventualmente para que el programa concuerde con ella el carácter de constitución de población en zonas vacías, colonias de los internacionalismos, la presencia de las "naciones proletarias", tal como lo planteaba uno de sus fundadores ideológicos, Enrico Corradini.

En sociedades como las nuestras, articuladas históricamente alrededor de una visión antropomórfica del estado (la del *caudillismo* paternalista) la manera en que es percibida la producción del poder en y desde la sociedad y la producción del estado, en el nivel estatal, es un tema central de la acción política. Para los socialistas no habían dudas: su percepción era *socialista*. Frente a un estado centralizado, la participación de las masas en el sólo podría estar garantizada por la irrupción, fuera ella molecular o violenta, de la sociedad.⁶

Cuando la industrialización posterior a la crisis del 30 introdujo a la fractura de la "oligarquía", generó la presencia de nuevas masas urbanas y transformó los equilibrios políticos dentro de la burocracia estatal, el camino se abrió para la política de los populismos: en desmedro de los viejos socialistas, que no habían sabido por la irrupción, fuera ella molecular o violenta, de la sociedad.⁶

En el camino ideal hacia una praxis política transformadora, en el III y en el IV congresos se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

En el momento del concepto gramsciano se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

con otros grupos subalternos. El mundo presuntamente contrahegemónico del *Justo* era un mundo de cooperativas, de bibliotecas, de periódicos, de organizaciones escolares, que debían contener en sí todas las posibilidades liberadoras de una sociedad laica frente al estado. En ese campo su obra fue formidable y no se podría explicar lo esencial de la democratización de base que todavía perdura en la sociedad argentina — pese a las tragedias autoritarias que recorrieron su vida política — sin ese impulso social. Pero esta manera de entender la relación entre política y masa no fue capaz — salvo en el marco urbano y durante un período — de organizar una verdadera voluntad nacional-popular. *El Justo* no pudo superar el desencuentro con un plano de luchas cotidianas por reformas o tonto, lanzado hacia el futuro, en el que el socialismo aparecía como una imagen teológica. En ese sentido, la obra de Justo — que lo estaba por una concepción iluminista del socialismo — que por cierto compartían los marxistas que desde una óptica "revolucionaria" lo criticaban, tenía un lenguaje capaz de asimilar al mundo de

su pensamiento y su acción exacerbaba el ideal progresista-evolucionista que habían tenido algunos organizadores laicos de la República Conservadora. En este espacio de transformación colapsó el programa que el eje de su actividad, verdaderamente *reformista* uo *transformista* — y por lo tanto enfrentado al proyecto oligárquico — consistió en la transformación de la *ciudadanía* por los trabajadores, incluyendo a los extranjeros. Su objetivo era la organización de las masas y su participación en la construcción de un espacio político competitivo que pudiera llevar a la democracia política como condición para la democracia económica y social.

En el camino hacia esa reforma del estado — por el *particularismo* — (porque la ley electoral de 1912 excluirá a los extranjeros, lo que en los hechos significaba dejar fuera a la mayoría de los trabajadores), los hechos que se presentaron que formó a su alrededor se encontraron con el obstáculo opuesto por el proceso de construcción "desde arriba" de la sociedad que dio origen al *Justo* y a la *Unión* más adelantados del continente como la Argentina. Esto es, por la inexistencia de un verdadero pensamiento antiestatal en las grandes masas urbanas y favorable para una propuesta que se basaba en la posibilidad de reformas generadas por una movilización "desde abajo".

En el camino ideal hacia una praxis política transformadora, en el III y en el IV congresos se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

En el momento del concepto gramsciano se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

En el momento del concepto gramsciano se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

El mundo presuntamente contrahegemónico del *Justo* era un mundo de cooperativas, de bibliotecas, de periódicos, de organizaciones escolares, que debían contener en sí todas las posibilidades liberadoras de una sociedad laica frente al estado. En ese campo su obra fue formidable y no se podría explicar lo esencial de la democratización de base que todavía perdura en la sociedad argentina — pese a las tragedias autoritarias que recorrieron su vida política — sin ese impulso social. Pero esta manera de entender la relación entre política y masa no fue capaz — salvo en el marco urbano y durante un período — de organizar una verdadera voluntad nacional-popular. *El Justo* no pudo superar el desencuentro con un plano de luchas cotidianas por reformas o tonto, lanzado hacia el futuro, en el que el socialismo aparecía como una imagen teológica. En ese sentido, la obra de Justo — que lo estaba por una concepción iluminista del socialismo — que por cierto compartían los marxistas que desde una óptica "revolucionaria" lo criticaban, tenía un lenguaje capaz de asimilar al mundo de

su pensamiento y su acción exacerbaba el ideal progresista-evolucionista que habían tenido algunos organizadores laicos de la República Conservadora. En este espacio de transformación colapsó el programa que el eje de su actividad, verdaderamente *reformista* uo *transformista* — y por lo tanto enfrentado al proyecto oligárquico — consistió en la transformación de la *ciudadanía* por los trabajadores, incluyendo a los extranjeros. Su objetivo era la organización de las masas y su participación en la construcción de un espacio político competitivo que pudiera llevar a la democracia política como condición para la democracia económica y social.

En el camino hacia esa reforma del estado — por el *particularismo* — (porque la ley electoral de 1912 excluirá a los extranjeros, lo que en los hechos significaba dejar fuera a la mayoría de los trabajadores), los hechos que se presentaron que formó a su alrededor se encontraron con el obstáculo opuesto por el proceso de construcción "desde arriba" de la sociedad que dio origen al *Justo* y a la *Unión* más adelantados del continente como la Argentina. Esto es, por la inexistencia de un verdadero pensamiento antiestatal en las grandes masas urbanas y favorable para una propuesta que se basaba en la posibilidad de reformas generadas por una movilización "desde abajo".

En el camino ideal hacia una praxis política transformadora, en el III y en el IV congresos se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

En el momento del concepto gramsciano se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

En el momento del concepto gramsciano se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

Numero speciale
con 48 pagine
per il XXX
della morte
di Gramsci

A B 8 in articolo di
Piero Bevilacqua
e
P. Agosti
A B 48 pagine
per il XXX
della morte
di Gramsci

Il settimanale sul
pensiero di Gramsci
e il settimanale sul
pensiero di Gramsci

inprancano
n'anni dopo

Piero Sraffa parla dell'amico Gramsci

1937 Lettera inedita di Togliatti a Sraffa

1937 Gli editoriali censurati del "Grido del Popolo"

Le successive stampe del *Quaderno del carcere*
sulla *Lettera di Togliatti a Sraffa*



El mundo presuntamente contrahegemónico del *Justo* era un mundo de cooperativas, de bibliotecas, de periódicos, de organizaciones escolares, que debían contener en sí todas las posibilidades liberadoras de una sociedad laica frente al estado. En ese campo su obra fue formidable y no se podría explicar lo esencial de la democratización de base que todavía perdura en la sociedad argentina — pese a las tragedias autoritarias que recorrieron su vida política — sin ese impulso social. Pero esta manera de entender la relación entre política y masa no fue capaz — salvo en el marco urbano y durante un período — de organizar una verdadera voluntad nacional-popular. *El Justo* no pudo superar el desencuentro con un plano de luchas cotidianas por reformas o tonto, lanzado hacia el futuro, en el que el socialismo aparecía como una imagen teológica. En ese sentido, la obra de Justo — que lo estaba por una concepción iluminista del socialismo — que por cierto compartían los marxistas que desde una óptica "revolucionaria" lo criticaban, tenía un lenguaje capaz de asimilar al mundo de

su pensamiento y su acción exacerbaba el ideal progresista-evolucionista que habían tenido algunos organizadores laicos de la República Conservadora. En este espacio de transformación colapsó el programa que el eje de su actividad, verdaderamente *reformista* uo *transformista* — y por lo tanto enfrentado al proyecto oligárquico — consistió en la transformación de la *ciudadanía* por los trabajadores, incluyendo a los extranjeros. Su objetivo era la organización de las masas y su participación en la construcción de un espacio político competitivo que pudiera llevar a la democracia política como condición para la democracia económica y social.

En el camino hacia esa reforma del estado — por el *particularismo* — (porque la ley electoral de 1912 excluirá a los extranjeros, lo que en los hechos significaba dejar fuera a la mayoría de los trabajadores), los hechos que se presentaron que formó a su alrededor se encontraron con el obstáculo opuesto por el proceso de construcción "desde arriba" de la sociedad que dio origen al *Justo* y a la *Unión* más adelantados del continente como la Argentina. Esto es, por la inexistencia de un verdadero pensamiento antiestatal en las grandes masas urbanas y favorable para una propuesta que se basaba en la posibilidad de reformas generadas por una movilización "desde abajo".

En el camino ideal hacia una praxis política transformadora, en el III y en el IV congresos se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

En el momento del concepto gramsciano se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

El mundo presuntamente contrahegemónico del *Justo* era un mundo de cooperativas, de bibliotecas, de periódicos, de organizaciones escolares, que debían contener en sí todas las posibilidades liberadoras de una sociedad laica frente al estado. En ese campo su obra fue formidable y no se podría explicar lo esencial de la democratización de base que todavía perdura en la sociedad argentina — pese a las tragedias autoritarias que recorrieron su vida política — sin ese impulso social. Pero esta manera de entender la relación entre política y masa no fue capaz — salvo en el marco urbano y durante un período — de organizar una verdadera voluntad nacional-popular. *El Justo* no pudo superar el desencuentro con un plano de luchas cotidianas por reformas o tonto, lanzado hacia el futuro, en el que el socialismo aparecía como una imagen teológica. En ese sentido, la obra de Justo — que lo estaba por una concepción iluminista del socialismo — que por cierto compartían los marxistas que desde una óptica "revolucionaria" lo criticaban, tenía un lenguaje capaz de asimilar al mundo de

su pensamiento y su acción exacerbaba el ideal progresista-evolucionista que habían tenido algunos organizadores laicos de la República Conservadora. En este espacio de transformación colapsó el programa que el eje de su actividad, verdaderamente *reformista* uo *transformista* — y por lo tanto enfrentado al proyecto oligárquico — consistió en la transformación de la *ciudadanía* por los trabajadores, incluyendo a los extranjeros. Su objetivo era la organización de las masas y su participación en la construcción de un espacio político competitivo que pudiera llevar a la democracia política como condición para la democracia económica y social.

En el camino hacia esa reforma del estado — por el *particularismo* — (porque la ley electoral de 1912 excluirá a los extranjeros, lo que en los hechos significaba dejar fuera a la mayoría de los trabajadores), los hechos que se presentaron que formó a su alrededor se encontraron con el obstáculo opuesto por el proceso de construcción "desde arriba" de la sociedad que dio origen al *Justo* y a la *Unión* más adelantados del continente como la Argentina. Esto es, por la inexistencia de un verdadero pensamiento antiestatal en las grandes masas urbanas y favorable para una propuesta que se basaba en la posibilidad de reformas generadas por una movilización "desde abajo".

En el camino ideal hacia una praxis política transformadora, en el III y en el IV congresos se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

En el momento del concepto gramsciano se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

El mundo presuntamente contrahegemónico del *Justo* era un mundo de cooperativas, de bibliotecas, de periódicos, de organizaciones escolares, que debían contener en sí todas las posibilidades liberadoras de una sociedad laica frente al estado. En ese campo su obra fue formidable y no se podría explicar lo esencial de la democratización de base que todavía perdura en la sociedad argentina — pese a las tragedias autoritarias que recorrieron su vida política — sin ese impulso social. Pero esta manera de entender la relación entre política y masa no fue capaz — salvo en el marco urbano y durante un período — de organizar una verdadera voluntad nacional-popular. *El Justo* no pudo superar el desencuentro con un plano de luchas cotidianas por reformas o tonto, lanzado hacia el futuro, en el que el socialismo aparecía como una imagen teológica. En ese sentido, la obra de Justo — que lo estaba por una concepción iluminista del socialismo — que por cierto compartían los marxistas que desde una óptica "revolucionaria" lo criticaban, tenía un lenguaje capaz de asimilar al mundo de

su pensamiento y su acción exacerbaba el ideal progresista-evolucionista que habían tenido algunos organizadores laicos de la República Conservadora. En este espacio de transformación colapsó el programa que el eje de su actividad, verdaderamente *reformista* uo *transformista* — y por lo tanto enfrentado al proyecto oligárquico — consistió en la transformación de la *ciudadanía* por los trabajadores, incluyendo a los extranjeros. Su objetivo era la organización de las masas y su participación en la construcción de un espacio político competitivo que pudiera llevar a la democracia política como condición para la democracia económica y social.

En el camino hacia esa reforma del estado — por el *particularismo* — (porque la ley electoral de 1912 excluirá a los extranjeros, lo que en los hechos significaba dejar fuera a la mayoría de los trabajadores), los hechos que se presentaron que formó a su alrededor se encontraron con el obstáculo opuesto por el proceso de construcción "desde arriba" de la sociedad que dio origen al *Justo* y a la *Unión* más adelantados del continente como la Argentina. Esto es, por la inexistencia de un verdadero pensamiento antiestatal en las grandes masas urbanas y favorable para una propuesta que se basaba en la posibilidad de reformas generadas por una movilización "desde abajo".

En el camino ideal hacia una praxis política transformadora, en el III y en el IV congresos se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

En el momento del concepto gramsciano se ubica en el interior de uno de los planos teóricamente más polémicos del socialismo: en el de las relaciones entre intelectuales y pueblo. En un fragmento que comenta el hecho de que en algunas lenguas, "nacional" y "popular" aparecen como sinónimos (notablemente en francés, en donde es imposible diferenciar "nacional" de "popular", según *hénria popular*), agrega: "En Italia el término *nacional* tiene un significado muy restringido ideológicamente y en ningún caso coincide con *popular*, porque en éste el pueblo es el horizonte de la nación, el pueblo, es decir de la nación, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político nacional-popular desde abajo".

El mundo presuntamente contrahegemónico del *Justo* era un mundo de cooperativas, de bibliotecas, de periódicos, de organizaciones escolares, que debían contener en sí todas las posibilidades liberadoras de una sociedad laica frente al estado. En ese campo su obra fue formidable y no se podría explicar lo esencial de la democratización de base que todavía perdura en la sociedad argentina — pese a las tragedias autoritarias que recorrieron su vida política — sin ese impulso social. Pero esta manera de entender la relación entre política y masa no fue capaz — salvo en el marco urbano y durante un período — de organizar una verdadera voluntad nacional-popular. *El Justo* no pudo superar el desencuentro con un plano de luchas cotidianas por reformas o tonto, lanzado hacia el futuro, en el que el socialismo aparecía como una imagen teológica. En ese sentido, la obra de Justo — que lo estaba por una concepción iluminista del socialismo — que por cierto compartían los marxistas que desde una óptica "revolucionaria" lo criticaban, tenía un lenguaje capaz de asimilar al mundo de

su pensamiento y su acción exacerbaba el ideal progresista-evolucionista que habían tenido algunos organizadores laicos de la República Conservadora. En este espacio de transformación colapsó el programa que el eje de su actividad, verdaderamente *reformista* uo *transformista* — y por lo tanto enfrentado al proyecto oligárquico — consistió en la transformación de la *ciudadanía* por los trabajadores, incluyendo a los extranjeros. Su objetivo era la organización de las masas y su participación en la construcción de un espacio político competitivo que pudiera llevar a la democracia política como condición para la democracia económica y social.

En el camino hacia esa reforma del estado — por el *particularismo* — (porque la ley electoral de 1912 excluirá a los extranjeros, lo que en los hechos significaba dejar fuera a la mayoría de los trabajadores), los hechos que se presentaron que formó a su alrededor se encontraron con el obstáculo opuesto por el proceso de construcción "desde arriba" de la sociedad que dio origen al *Justo* y a la *Unión* más adelantados del continente como la Argentina. Esto es, por la inexistencia de un verdadero pensamiento antiestatal en las grandes masas urbanas y favorable para una propuesta que se basaba en la posibilidad de reformas generadas por una movilización "desde abajo".

hacía que los sectores populares quedarán marginados. Estos no estaban todavía suficientemente organizados, representados solamente por el débil partido comunista y por un pequeño grupo de *tenientes* de izquierda, entre los cuales estaba Prestes, que se habían negado a participar en la revolución de 1930. En estas condiciones, la sanción de la protesta contra el carácter elitista de la revolución es la adopción de una "subversión elemental", cuya manifestación más evidente fue el golpe de 1935, una desobediencia insubordinada de comunistas y *tenientes* de izquierda.

Derribado con gran facilidad por el gobierno, este *putsch* fue el principio de un período de inestabilidad política de la dictadura de Vargas. Sin embargo, a pesar de su carácter represivo y sus rasgos ideológicos de corte fascista, el "Estado Nueva Argentina" una acelerada industrialización del país, con el apoyo del sector industrial de la burguesía y del grupo militar, y, por otro lado, con un conjunto de leyes de protección del trabajador desde 1934, que le permitió al proletariado (salario mínimo, vacaciones pagadas, derecho de jubilación, etcétera), así bien el precio de imponer una legislación sindical corporativa, copia directa del sistema de la Ley del Trabajo de Mussolini, que vinculaba los sindicatos al aparato estatal y anulaba su autonomía. La dictadura de Vargas puede definirse, de manera más precisa, como "revolución pasiva" o "restauración progresista".

Granski, en su análisis sobre la historia nacional, no limitó la aplicación de la noción de revolución pasiva al período de la consolidación del capitalismo, sino que la aplicó también como clave para explicar el paso de la fase liberal a la fase monopolística del capitalismo.

"Tendríamos una revolución pasiva [con el fascismo] en el hecho de que, a través de la intervención legislativa del Estado, se le otorga a la burguesía el poder se introducen en la estructura económica del país modificaciones más o menos profundas para acentuar el elemento de "producción planificada", o sea acentuando la organización y la cooperación en la producción, sin tocar por ello (limitándose a regular y controlar) la apropiación individual o grupal del beneficio. En el período de la organización económica italiana, ésta podría ser la única solución para desarrollar las fuerzas productivas de la industria bajo la dirección de las clases dirigentes tradicionales".

Estas indicaciones sirven en gran medida para entender los objetivos del régimen dictatorial instaurado en Brasil después de 1930, pero no necesariamente se aplican al régimen brasileño no puede clasificarse como régimen fascista "clásico", pero sus objetivos de política económica tienen muchas semejanzas con los del fascismo italiano. El carácter productivo de la industria, a través de una intervención masiva del estado, se desarrollaron intensivamente, para favorecer la consolidación y expansión del capitalismo monopolista; la estructura agraria, sin embargo, no conservó el latifundio como eje fundamental, fue profundamente transformada y es hoy predominantemente capitalista. El grupo técnico-militar que se convirtió en el eje de la acción del capital privado, en la medida en que ha permitido los intereses de los grandes capitales al "captar en general", sin embargo ha adoptado esta posición "cesarista" precisamente para mantener y reforzar el principio del beneficio privado y para conservar el poder de las clases dominantes tradicionales, ya sea de la burguesía industrial y financiera, nacional e internacional, ya sea del sector latifundista, que se asemeja cada vez más capitalista.

El régimen militar-tecnocrático ha logrado conquistar, en algunos momentos, un significativo grado de consenso entre amplios sectores de los estratos medios. Y lo logró precisamente por cuanto se ha hecho protagonista de esta obra de modernización, aunque se trate de una modernización que al mismo tiempo ha

conservado y reproducido algunos elementos de "atraso", o sea por cuanto ha asimilado y correspondido a algunas de las demandas de los grupos sociales derrotados en 1964. Resumiendo, en el caso de la dictadura brasileña se ha producido algo parecido a lo que Gramsci indicó en el caso del fascismo italiano:

"Lo que importa política e ideológicamente es que el modelo de modernización fascista puede tener y tiene realmente la virtud de estar dispuesto a crear un período de espera y de esperanzas, especialmente en ciertos grupos sociales italianos, como los pequeños burgueses urbanos y rurales, y por lo tanto a mantener el espíritu de la insubordinación y de la acción militar y civil a disposición de las clases dirigentes tradicionales".

El transformismo y el reforzamiento del estado

El concepto de revolución pasiva incluye siempre un importante criterio de interpretación para entender no solamente episodios importantes de la historia brasileña, sino también, de manera general, todo el proceso de transición de nuestro país a la modernidad capitalista y, más recientemente, al capitalismo monopolista de estado. Como consecuencia se pueden aplicar instrumentos analíticos adecuados para detectar o "restauración progresista".

Granski, en su análisis sobre la historia nacional, no limitó la aplicación de la noción de revolución pasiva al período de la consolidación del capitalismo, sino que la aplicó también como clave para explicar el paso de la fase liberal a la fase monopolística del capitalismo.

Tendríamos una revolución pasiva [con el fascismo] en el hecho de que, a través de la intervención legislativa del Estado, se le otorga a la burguesía el poder se introducen en la estructura económica del país modificaciones más o menos profundas para acentuar el elemento de "producción planificada", o sea acentuando la organización y la cooperación en la producción, sin tocar por ello (limitándose a regular y controlar) la apropiación individual o grupal del beneficio. En el período de la organización económica italiana, ésta podría ser la única solución para desarrollar las fuerzas productivas de la industria bajo la dirección de las clases dirigentes tradicionales".

Estas indicaciones sirven en gran medida para entender los objetivos del régimen dictatorial instaurado en Brasil después de 1930, pero no necesariamente se aplican al régimen brasileño no puede clasificarse como régimen fascista "clásico", pero sus objetivos de política económica tienen muchas semejanzas con los del fascismo italiano. El carácter productivo de la industria, a través de una intervención masiva del estado, se desarrollaron intensivamente, para favorecer la consolidación y expansión del capitalismo monopolista; la estructura agraria, sin embargo, no conservó el latifundio como eje fundamental, fue profundamente transformada y es hoy predominantemente capitalista. El grupo técnico-militar que se convirtió en el eje de la acción del capital privado, en la medida en que ha permitido los intereses de los grandes capitales al "captar en general", sin embargo ha adoptado esta posición "cesarista" precisamente para mantener y reforzar el principio del beneficio privado y para conservar el poder de las clases dominantes tradicionales, ya sea de la burguesía industrial y financiera, nacional e internacional, ya sea del sector latifundista, que se asemeja cada vez más capitalista.

El régimen militar-tecnocrático ha logrado conquistar, en algunos momentos, un significativo grado de consenso entre amplios sectores de los estratos medios. Y lo logró precisamente por cuanto se ha hecho protagonista de esta obra de modernización, aunque se trate de una modernización que al mismo tiempo ha

conservado y reproducido algunos elementos de "atraso", o sea por cuanto ha asimilado y correspondido a algunas de las demandas de los grupos sociales derrotados en 1964. Resumiendo, en el caso de la dictadura brasileña se ha producido algo parecido a lo que Gramsci indicó en el caso del fascismo italiano: "Lo que importa política e ideológicamente es que el modelo de modernización fascista puede tener y tiene realmente la virtud de estar dispuesto a crear un período de espera y de esperanzas, especialmente en ciertos grupos sociales italianos, como los pequeños burgueses urbanos y rurales, y por lo tanto a mantener el espíritu de la insubordinación y de la acción militar y civil a disposición de las clases dirigentes tradicionales".

el hecho de que el Estado brasileño ha desempeñado históricamente el mismo papel que desempeñó el Piamonte en el análisis de Gramsci, sustentando a las clases sociales en su función de protagonistas de los procesos de transición y en la tarea de "dirigir" políticamente a las clases sociales económicamente dominantes. En la actualidad todavía cabe añadir que el resultado de este proceso, en el caso brasileño, tiene fuertes analogías con la situación que Gramsci describe respecto a Italia, cuando afirma:

"Se trata de uno de los casos en los que se tiene la función de 'dominio' y no de 'dirección' de estos grupos: dictadura sin hegemonía. La hegemonía existe de una parte del grupo social con respecto a todo el grupo, no de éste sobre las otras fuerzas para potenciar el movimiento, racionalizarlo, etcétera, según el modelo jacobino".

También en Brasil las transformaciones han sido siempre el resultado del desplazamiento en el funcionamiento de uno a otro sector de las clases dominantes; pero éstas, en su conjunto, no han desempeñado nunca una función hegemónica efectiva en relación con las masas populares. Han preferido delegar la función de "dirección" política al estado —o sea a los estratos militares y tecnocráticos—, al cual ha correspondido la tarea de "controlar", y, en caso necesario, reprimir a la "subversión elemental misma del intelectual no asimilado por el estado.

Sin embargo, en la historia brasileña han existido también intentos de asimilación de los grupos enteros o clases sociales de oposición. Bajo muchos aspectos, el "populismo" —una modalidad de legitimación carismática iniciada con la dictadura de Vargas entre 1930 y 1964—, se desarrolló principalmente durante el período liberal-democrático que ya desde 1945 a 1964— puede interpretarse como un intento de incorporar al bloque de poder, a los sectores subalternos, a los trabajadores asalariados urbanos, a través de la concesión de derechos sociales y de ventajas económicas reales. En este caso, la acción no logró tener un efecto decisivo en el mismo, debido a la resistencia de los sectores más combativos de la clase obrera y a la imposibilidad de asegurar a todo el conjunto de los trabajadores, sobre todo el período de crisis económica, las bases materiales mínimas requeridas para el funcionamiento del pacto "populista". Pero no hay duda de que la forma popular de legitimación tuvo un éxito relativo, especialmente durante el segundo gobierno de Vargas (1950-1954) y el de Kubitschek (1955-1960). Dicho éxito se debió en amplio consenso conquistado por el período de crisis económica, la presencia de identidades culturales y necesidades económicas y sociales de la industrialización a través de la sustitución de importaciones. Que el pacto "populista" del pacto popular los jornaleros y campesinos, que seguían privados de los derechos sociales de protección al trabajo y del derecho de voto, ya que la mayoría eran analfabetos. Esta situación hacía posible el mantenimiento en el bloque de poder de la élite oligarquía fundadora, pero favorecía también a la burguesía industrial, ya que ampliamente complementaba la función de reserva, y por lo tanto permitía mantener bajos los salarios de los trabajadores urbanos. Creo que sería muy importante una reevaluación de las condiciones del pacto popular a la luz de los conceptos gramscianos de "revolución pasiva" y de "transformismo".

Para "dictadura sin hegemonía" no significa que el estado protagonista de una revolución pasiva pueda prescindir de un mínimo de consenso; de otro modo estaría obligado a utilizar siempre la coerción, lo cual, a largo plazo, haría imposible su funcionamiento. Y es precisamente Gramsci el que nos indica el modo con que se obtiene este consenso mínimo en presencia de procesos de transición "desde arriba". Gramsci habla de transformismo, o sea, de una asimilación por parte del bloque de poder de los sectores rivales de las mismas clases dominantes o incluso de sectores de las clases subalternas. En la estructura agraria, sin embargo, no conservó el latifundio como eje fundamental, fue profundamente transformada y es hoy predominantemente capitalista. El grupo técnico-militar que se convirtió en el eje de la acción del capital privado, en la medida en que ha permitido los intereses de los grandes capitales al "captar en general", sin embargo ha adoptado esta posición "cesarista" precisamente para mantener y reforzar el principio del beneficio privado y para conservar el poder de las clases dominantes tradicionales, ya sea de la burguesía industrial y financiera, nacional e internacional, ya sea del sector latifundista, que se asemeja cada vez más capitalista.

El régimen militar-tecnocrático ha logrado conquistar, en algunos momentos, un significativo grado de consenso entre amplios sectores de los estratos medios. Y lo logró precisamente por cuanto se ha hecho protagonista de esta obra de modernización, aunque se trate de una modernización que al mismo tiempo ha

una "hegemonía"; 2) de 1900 en adelante, transformismo de grupos enteros de extremistas, que pasan al campo moderado".

Ambos tipos de transformismos pueden detectarse también en la historia brasileña. La modalidad molecular ha predominado en la frecuencia, manifestándose como incorporación al bloque de poder de hombres políticos de oposición, proceso que tuvo lugar desde la época del imperio hasta el reciente período dictatorial. El transformismo molecular ha desempeñado un papel decisivo, más bien negativo, en nuestra historia, a través de la incorporación por parte del estado de un gran número de intelectuales que representaban, real o potencialmente, los valores de las clases subalternas. Estos intelectuales eran incorporados a menudo a la burocracia estatal, un estado que —heredado de la colonización portuguesa y reforzado en la época imperial— no ha dejado nunca de ser el eje del funcionamiento de la burocracia, medida que el estado se convertía cada vez más en protagonista de las transformaciones políticas y económicas que preparaban o consolidaban el capitalismo. Esta modalidad de transformismo respecto a los intelectuales estaba sin duda facilitada por la debilidad de la sociedad civil, especialmente de los organismos culturales "privados", lo que hacía difícil subsistir a la historia misma del intelectual no asimilado por el estado.

Sin embargo, en la historia brasileña han existido también intentos de asimilación de los grupos enteros o clases sociales de oposición. Bajo muchos aspectos, el "populismo" —una modalidad de legitimación carismática iniciada con la dictadura de Vargas entre 1930 y 1964—, se desarrolló principalmente durante el período liberal-democrático que ya desde 1945 a 1964— puede interpretarse como un intento de incorporar al bloque de poder, a los sectores subalternos, a los trabajadores asalariados urbanos, a través de la concesión de derechos sociales y de ventajas económicas reales. En este caso, la acción no logró tener un efecto decisivo en el mismo, debido a la resistencia de los sectores más combativos de la clase obrera y a la imposibilidad de asegurar a todo el conjunto de los trabajadores, sobre todo el período de crisis económica, las bases materiales mínimas requeridas para el funcionamiento del pacto "populista". Pero no hay duda de que la forma popular de legitimación tuvo un éxito relativo, especialmente durante el segundo gobierno de Vargas (1950-1954) y el de Kubitschek (1955-1960). Dicho éxito se debió en amplio consenso conquistado por el período de crisis económica, la presencia de identidades culturales y necesidades económicas y sociales de la industrialización a través de la sustitución de importaciones. Que el pacto "populista" del pacto popular los jornaleros y campesinos, que seguían privados de los derechos sociales de protección al trabajo y del derecho de voto, ya que la mayoría eran analfabetos. Esta situación hacía posible el mantenimiento en el bloque de poder de la élite oligarquía fundadora, pero favorecía también a la burguesía industrial, ya que ampliamente complementaba la función de reserva, y por lo tanto permitía mantener bajos los salarios de los trabajadores urbanos. Creo que sería muy importante una reevaluación de las condiciones del pacto popular a la luz de los conceptos gramscianos de "revolución pasiva" y de "transformismo".

Para "dictadura sin hegemonía" no significa que el estado protagonista de una revolución pasiva pueda prescindir de un mínimo de consenso; de otro modo estaría obligado a utilizar siempre la coerción, lo cual, a largo plazo, haría imposible su funcionamiento. Y es precisamente Gramsci el que nos indica el modo con que se obtiene este consenso mínimo en presencia de procesos de transición "desde arriba". Gramsci habla de transformismo, o sea, de una asimilación por parte del bloque de poder de los sectores rivales de las mismas clases dominantes o incluso de sectores de las clases subalternas. En la estructura agraria, sin embargo, no conservó el latifundio como eje fundamental, fue profundamente transformada y es hoy predominantemente capitalista. El grupo técnico-militar que se convirtió en el eje de la acción del capital privado, en la medida en que ha permitido los intereses de los grandes capitales al "captar en general", sin embargo ha adoptado esta posición "cesarista" precisamente para mantener y reforzar el principio del beneficio privado y para conservar el poder de las clases dominantes tradicionales, ya sea de la burguesía industrial y financiera, nacional e internacional, ya sea del sector latifundista, que se asemeja cada vez más capitalista.

El régimen militar-tecnocrático ha logrado conquistar, en algunos momentos, un significativo grado de consenso entre amplios sectores de los estratos medios. Y lo logró precisamente por cuanto se ha hecho protagonista de esta obra de modernización, aunque se trate de una modernización que al mismo tiempo ha

El camino de la transformación en Bolivia

Fernando Calderón

"Hegemonía" y "bloque social" en un país como Bolivia, pleno de pluralismo cultural y de experiencias revolucionarias, las reflexiones gramscianas sobre culturas subalternas, cesarismo, revolución pasiva y en especial sobre la dirección ética y cultural de la sociedad, tan sugerentes para el análisis de nuestra realidad, apenas fueron utilizadas por los intelectuales y políticos.

En un país como Bolivia, pleno de pluralismo cultural y de experiencias revolucionarias, las reflexiones gramscianas sobre culturas subalternas, cesarismo, revolución pasiva y en especial sobre la dirección ética y cultural de la sociedad, tan sugerentes para el análisis de nuestra realidad, apenas fueron utilizadas por los intelectuales y políticos.

En un país como Bolivia, pleno de pluralismo cultural y de experiencias revolucionarias, las reflexiones gramscianas sobre culturas subalternas, cesarismo, revolución pasiva y en especial sobre la dirección ética y cultural de la sociedad, tan sugerentes para el análisis de nuestra realidad, apenas fueron utilizadas por los intelectuales y políticos.

En un país como Bolivia, pleno de pluralismo cultural y de experiencias revolucionarias, las reflexiones gramscianas sobre culturas subalternas, cesarismo, revolución pasiva y en especial sobre la dirección ética y cultural de la sociedad, tan sugerentes para el análisis de nuestra realidad, apenas fueron utilizadas por los intelectuales y políticos.

En un país como Bolivia, pleno de pluralismo cultural y de experiencias revolucionarias, las reflexiones gramscianas sobre culturas subalternas, cesarismo, revolución pasiva y en especial sobre la dirección ética y cultural de la sociedad, tan sugerentes para el análisis de nuestra realidad, apenas fueron utilizadas por los intelectuales y políticos.

EL GRADO DEL POPOLO

ANTONIO GRAMSCI ES MORTO!
El fascismo lo ha assassinato!

Manifestiamo dappertutto contro questo nuovo delitto. Esigiamo la liberazione dei prigionieri combattenti della lotta.

Il mensile del Partito Comunista del Perù. (Buenos Aires)



Juan Carlos Portantiero y la traducción del libro de Portelli sobre el concepto de bloque histórico. Tal vez aquí cabe una pregunta generalizante para el continente todo: ¿por qué se leyó y se discutió un Gramsci fragmentado en las obras anteriores a los Cuadernos de la Cárcel? Claro está que había un problema de traducción y difusión, pero no es que también los intelectuales reclamaban un Gramsci "joven", más adecuado a los temas de la tomo del poder, que un Gramsci más reflexivo y flexible, como el de los Cuadernos de la Cárcel, más dedicado a los temas de la cultura, la revolución pasiva y la política de posiciones? Quizás por esto también los intelectuales y jóvenes políticos bolivianos latinoamericanos se encontraron en conflicto con las discusiones teóricas sobre Gramsci en Europa, acercándose más a una Macciocchi, que al excelente balance de Christine Buch-Gluckman, acercados más, creo yo, por la necesidad del reconocimiento de una identidad que por la búsqueda de un campo común de discusión.

Claro está que no se trata de decir mecánicamente el Gramsci revolucionario fue latinoamericano y el reformista, europeo; sino verdaderamente pensar por qué los latinoamericanos se preocuparon y leyeron de una manera peculiar un instrumento y retórica, pero política, a Gramsci, mientras que los europeos lo hicieron de un modo más académico y ahistorico. Finalmente, se debe señalar que en Bolivia también fue importante el clima político y cultural generado por el autoritarismo y el papel jugado contra él por los movimientos de protesta, tanto populares como de los grupos dirigentes más modernos; por ejemplo, no se puede entender la transición democrática boliviana si no se tiene en cuenta el clima de la época, las madres mineras pero tampoco si no se analiza el juego político del Comité Cívico Pro Santa Cruz impulsado por grupos dirigentes cruceños. Es relevante este texto que se elaboraron y discutieron tesis gramscianas, ya sea en la Universidad, donde llegó a existir un seminario permanente, sobre Gramsci, como en algunos textos académicos de especialistas. Sin embargo aquí nos interesa resaltar el análisis y la producción de la nueva intelectualidad que constituyó el MIR boliviano, ya que esta producción guarda especial trascendencia por su impacto nacional de triunfo primero, de derrota y de división, después.

Luego fue muy importante, a mediados y a fines de los '70, la difusión y discusión de textos de Gramsci, tanto por ediciones argentinas como mexicanas, socialistas como liberales. En el pasado presente y, muy especialmente, el texto de

En un país como Bolivia, pleno de pluralismo cultural y de experiencias revolucionarias, las reflexiones gramscianas sobre culturas subalternas, cesarismo, revolución pasiva y en especial sobre la dirección ética y cultural de la sociedad, tan sugerentes para el análisis de nuestra realidad, apenas fueron utilizadas por los intelectuales y políticos.

En un país como Bolivia, pleno de pluralismo cultural y de experiencias revolucionarias, las reflexiones gramscianas sobre culturas subalternas, cesarismo, revolución pasiva y en especial sobre la dirección ética y cultural de la sociedad, tan sugerentes para el análisis de nuestra realidad, apenas fueron utilizadas por los intelectuales y políticos.

En un país como Bolivia, pleno de pluralismo cultural y de experiencias revolucionarias, las reflexiones gramscianas sobre culturas subalternas, cesarismo, revolución pasiva y en especial sobre la dirección ética y cultural de la sociedad, tan sugerentes para el análisis de nuestra realidad, apenas fueron utilizadas por los intelectuales y políticos.

En un país como Bolivia, pleno de pluralismo cultural y de experiencias revolucionarias, las reflexiones gramscianas sobre culturas subalternas, cesarismo, revolución pasiva y en especial sobre la dirección ética y cultural de la sociedad, tan sugerentes para el análisis de nuestra realidad, apenas fueron utilizadas por los intelectuales y políticos.

En un país como Bolivia, pleno de pluralismo cultural y de experiencias revolucionarias, las reflexiones gramscianas sobre culturas subalternas, cesarismo, revolución pasiva y en especial sobre la dirección ética y cultural de la sociedad, tan sugerentes para el análisis de nuestra realidad, apenas fueron utilizadas por los intelectuales y políticos.

ca de las experiencias de participación popular en la revolución del '52 e integradas con las nuevas demandas de participación popular, suceso que se pretendía sintetizar en la proyección de una nueva alianza sin predominio de ninguna fuerza; se afirmaba con claridad que el bloque estaba constituido por campesinos, obreros y clases medias, pero se tenían dudas y preguntas en torno a la dirección social del bloque; éste, a su vez, era visto como un bloque heterogéneo, en el que se veía una nueva historicidad que articularía de manera diferente la economía con la política. Políticamente, suponían los dirigentes que el bloque era el eje del gobierno en la Unidad Democrática y Popular, es decir, en la alianza con los comunistas y los movimientos de izquierda.

La noción de hegemonía se refería a la capacidad del grupo político de expresar los intereses consensuales del campo popular en el conflicto de clases a nivel nacional e implicaba la generación de una

nueva democracia, una transformación del Estado con metas socialistas.

Sin entrar a profundizar las construcciones teóricas de esta nueva propuesta, es plausible plantearse alguna pregunta con relación a la consistencia del contenido del proyecto marxista, es decir, interesa saber si esta praxis supuso una superación de la práctica de los fines últimos de la política de la guerra y del clientelismo mercantil dominantes en la cultura política boliviana. La respuesta, creo yo es negativa, sobre todo si uno analiza las obvias consecuencias políticas vividas. El mismo tiempo que el libro gobernó el estudio acerca de él contrasta con sus propios planteamientos; parecía que la vida misma estaba dominada por el tautocismo y el uergensmo del quehacer cotidiano, mientras persistía en el espíritu la esperanza ciega de construcción por impulsos divinos de la gran estratagia. ¿No fue esta práctica quizás una reducción de las prácticas trotskistas y populistas, con las cua-

les requería entrar en pugna y superar? Pensamos que en gran medida se reeditó las experiencias y las prácticas del pasado; sin embargo, tampoco se puede negar que allí se empezó a plantear, al menos teóricamente, de manera nueva, una nueva forma de pensar al país. Y puede que estos hechos no hayan cambiado la lógica política predominante; pero sin lugar a dudas, la evaluación de los mismos tendrá una importante gravitación en la construcción futura de la democracia.

Recientemente, uno de las fracciones del partido editó un libro llamado *Echeverría en Bolivia*, en el cual se busca reflexionar y volver a plantear desde algunos ángulos el problema de la experiencia vivida del cambio de Bolivia. Sin embargo, sin embargo, más sorprendente que el libro fueron las críticas que suscitó entre algunos intelectuales y políticos bolivianos. Varias de las críticas apuntaron realmente a problemas muy importantes, como la

relación entre élites, etnias y partidos, pero casi todas ellas lo hacían desde la lógica anti-étnica donde se trata de destruir y denigrar al otro, reeditando, así también, la lógica de destrucción del otro, tan negativa para la democracia y para el propio pueblo de Bolivia.

Quizás el pensamiento de Gramsci como el de varios otros, puede ser particularmente útil en la construcción de un proyecto de reformas político-culturales dentro de un contexto de un tipo de convenio de que mientras realmente no se interprete qué es lo que mueve a la gente a hacer y soñar, lo que hace y sueña puede ser el resultado de grupos sociales y su plenitud las múltiples y diversas manifestaciones socio-culturales, es imposible plantearse metas de dirección intelectual y moral de la sociedad. Posiblemente el conjunto de reformas sociales, económicas y políticas que Bolivia requiere demanda especialmente este simple y difícil mandato, es decir, de aprehender de la sociedad el uso del sentido común.

puédalo hacerlo, se mostró en definitiva incapaz de conducir el país a la conquista de una real y efectiva autonomía nacional. En el fondo, y sin tener plena conciencia de ello, Agosti con su definición de "movimiento interrumpido" se identificaba mucho más con los críticos demócratas del Risorgimento (en primer lugar, con Piero Gobetti), que con el propio Gramsci.

Al igual que el Risorgimento para Gobetti, la revolución de Independencia quedó "interrumpida" según Agosti porque estuvo condicionado por grupos sociales y por hechos sustancialmente incapaces de elevar al pueblo a una concepción estatal y a una práctica política y social verdaderamente modernas. La debilidad intrínseca del estado oligárquico-liberal, la mezquindad de su clase dirigente, la falta de adhesión de las masas, la deserción de la inteligencia frente a sus deberes democráticos, el atraso social y económico, la dependencia de un poder imperial, todos estos males eran de vieja data y eran arraigados profundamente en una realidad que el proceso emancipador no logró transformar. Esta insistencia tan particular en las *ausencias* y el *vacío* de la situación nacional, esta apelación a las clases y fuerzas sociales que en realidad nunca existieron en la sociedad de la época, pero de cuya presencia se hacía depender, no obstante, la posibilidad misma de transformación, es una reducción a la interpretación de Agosti de cualquier vinculación con procesos históricos reales. Y no podía, en consecuencia, constituir la base del programa cultural y político que pretendía ser el eje de un razonamiento analítico no basado en los hechos históricos invalido en buena medida el propósito loable de restablecer con su libro un puente intelectual, ideológico y el discurso historiográfico; un vaso comunicante que permitiera al marxismo y, más en concreto, a los comunistas argentinos, conquistar una hegemonía política y cultural que les era escuiva.



ideológicas que realistas. Ni en la sociedad existían las clases imaginadas por Agosti, ni estaban presentes en acto o en potencia "las fuerzas capaces de producir el cambio revolucionario". El razonamiento evidenciaba falaz porque se funda en un supuesto tan cuestionable como la idea de que la experiencia de los países de Europa occidental (incluidos los Estados Unidos) es aplicable a los países sudamericanos como un *passerpartout*, una especie de "trayectoria general" que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren, para plantearse por fin en aquella formación que, a la par que el mayor impulso de las fuerzas productivas, del trabajo social, asegura el desarrollo del hombre en todos y cada uno de sus aspectos" como advertía Marx al criticar a sus propios seguidores. Sólo a partir de esta consideración la idea de la existencia del "deber histórico" de la burguesía adquiere sentido.

La tesis que define al proceso emancipador como una "revolución interrumpida" a causa de la incapacidad burguesa de implementar la transformación agraria por aquella requerida, no es nada más que la proyección al pasado de un problema de presente histórico. Es el problema que se plantea los comunistas en 1928, pero que en modo alguno estuvo planteado en 1826 o 1837. Agosti, por tanto, dando la espalda al sentido del programa gramsciano, "instrumentaliza" la cuestión Echeverría, se sirve de este personaje histórico para definir la posición sustentada un siglo después por el organismo

político al cual pertenece. El propósito de unificar historiografía y política, de basarse sobre todo en el pasado las metas a alcanzar en el porvenir y a proponer al pueblo como una necesidad", que recoge de Gramsci e intenta explicitar en este supuesto tan cuestionable como la idea de que la experiencia de los países de Europa occidental (incluidos los Estados Unidos) es aplicable a los países sudamericanos como un *passerpartout*, una especie de "trayectoria general" que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren, para plantearse por fin en aquella formación que, a la par que el mayor impulso de las fuerzas productivas, del trabajo social, asegura el desarrollo del hombre en todos y cada uno de sus aspectos" como advertía Marx al criticar a sus propios seguidores. Sólo a partir de esta consideración la idea de la existencia del "deber histórico" de la burguesía adquiere sentido.

Reconstrucción de una filiación

Por lo tanto, siendo el *Echeverría* un intento de reconstrucción de una filiación reciente de apropiación de las categorías gramscianas, ¿cómo pudo ocurrir que se considerase a este libro -ineplicablemente nunca reditado- un hito importante, y hasta para algunos de nosotros, decisivo, en la adquisición de una conciencia crítica del patrimonio ideal comunista por parte de fuerzas intelectuales crecidas en su interior y que se alimentaban del fermento gramsciano? ¿Qué hizo posible una lectura contrapuesta a la



Obstáculos que una "traducción" no pudo superar Gramsci y el jacobinismo argentino

Jose Arrico

En este trabajo reciente hice mención del papel desempeñado por Héctor P. Agosti en la difusión del pensamiento de Gramsci en la Argentina de inicios de los cincuenta y recordé que en ese momento yo era un estudiante de la Universidad de Tucumán, en Rivadavia (1951) donde por primera vez un escritor latinoamericano utilizó las categorías analíticas de Gramsci para examinar una nueva forma de análisis de nuestra historia nacional. Adelanté también la aclaración de que los aciertos y errores de su forma de proceder con los textos gramscianos tenían la virtud de ilustrarnos acerca de cuáles fueron en sustancia los obstáculos que la "traducción" intentada nunca pudo superar. En este artículo me propongo simplemente ilustrar esta forma de procedimiento y sus equívocos historiográficos y políticos.

Fue Héctor P. Agosti el primer latinoamericano que utilizó las categorías de Gramsci para examinar un momento de nuestra historia. Pero hubo obstáculos que tal "traducción" no pudo superar. Aricó muestra tales equívocos historiográficos y políticos.

elemento democrático *estaba* en las campañas descubre la existencia de aquel factor potencial... (Con esto no quiere aludir a las limitaciones del hombre de campo, sino referirse a las fuerzas dinámicas de la revolución argentina. En términos contemporáneos, ello equivale a suscitar el tema de las masas operantes y de su dirección). Y así desliza, como con todos sus errores posibles la estrategia revolucionaria de Rivadavia: poner en movimiento a las masas campesinas bajo la dirección política de la minoría jacobina... (La identificación de los jacobinos [y empleo la palabra en el sentido utilísimo que le asigna Gramsci...]. ¿argentinos no pudieron, o no supieron, desembarazarse de las limitaciones, principios de revolución total... [En qué otra cosa pudo consistir entonces el jacobinismo argentino sino en crear esa necesaria relación estable entre el campo y la ciudad?]. El error del supuesto jacobinismo argentino consistió en no haber convertido en acto social la política hegemónica de la ciudad-Buenos Aires, con todos los determinantes de transformación económica que dicho suceso puede evocar en el cuadro de la revolución burguesa... (p. 42, 43, 44, 47). El esquema de la revolución francesa, presentado como modelo ejemplar de "revolución total", es utilizado por Agosti de un modo analógico al utilizado por Gramsci para el caso italiano. Siguiendo el caso de manera textual, Agosti afirma que "la historia de la revolución de los jacobinos franceses había consistido precisamente en sobreponerse a todos los otros partidos en el terreno de la política, en haberse impuesto siempre por encima de la capital revolucionaria mediante el adecuado movimiento de las masas campesinas y dar descubrir en la política agraria de Rivadavia una "intuición genial de su época" (p. 47). Sin embargo, puede dejar de reconocer que la enfiestosa rivadaviana no alcanzó a constituir una sólida clase de agricultores afincados y los go-

bienos unitarios hostilizaron en los hechos a los peones sin tierra. ¿Dónde buscar las causas de una falencia que no puede compararse al desconocimiento por los actores de la raíz del problema? ¿Cuáles fueron las razones de este quebranto? Para Agosti no son otras que la debilidad de las burguesías latinoamericanas, o por tanto también argentina, en el ciclo de la revolución interrumpida. Las causas hay que atribuirles a las limitaciones "del supuesto jacobinismo argentino", a su incapacidad de "forzar (aparentemente) las situaciones revolucionarias", conduciendo a la burguesía "a una posición más avanzada que la consentida por los primitivos grupos revolucionarios, o por de sus direcciones".

Esta frase, que reproduce casi textualmente aquella en la que Gramsci define la función de los jacobinos franceses, muestra hasta dónde extendió el abuso de la analogía histórica convierte en meramente ideológicas categorías históricas particularmente fecundas para el análisis político. La identidad de las formulaciones no debería hacernos olvidar, sin embargo, que mientras para el pensador italiano las condiciones necesarias para la audacia jacobina existían en Francia pero no en Argentina, *es decir, era un rasgo específico que sólo se atribuye al país del otro, para el traductor argentino, en cambio, la posibilidad de forzar situaciones es inherente a la voluntad "jacobina" misma de las fuerzas de transformación. No requieren condiciones especiales de la historia, como las ya inscriptas en su definición de momento histórico-universal. La voluntad jacobina nunca podría ser reducida a utopía abstracta porque, por definición, las situaciones históricas siempre ser forzadas "en el sentido del desarrollo histórico real". Como es fácil de observar, el agudo sentido de las condiciones específicas en cada caso, que el reconocimiento preciso y singularizar el análisis gramsciano del Risorgimento, en la "traducción" que de él hace Agosti se trasmeta en una matriz analítica de fuerte impronta ideológica.*

La condena del pasado

El procedimiento analítico que utilizó Agosti para el *Echeverría* es el mismo que el adoptado por su maestro por la diferencia de propósitos que los motivan. Gramsci no pretendió utilizar la idea jacobina como instrumento de análisis ni como modelo de la revolución francesa puede ser adoptada como modelo abstracto para todas las revoluciones burguesas. Si bien la comparación entre Francia e Italia respondió a una antigua tradición europea y los hechos revolucionarios de Francia constituyeron por largo tiempo la base empírica de conceptualizaciones políticas de validez más general, nunca pretendió asimilar una situación a la otra, y por el contrario, propuso indagar lo que las distinguía. Esto explica el fastidio que manifestó por aquellas posiciones que, como las del republicano federalista Giuseppe Ferrari, intentaron aplicar a Italia "esquemas franceses" y su superior "traducir" el francés al italiano (*Il Risorgimento*, México, Juan Pablos, 1980, p. 91). La comparación entre el "Risorgimento" y el que la burguesía conquistó el poder en Italia y los distintos procesos históricos con lo que obtuvo en Francia, Inglaterra, o en otros países, servía a Gramsci para fijar las características del desarrollo histórico que llevó en Italia a la formación de un determinado estado y de una determinada situación político-social. Esta reflexión debía ser capaz de ofrecer, en su opinión, una perspectiva histórica al programa del partido comunista, una "perspectiva construida "científicamente", es decir con escrupulosa seriedad, para basar sobre todo el pasado los fines a alcanzar en el porvenir y a proponer al pueblo como una necesidad con la cual colaborar conscientemente". (*Risorgimento* cit., p. 91).

Así como podrá encontrarse en la interpretación que Agosti ofrece del mundo argentino, en el que nunca existió "por lo menos hasta fines de siglo— una "cuestión campesina" de algún modo arraigada en la historia agraria y por tanto fundante, en ambos casos, de una posibilidad de transformación revolucionaria de la campaña. Si en Gramsci el propósito de la transformación era el reconocimiento preciso de las fuerzas y procesos reales que hicieron de la unidad italiana una "revolución pasiva", o sea una dinámica que no necesitó modificar sustancialmente las condiciones de la economía agraria para asegurar el dominio burgués, en Agosti, en cambio, el propósito acaba siendo la condena de toda una clase. Se trata de denunciar a una clase dominante que,

de la tradición de una obra construida precisamente para confirmarla". Las razones fueron varias y acaso convenga repetir algunas para mostrar hasta dónde la verdad puede a veces mar del error.

Es probable que los que nos suscribimos lo que en aquel momento pensábamos pero había algo en la prosa de Agosti, en su modo de pensar y de expresarse que lo distinguía del resto de los ensayistas comunistas. La audacia y el razonamiento de la ductilidad con que se combinan hechos históricos y doctrinas políticas y culturales, la brillantez con que el material era expuesto, daba una tonalidad inesperada a tesis cuya rusticidad, en quienes antes la habían sostenido, le quitaban verosimilitud y capacidad de atracción. El tema de la historia democrática echeverriana permitía a Agosti establecer una continuidad ideológica que hacia de los comunistas los herederos privilegiados de una revolución que proponía llevar a sus últimas consecuencias. Desde mediados de los años treinta" esta continuidad había sido construida "historiográficamente" y pregonada como constitutiva de su tradición, pero solo ahora se exponían los argumentos que la presentaban como naciendo del interior mismo de los procesos. Al ser demostrada la continuidad podía soportar una confrontación en el terreno histórico.

Sin embargo, ya he recordado que *Echeverría* no era un libro "de historia", ni pretendía serlo, a diferencia de muchos que se habían escrito para celebrar el centenario. Y aquí estaba otro de sus méritos: no ocultar bajo un disfraz histórico un discurso que se asumía como existencial, un ensayo que en su sustancia quería ser ideológico-político. Agosti no se propuso reconstruir un momento de nuestra vida espiritual, sino razonar sobre lo que para él constituía "el ejemplo más típico de una transformación ideológica que a través de su teoría nacional exhibe un acusado "democratismo". Y no siendo el suyo el "oficio de historiador", la inclusión en sus mediciones de los antecedentes históricos ("que conviene computar" no era sino la sanción de un principio metódico insoportable para un intelectual que se había comprometido con la historia, de la insuperable dimensión histórica de los problemas del presente. Desde esta perspectiva, lo que torna interesante este libro es la extensión que alcanza a *Nación y cultura* y *El mito liberal*, otros dos escritos suyos de esos años— es el hecho de ser un ensayo que versa sobre lo que se había escrito para celebrar el centenario, y una interpretación destinada a actualitar y movilizar fuerzas políticas actuales alrededor de una propuesta colocada en una perspectiva histórica.

Pero algo más nos atrajo en *Echeverría*, algo que salía al encuentro de una preocupación que se había ido formando en el interior del peronismo, pero que voluiose agudamente dilema en los años de su ocaso. ¿Cómo hallar una solución al problema de la cultura y la historia que se resquebrajó? ¿Hasta dónde la regeneración nacional, la conquista de un régimen verdaderamente democrático, suponía dejar atrás un pasado de luchas fratricidas que se remontaba a mucho antes de 1930? ¿Volver la mirada hacia Echeverría y la generación del '37 era un modo de hacer caso de la necesidad de someter a crítica todo el período y no sólo la experiencia que sobrevivió? Sobreponiéndose a una atmósfera de intolerancia y persecución ideológica, de violentos conflictos entre peronistas y opositores, una perspectiva ideológica y política se valió del centenario de un pensador ilustre y olvidado para pensar la posibilidad de revertir el callejón sin salida en el que se estaba moviendo la vida nacional. El trabajo en común de los intelectuales avanzados en favor de la conquista de una nueva conciencia social de una nueva historia que no fuera una vida impostergable. Asimismo, desde una dirección orgánica y una orientación transformadora, era una manera de sobreponerse a esa histórica fisura entre inteligencia y pueblo que estuvo siempre en el trasfondo de la frustración nacional. Pero disipar las barreras de enclaustramiento e incompreensión que separan a los intelectuales

plos de metodología histórica. Sin embargo, en el estudio de una estructura es necesario distinguir los movimientos orgánicos (relativamente permanentes) de los movimientos que se pueden llamar "de coyuntura" (y se presentan como ocasionales, inmediatos, cast accidentales). (...) El error en que se cae frecuentemente en el análisis histórico-político consiste en no saber encontrar la relación justa entre lo orgánico y lo ocasional. Se llega así a exponer como inmediatamente activas causas que operan en el cambio de una manera mediata, o por el contrario a afirmar que las causas inmediatas son las únicas eficientes [...]. La distinción entre "movimientos" y hechos orgánicos y de "coyuntura" la ocasional debe ser aplicada a todas las situaciones, no sólo a aquellas en donde se verifica un desarrollo progresivo o de prosperidad y a aquellas en donde tiene lugar un estancamiento de las fuerzas productivas. El nexo dialéctico entre los dos órdenes de movimiento y, en consecuencia, de investigación, es difícilmente establecido con exactitud, y si el error es grave en la historiografía, es aún más grave en el arte político, cuando no sólo trata de reconstruir la historia sino de construir la presente y la futura" (NM, 52-54; CC, 2, 167-168; el subrayado es mío).

Esta proposición gramsciana se encuentra dentro de un largo fragmento de los cuadernos, donde se plantea el tema del análisis de las situaciones y de las relaciones de fuerza (NM, 51-62; CC, 2, 167-177), en el que se formulan sugerentes líneas de abordaje.

En el escaso margen disponible para la presente contribución, no puedo tratar de un modo completo ni amplio, todo el potencial analítico gramsciano para uso de historiadores. Pero no quiero dejar de destacar algunos puntos esenciales. En primer lugar, la riqueza de las categorías y conceptos de Gramsci son muy útiles, pertinentes para el análisis histórico, pero necesitan una criba crítica y/o una preocupación alerta por no aplicarlas mecánicamente. Al respecto, creo que Alessandro Pizzorno planteó exactamente el problema. Permítaseme abusar de un largo citado: "Los interrogantes planteados por Gramsci en sus análisis históricos, y que aún siguen en debate, se pueden resumir así: ¿cuándo y en qué condiciones existe entre representantes y representados

una relación 'orgánica' y cuándo no? ¿En qué condiciones son posibles alternativas de representación y por lo tanto alternativas de acción para determinados sujetos históricos? ¿Cómo (según qué criterios) se identifica la base social de los sujetos históricos no sólo sirviéndose del conjunto de sus posiciones en las relaciones de producción sino según otras categorías (nacionales, religiosas y culturales, en el sentido más amplio)? En fin, ¿cuál es la naturaleza de la reflexión que conduce a responder a tales interrogantes? O en otros términos, ¿es lícita desde un punto de vista metodológico la elaboración de categorías abstractas aplicables a diferentes casos históricos, como son precisamente las categorías de hegemonía, crisis orgánica, bloque histórico, y otros que Gramsci nos propone?"

Quisiera llamar la atención sobre un punto a menudo descuidado. Gramsci marca claramente la necesidad de integrar al análisis histórico-político la cuestión de las relaciones internacionales del país, y en los fragmentos sobre ella se encuentran algunas reflexiones y sugerencias muy pertinentes.

Asimismo, quiero señalar el potencial analítico gramsciano para quienes desconocemos de la historia de fidelidades y procuramos analizar una historia de posibilidades. "La posibilidad no es la realidad, pero también aquella es una realidad; que el hombre puede hacer o no hacer tiene su importancia para valorar lo que realmente se hace. Posibilidad quiere decir 'libertad'. La medida de la libertad entra en el concepto de hombre. Que existan las posibilidades objetivas de no morir de hambre, y que se muera de hambre, tiene su importancia, según parece. Pero la existencia de las condiciones objetivas, posibilidad o libertad, no es aún suficiente: es preciso 'conocerlas' y saberse servir de ellas. Querer servirse de ellas.

El hombre, en este sentido, es libertad concreta, es decir, aplicación efectiva del querer abstracto o impulso vital en los medios concretos que realizan tal voluntad. (...) Por ello se puede decir que el hombre es esencialmente 'político', puesto que la actividad de transformar y dirigir conscientemente a los demás hombres realiza su 'humanidad' su 'naturaleza humana'" (MH, 43-44; CC, 4, 215).

Si recurrimos a Gramsci empleando

con sus categorías las propias advertencias que él marca respecto del "economicismo" y del "voluntarismo", si rescataremos lo que es capaz de dar cuenta de nuestra historia y prescindimos de lo que pudo haberle sido útil, eficaz a él y/o al análisis de la historia italiana pero no lo es para nosotros, si enriquecemos y/o modificamos sus categorías a partir del análisis de nuestra propia historia (argentina, latinoamericana), no sólo sabremos más y mejor de ésta; también será el mejor homenaje a este pensador excepcional.

*Las opiniones expresadas en este artículo son personales y no comprometen a la institución a la que pertenece.

NOTAS

1. Significado de las abreviaturas de las obras de Antonio Gramsci; citadas en el texto:

*CC. Cuadernos de la Cárcel, Ediciones Einaudi, México, 1981-1986, para los tomos I a 4 (sobre 6 años de prisión).

*P. Il Risorgimento, Giulio Einaudi editore, Torino, 10a. ediz., 1972.

*MH. El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce, Lautaro, Buenos Aires, 1959; (también Nueva Visión, Buenos Aires, 1972; Juan Pablo Editor, México, 1975, 1986).

*NM. Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno, Nueva Visión, Buenos Aires, 1973 (también en Lautaro, Buenos Aires, 1962).

*PP. Pasado e presente, Giulio Einaudi editore, Torino, 6a. ediz., 1966.

*QC. Quaderni del carcere, Giulio Einaudi editore, Torino, 1a. ediz. 1975, 4 tomos.

2. Luciano, Gallino, "Gramsci y las ciencias sociales", en VV.AA., Gramsci y las ciencias sociales Cuadernos de Pasado y Presente 19, 2a. ed. ampliada, Córdoba, 1972, p. 10.

3. Eric Hobsbawm, "La ciencia política de Gramsci", en VV.AA., El pensamiento revolucionario de Gramsci, Editorial Universidad Autónoma de Puebla, Puebla 1978, p. 22.

4. Roberto Cessi, "El historicismo y los problemas de la historia en las obras de Gramsci", en VV.AA., Gramsci y el marxismo, Proton, Buenos Aires, 1965, p. 81.

5. Véase el excelente artículo de Alessandro Pizzorno, "Sobre el método de Gramsci. (De la historiografía a la ciencia política)", en VV.AA., Gramsci y las ciencias sociales, op. cit., pp. 41-64, particularmente, para este punto, pp. 44-49.

6. Ibid., pp. 45 y 47.

7. Jacques Julliard, "La política", en Jacques Le Goff y Pierre Nora (comp.), Hacer la historia, Editorial Lata, Barcelona, 1979, vol. I (Nuevos ensayos), pp. 237-257, las citas en pp. 239, 240 y 243, respectivamente.

8. Antonio Gramsci, Scritti giovanili (1914-1918), Giulio Einaudi editore, Torino, 1958, pp. 280-321; citado por Norberto Bobbio, "Gramsci y la concepción de la sociedad civil", en VV.AA., Gramsci y las ciencias sociales, op. cit., p. 81.

9. Véase, respecto del análisis de coyuntura, el capítulo IV del excelente libro de Juan Carlos Forastano, Los usos de Gramsci, Folios Ediciones, México, 1981, pp. 177-193.

10. A. Pizzorno, art. cit., pp. 49-50. El tema planteado por Pizzorno es central en esta perspectiva del "uso" historiográfico de Gramsci. Espero encontrar algunas respuestas a través de una larga investigación en que estoy trabajando sobre Hegemonía y dictadura terratenientes y clases subalternas en Argentina, de la que he publicado algunos resultados parciales. Se trata de un proyecto que procura dar respuesta al problema de cómo se forman las clases sociales argentinas y cómo una de ellas logra acceder al poder y mantenerse en él, como también de las dificultades de las subalternas para constituir un nuevo bloque histórico. Una próxima contribución a los asuntos aquí indicados se podrá apreciar en *Burguesía y democracia en Argentina*, un libro de pronta conclusión.

11. En la investigación citada se está trabajando con un esquema de periodización de la historia política argentina basado en la aplicación de categorías gramscianas. Así, entonces, ella es dividida en tres grandes momentos: 1. La formación de la república independiente a través de una larga crisis orgánica, 1800/1890, (dentro del cual se distinguen, a su vez, los ciclos o períodos de: 1. La revolución de independencia, 1806/1829; 2. La dictadura terrateniente, 1829-1852; 3. El triunfo de la política transformista de la burguesía bonaerense, 1852-1880); 2. La hegemonía terrateniente, 1880-1930 (subdividida, a su vez, en 2.1. La hegemonía orgánica, 1880-1916 y 2.2. La hegemonía pluralista, 1916-1930) y 3. La crisis orgánica, 1930... (donde es posible distinguir 3.1. La restauración dictatorial terrateniente, 1930-1943 y 3.2. El peronismo, intento frustrado de solución a la crisis orgánica, o de construcción de un nuevo bloque histórico, 1943-1955).

Hace ya cuarenta años...

Genealogía de una lectura

José Aricó

Leído hoy, casi cuarenta años después, el artículo de Ernesto Sábato tiene un mérito adicional: el de ser probablemente el primer comentario en español dedicado a rescatar la figura de Antonio Gramsci como pensador y revolucionario. Se publicó en *Realidad*, la "revista de ideas" que entre 1947 y 1949 animó en Buenos Aires un grupo de intelectuales democráticos nucleados en torno de Francisco Romero, que era su director. Si se recuerda que la revista incluyó en su breve, pero intensa existencia (se publicaron 18 números), crónicas frecuentes de la vida intelectual europea, y que la cultura italiana contaba con Renato Treves de un comentarista agudo y conocedor de sus corrientes ideológicas no debe sorprendernos la atención que Sábato prestó al epistolario de Gramsci. Las *Lettere dal carcere* acababan de obtener un éxito de público inusitado y el máximo galardón literario de Italia, el Premio Viareggio de 1947. Un premio decidido por unanimidad y para el libro que había conquistado más lectores en el año. De la justeza de una decisión que permitió que miles de italianos pudieran saber de la existencia de un pensador muerto en el aislamiento casi total apenas una década antes, dio cuenta el propio Benedetto Croce al afirmar, con emocionadas palabras, su identificación con el espíritu de las cartas: "El libro pertenece también -nos dice Croce - a quien es de otro y opuesto partido político, y le pertenece por doble razón: por la reverencia y el afecto que se prueban para todos aquellos que mantienen alta la dignidad del hom-

bre y soportaron peligros y persecuciones, sufrimientos y muerte por un ideal, que es esto lo que hizo Antonio Gramsci con fortaleza, serenidad y simplicidad, de tal modo que sus cartas de la prisión suscitan horror y rebelión íntima contra el régimen odioso que lo oprimió y suprimió; y porque, como hombre de pensamiento, él fue de los nuestros, de aquellos en las primeras décadas del siglo lograron formarse una mente adecuada para los problemas del presente."

A través de las crónicas de Renato Treves, o también de las colaboraciones de ese entonces desconocido por esos años es hoy un autor de fortuna entre los intelectuales americanos -me refiero a Norberto Bobbio-, el embroche lector porteo podía mantenerse enterado de los avances del debate ideal de un país que intentaba clausurar, verjugoamente, la brecha abierta con la cultura europea por el fascismo y la guerra.

Gobetti y que Germanetto, más conocido por el apodo de "Barba Roja", transcribió en su libro.

Caracterizado como una de las figuras más representativas del comunismo italiano, no sólo por sus condiciones políticas, sino también, y fundamentalmente, por su creatividad cultural, se podía entender por qué Trotsky recurrió a él para aclararse a sí mismo y a sus lectores la significación de las primeras décadas del siglo lograron formarse una mente adecuada para los problemas del presente."

A través de las crónicas de Renato Treves, o también de las colaboraciones de ese entonces desconocido por esos años es hoy un autor de fortuna entre los intelectuales americanos -me refiero a Norberto Bobbio-, el embroche lector porteo podía mantenerse enterado de los avances del debate ideal de un país que intentaba clausurar, verjugoamente, la brecha abierta con la cultura europea por el fascismo y la guerra.

¿Pero qué podía saber de Gramsci un intelectual argentino en esos primeros años de posguerra? Muy poca cosa. Dudo que hubiera podido tener acceso a esa vieja edición de las memorias de Germanetto, que Cenit publicó en España allá por el '32. De conocerla, recordaría con simpatía a esa figura esmirriada, maltruchada de inteligencia deslumbrante, que en un encuentro furtivo en un tren intentó vanamente convencer al autor de la importancia de crear una revista de cultura, socialista a la que se proponía llamar *La Ciudad Futura*; tampoco podría olvidar el célebre medallón que le dio el hijo Piero

movimiento obrero expresadas en los consejos de fábrica de Turín en 1920, la que tan bien bosqueja Renato Treves en el último capítulo de su ensayo dedicado a *Benedetto Croce, filósofo de la libertad*, que ediciones Imán publicó en Buenos Aires en 1944.

En ese clima intelectual todavía galvanizado por los ecos de la lucha antifascista es posible que perduraron los recuerdos de la campaña internacional por lograr su liberación que a mediados de los 30 encabezó Romain Rolland. Pero el hombre que se intentaba rescatar de la prisión musoliniana era el mártir sardo conocido únicamente como uno de los fundadores del partido comunista italiano y no el formidable escritor y pensador político que las cartas por primera vez revelaron. Cuando en 1959 Gregorio Weinberg incluyó en la colección por él dirigida la primera traducción a otro idioma de las *Cartas de la cárcel*, publicadas por Editorial Lautaro, aquel clima intelectual se había volatilizado por los efectos de la guerra fría y del anticomunismo imperante en la sociedad argentina de posguerra. El hombre al que la cultura actual coloca entre los pensadores que en el siglo XX constituyeron la vanguardia intelectual y moral debió soportar un impreciso ostracismo; de sus propios compañeros, pero también de una izquierda liberal que había contribuido a revelarlo. No de Sábato, por supuesto, que tuvo siempre la virtud de recordarlo y de colocarlo ante la conciencia moral de los argentinos como un ejemplo a seguir.

Epistolario de Gramsci

Ernesto Sábato



mujer ni a sus hijos; al menor ni siquiera lo conocía, porque había nacido cuando él ya estaba en la cárcel.

El Premio Viareggio de 1947, concedido en forma póstuma a sus *Lettere dal carcere* (Turín, Einaudi, 1947), no lo olo el reconocimiento del valor literario y humano de este libro sino el reconocimiento, por la nueva Italia, de uno de sus más puros héroes civiles.

El que lea esta colección de cartas familiares se maravillará y se emocionará ciertamente por el coraje y el temple de este hombre físicamente débil; pero más se sorprenderá de su carencia de odio, de imparcialidad, de su invariable sentido crítico, de su amplitud filosófica, de su falta de sectarismo.

En las cartas hay de todo: desde recomendaciones a su hijo mayor para cazar y amaestrar lagartijas, hasta notables juicios literarios y filosóficos. Gramsci era un humanista que maneja una cantidad de lenguas muertas y vivas y que se había propuesto este plan de trabajo en la prisión (cuando cándidamente creía que tendría papel, plumas y luz suficientes):

- 1] Una investigación sobre los orígenes y desarrollo de la intelectualidad italiana;
- 2] Un estudio de lingüística comparada;
- 3] Un estudio del teatro de Pirandello (Gramsci fue el primero, antes que Tlgher, en llamar la atención sobre Pirandello);

Cuando Mussolini decidió mandar a Gramsci a un sanatorio, el desahogado tarde el 27 de abril de 1937, después de diez años de cárcel, debía de existir. En esos diez años no había visto ni a su

4) Un ensayo sobre la literatura de follin.

La enfermedad le impidió finalmente el desarrollo sistemático de ese plan, pero dejó indicaciones sueltas de gran valor.

Gramsci, aunque sardo, descendía de abuelos como Crispi. Su espíritu es, sin embargo, esencialmente italiano, aunque supongo difícil discernir qué es lo que puede haber de albanés en el espíritu de nadie. En todo caso, eran claramente italianos su finura y claridad intelectuales, su sentido de la ironía y del humor, la precisión de su prosa. D'Annunzio ha hecho olvidar a mucha gente que el pensamiento italiano tiene estas cualidades, a mucha gente que parece ignorar que fuera de D'Annunzio existen algunos otros italianos, como Dante, Boccaccio, Galileo, Leonardo, Magiavelli, Vico, Manzoni, Croce, Pirandello.

Es difícil dar un juicio sobre un conjunto de cartas de contenido tan variado como el del libro de Gramsci. Parece preferible transcribir algunos de los textos más representativos sobre hombres, libros y teorías.

Sobre el estilo de Croce. "Se ha dicho que Croce es el más grande periodista italiano posterior a Manzoni. La afirmación me parece correcta, con esta advertencia: que la prosa de Croce no deriva de Manzoni sino de los grandes prosistas científicos y especialistas de Galileo".

Sobre H. G. Wells. en una carta a su hijo, que le habla con entusiasmo de una novela suya: "El más grande escritor de la antigua Grecia fue Homero y el escritor latino Horacio escribieron que también Homero a veces dormía. Por cierto que Wells duerme al menos trescientos sesenta días al año, pero puede ser que en los otros cinco o seis días (cuando el año es bisesto) esté despierto completamente y haya escrito algo agradable y resistente a la crítica". Gramsci es, sin embargo, siempre justiciero y en una carta a su hermano Carlo vuelve a hablar de Wells y le reconoce el mérito de haber popularizado la idea de que la historia antigua no es de exclusiva propiedad de Europa; también existieron los chinos, los hindúes, los mongoles. No le gusta nada, en cambio, esa especie de preámbulo paleontológico y zoológico de la historia humana. Y con razón, ya que nada tiene que hacer la historia humana con la historia natural; pero el científico siglo diecinueve de Wells (ese científico que muchos profesan en la actualidad) también existió.

Sobre la educación de los niños: Era la época de la "libre iniciativa"; su mujer y su cuñado eran adoradores del nuevo dios. Como se sabe, la libre iniciativa consiste más o menos en lo siguiente: permitirle al chico que toque el piano si quiere tocar el piano, pero quitándole un cuchillo de la mano si tiene el propósito de asesinar al hermano (supongo yo, pues los partidarios de la civilización occidental (y esto



muestra el admirable espíritu crítico y la amplitud intelectual de Gramsci).

Sobre Chesterton: "... ha escrito una delicadísima caricatura de los cuantos policiales, más que cuantos policiales propiamente dichos. El padre Brown es un católico que toma en broma el modo mecánico de pensar de los protestantes y el libro es fundamentalmente una apología de la Iglesia Romana contra la Iglesia Anglicana. Sherlock Holmes es el polizonte protestante que halla el hilo de la madeja criminal partiendo del exterior, basándose en la ciencia, en el método experimental, en la inducción. El padre Brown es el cura católico, que a través de las refinadas experiencias psicológicas de la confesión y de la casuística de los padres, aun sin desear la ciencia y la experiencia, pero basándose esencialmente en la deducción y en la introspección, vence plenamente a Sherlock Holmes, lo hace aparecer como a un muchachito pretencioso, pone de manifiesto su angustura y su maniqueidad. Por otra parte, Chesterton es un gran artista, mientras que Conan Doyle era un mediocre escritor, aunque hubiera sido convertido en burlón por sus méritos literarios; por eso en Chesterton hay un desapego estilístico entre el contenido, la intriga política, y la forma; y, en consecuencia, una sutil ironía hacia la materia tratada, que hace más agradables los relatos".

Sobre la educación de los niños: Era la época de la "libre iniciativa"; su mujer y su cuñado eran adoradores del nuevo dios. Como se sabe, la libre iniciativa consiste más o menos en lo siguiente: permitirle al chico que toque el piano si quiere tocar el piano, pero quitándole un cuchillo de la mano si tiene el propósito de asesinar al hermano (supongo yo, pues los partidarios de la civilización occidental (y esto

rios de este culto no serán tan fanáticos como para aceptar el asesinato del hermano en mérito de la teoría); lo que, en otras palabras, significa que el niño goza de libre iniciativa salvo cuando no goza de libre iniciativa. La mujer de Gramsci, que vivía en Rusia y era entusiasta partidaria de todo lo nuevo y de todo lo que sonara a "científico" (como si la ciencia no fuera, sobre todo cosa probada, es decir antiegladida), se había entregado a extraños experimentos con el hijo mayor, con resultados sorprendentes. He aquí una carta de Gramsci a propósito de estos resultados:

"Recibí las dos fotografías y el manuscrito de Dello. No he comprendido absolutamente nada y me parece inexplicable que comience a escribir de derecha a izquierda y yo de izquierda a derecha, estoy contento que escriba con las manos, ya es algo. Si se le hubiera metido en la cabeza la idea de comenzar a escribir con los pies hubiera sido ciertamente peor. Ya que los árabes y los turcos que no han aceptado la reforma de Kemal, los persas y algunos otros pueblos escriben de derecha a izquierda, la cosa no me parece muy seria y peligrosa; cuando Dello aprenda el persi, el turco y el árabe, el haber aprendido a escribir de derecha a izquierda será sumamente útil. Una sola cosa me llama la atención: la poca lógica del sistema. ¿Por qué haberlo obligado de chiquilín a vestirse como los demás? ¿Por qué no haberle dejado también libre su personalidad en la forma de vestirse y haberlo obligado a este conformismo mecánico? Obviamente sólo mejor dejarle alrededor los hábitos de uso y esperar que él eligiese espontáneamente: las bombachas en la cabeza, los zapatos en las manos, los guantes en los pies, etc.

En el número de julio de 1947, de los *Quaderni della Critica*, dice Croce, refiriéndose a Gramsci:

"Recomendaba años atrás a los jóvenes comunistas napolitanos, armados de un catecismo filosófico escrito por Stalin, levantar los ojos a las estatuas que hay en Nápoles de Tomás de Aquino, Giordano Bruno, Tommaso Campanella, Giambattista Vico y de los otros grandes pensadores nuestros y dedicarse a llevar la doctrina comunista, si podían, a aquella altura y empalmarla a aquella tradición. Pero ahora les señalo una estatua de mármol sino un hombre conocido en persona por muchos de ellos, y cuyo recuerdo deberían mantener vivo por algo mejor que el que vacuo sonido de su nombre..."

La izquierda en Italia se declara hoy reformista casi en su totalidad, con la excepción de algunas minorías. Desde hace algún tiempo, hasta el PCI hace profesión de reformismo. Y sin embargo es un hecho — es decir, una constatación, no una apreciación negativa — que reformista, Gramsci nunca lo fue; ni siquiera cuando su pensamiento político se hizo más complejo y maduro (y en algunos pasajes, directamente intransigente y problemático), como en la época de los *Quaderns de la cárcel*. Si este es el estado de cosas a los cincuenta años de su muerte, creo que un elemental deber de verdad y de honestidad intelectual nos lleva a reconocer que el medio siglo que nos separa de él no transcurrió en vano y que en este lapso, no sólo el curso de las cosas sino las opciones prácticas realizadas por el PCI han señalado, de hecho (aunque no se lo diga de palabra), un distanciamiento verdaderamente irrevocable.

Como es natural esta constatación no disminuye la importancia de Gramsci. No quisiera nada de la grandeur de su figura moral. Ni tampoco a lo que es su rasgo más decisivo y relevante: la intrínseca adherencia en la que se fundieron cultura y política, es decir, la plena conciencia (o el análisis) de las condiciones históricas-reales y el diseño revolucionario.

Pero si es probable que esta circunstancia sea, el hecho de que el proyecto político tanto de Gramsci como de nuestro historiador cultural — pudo haber ocurrido al nacimiento de la idea de una continuidad ininterrumpida entre su refle-

Sobre diversos libros. Gramsci leía en la cárcel, además de los libros que podía recibir, los libros que se encontraban en la biblioteca de la prisión. Su insaciable curiosidad por todo lo humano le hacía leer a veces libros curiosísimos, al lado de otros de valor. Ésta es la lista de los leídos en una semana típica, con los juicios que le merecen: 1) Colleta, *Storia del Reame di Napoli* (muy buena); 2) Alfieri: *Autobiografía*; 3) Molière: *Comédie acelle*, traducidas por el señor Moretti (traducción ridícula); 4) Carducci, dos volúmenes de las obras completas (muy merecidas, entre los peores de Carducci); 5) Lévy, *Napoleone intimo* (curioso, apología de Napoleón como "hombre moral"); 6) Gina Lombroso, *Nell'America Meridionale* (medicorristo); 7) Harnack, *L'essenze del cristianesimo*; 8) Brocchi, *Il destino in pugno*, novela (hace asustar a los perros); 9) Gotta, *La donna mia* (menos mal que es suya, porque es fastidiosísima).

Sobre el marxismo. Su admiración hacia Croce aparece muy disminuida al hablar de una polémica tenida en Oxford entre el filósofo italiano y Lunatcharsky, sobre la posibilidad de una estética marxista. Se sabe que Croce en su juventud aceptó el marxismo como un "cánon de investigación histórica" y que luego, a medida que fue avanzando en sus concepciones fue abandonando paulatinamente su simpatía por la doctrina de Marx. Por aquel tiempo, Gramsci dice en una de sus cartas: "Ahora Croce sostiene, nada menos que el materialismo histórico significa un retorno al viejo teologismo... me dió, a la filosofía prekantiana y precartesiana". Y agrega más adelante: "Que muchos llamados teóricos del materialismo histórico hayan caído en una posición filosófica semejante a la del teologismo medieval y hayan hecho de la *estructura económica* una especie de "dios desconocido", es quizá demostrable; pero ¿qué significaría? Sería como querer juzgar la religión del papa y de los jesuitas y hablar de las supersticiones de los campesinos".

En el número de julio de 1947, de los *Quaderni della Critica*, dice Croce, refiriéndose a Gramsci:

"Recomendaba años atrás a los jóvenes comunistas napolitanos, armados de un catecismo filosófico escrito por Stalin, levantar los ojos a las estatuas que hay en Nápoles de Tomás de Aquino, Giordano Bruno, Tommaso Campanella, Giambattista Vico y de los otros grandes pensadores nuestros y dedicarse a llevar la doctrina comunista, si podían, a aquella altura y empalmarla a aquella tradición. Pero ahora les señalo una estatua de mármol sino un hombre conocido en persona por muchos de ellos, y cuyo recuerdo deberían mantener vivo por algo mejor que el que vacuo sonido de su nombre..."

La izquierda en Italia se declara hoy reformista casi en su totalidad, con la excepción de algunas minorías. Desde hace algún tiempo, hasta el PCI hace profesión de reformismo. Y sin embargo es un hecho — es decir, una constatación, no una apreciación negativa — que reformista, Gramsci nunca lo fue; ni siquiera cuando su pensamiento político se hizo más complejo y maduro (y en algunos pasajes, directamente intransigente y problemático), como en la época de los *Quaderns de la cárcel*. Si este es el estado de cosas a los cincuenta años de su muerte, creo que un elemental deber de verdad y de honestidad intelectual nos lleva a reconocer que el medio siglo que nos separa de él no transcurrió en vano y que en este lapso, no sólo el curso de las cosas sino las opciones prácticas realizadas por el PCI han señalado, de hecho (aunque no se lo diga de palabra), un distanciamiento verdaderamente irrevocable.

Como es natural esta constatación no disminuye la importancia de Gramsci. No quisiera nada de la grandeur de su figura moral. Ni tampoco a lo que es su rasgo más decisivo y relevante: la intrínseca adherencia en la que se fundieron cultura y política, es decir, la plena conciencia (o el análisis) de las condiciones históricas-reales y el diseño revolucionario.

Pero si es probable que esta circunstancia sea, el hecho de que el proyecto político tanto de Gramsci como de nuestro historiador cultural — pudo haber ocurrido al nacimiento de la idea de una continuidad ininterrumpida entre su refle-

Marramao, ¿me equivoco o en este colquio se asiste a un repensamiento completo de Gramsci?

Díralo que se está comenzando a hablar de Gramsci como de un clásico de este siglo. Es decir, un clásico fragmentado, dividido, no compacto. Se considera a la suya como una obra abierta y, como tal, también plena de contradicciones.

¿Pero se puede hablar de "contradicciones" para un intelectual que ha sido también un político? Un filósofo que "pensaba" a la política mientras la hacía...

Lo del filósofo que piensa en la política es seguramente un mito que Gramsci tiene presente en el período del activismo juvenil. Pero después lo deja de lado en los *Quaderni*, cuando habla del político como de un conjunto de especialistas más político. El verdadero otro "discutible" de Gramsci es sobre todo su funcionamiento de la figura del intelectual "orgánico"...

Bien, discutámoslo

Es una de las herencias ochocentistas de Gramsci, diría una herencia hegeliana: hacer de la política algo totalmente interconectado y antropocéntrico. Por ejemplo, es su idea del partido como intelectual colectivo. Sin embargo es también cierto que, trabajando en este sentido, Gramsci escribió una de las grandes obras de antropología social y política de los años treinta.

En suma, no tanto un político como un filósofo de la política.

¿Pero de este modo no se sustrae a Gramsci de su letra para política? ¿Es o no el fundador del PCI? Y no un mero sociólogo...

Me parece que algunas de mis afirmaciones han sido congegnadas también por Natta en este colquio cuando sustuvo

Conversación con Giacomo Marramao

Antonio Gramsci en fragmentos

que es preciso individualizar los límites ochocentistas de este científico de la política, que tiene un sentido de los límites como dependientes de una visión del mundo y de los comportamientos culturales. En este sentido, no obstante, Gramsci trasciende el marco epistemológico de la propia teoría marxista. Para él, por ejemplo, no se dan más estructuras productivas en estado puro. Las mismas estructuras económicas son verdaderos haces de la acción, de las cristalizaciones de los actos subjetivos de voluntad.

Me parece que Biagio De Giovanni habló de manera distinta de la filosofía de la praxis en Gramsci; que es y sigue siendo una visión del mundo...

Yo comparto la idea que tiene De Giovanni sobre la centralidad de la filosofía de la praxis en Gramsci: que es, por lo demás, el modo en el que Gramsci supera al marxismo de Marx, a su determinismo. Por ejemplo, en su opinión el mercado es el resultado del sector humano y en esto Gramsci se pone del lado del funcionalismo moderno. Pero es también cierto que luego, en esa la filosofía de la praxis aflora una clausura: en el fondo para él todo aquello que es olvidado por la historia es un desvalor. Y estas no son las conclusiones a las que arribamos hoy nosotros, cuando leemos en cambio a la historia humana en sus pliegues, en sus lugares muertos.

En suma, no tanto un político como un filósofo de la política.

Aun cuando no estoy de acuerdo con toda su obra, creo que para una idea de la política ha dado una contribución mayor un intelectual como Foucault que muchos otros modelos de ciencia política. Ahora bien, esto está aleccionado por la hipercritica de los años setenta lo que nos hace mejor.

Adiós a él y a Turatti

Lucio Colletti

Esto no significa, naturalmente, que Gramsci deba ser considerado como una simple réplica de Lenin a escala nacional y en un mundo más reducido. Su originalidad está fuera de discusión. Ya he señalado, por ejemplo, cómo su teoría de la "hegemonía" ético-política indica un desarrollo de la "dictadura del proletariado" de Lenin, en el sentido de que no la reduce al puro momento de la constitución y de la fuerza sino que la integra en una concepción expansiva del estado. Sin embargo, si es un hecho que Gramsci, en la culminación de su pensamiento, se enfrenta a la dictadura "sin hegemonía" tanto en el suyo como en el de Gramsci, domina la convicción de que existe una teoría (el marxismo) que ofrece la clave para entender el proceso histórico en su "totalidad".

Se es bien consciente, como es natural, que no se trata de glomar esa teoría, sino que ella debe, de algún modo, ser repensada y casi reinventada a la luz de las circunstancias históricas nuevas. Esto no quiere decir que se cuestionen las ideas, la originalidad de Gramsci se mueva en el filo de la lenin. Es leninista, por ejemplo, la atención por él puesta en las relaciones de fuerza, en la capacidad de entender obreros y campesinos. Es leninista del mismo modo, la centralidad que él acuerda a la cuestión del partido: no sólo como el lugar donde la teoría se realiza, sino como el lugar donde la teoría es indispensable para hacer precipitar la situación revolucionaria, cuando haya madurado.

Pero la idea de "bloque histórico" ha sido algo más que un análisis histórico. Ha sido una mística política para todo un partido, el nuestro. Y no sólo el nuestro...

Y bien, creo que la idea de "bloque histórico" de Gramsci debe ser superada con una nueva concepción de la estructura social, reviendo también nuestra idea de las clases. Ya en Gramsci, por lo demás, la idea de las clases pasa a través de las mismas racionalizaciones. En su opinión, la clase solo existe cuando ella se crea modos de existencia que son los partidos, los movimientos, las corrientes intelectuales. En esto él se distingue. Pero es verdad que tanto para él, como para Weber, el partido de la forma más moderna de organización social.

Este colquio tiene como título: "Moral y política en Gramsci". Es un título que casi parece indicar en él a un padre de la "cuestión moral".

Gramsci no considera a la forma intelectual y moral como exclusiva del partido. Para él, el partido debía ser solamente el promotor de una ética de la responsabilidad moral frente a todo el pueblo. En el fondo, como para Weber la reforma protestante, para Gramsci el partido comunista debía ser sólo un sustituto de la historia humana que en Italia había fallado: un medio para la difusión de una ética individual y colectiva y un instrumento de responsabilización individual.

Pero la idea de un partido político que constituye un movimiento religioso no hace extremos?

El problema que Gramsci tenía en mente era que un partido podía tener un papel de promotor de una ética colectiva que en Italia fallaba. Su razonamiento era que todas las soluciones institucionales,

en cualquier caso, duran l'espèce d'un martin si se ven enlazados en un movimiento de difusión de los valores, el sustituto laico de una verdadera formación moderna.

Vayamos al título de tu ponencia: "Racionalidad y modernización". ¿Pero el tema de la modernización, es un tema comunista?

Este es un punto interesante. Para Gramsci, como también para Marx y para Weber, la modernización es un destino ineluctable. En esto él está por completo dentro de una perspectiva industrial y su misma idea de racionalización y de disciplina es simplemente fordista. Hoy, las formas de disciplina y de división del trabajo se han convertido seguramente en más difíciles, pero también más extendidas y envolventes, oblicuas e indirectas que entonces. Son las formas de una sociedad que se funda sobre todo en la comunicación simbólica. Por otra parte, es aquí donde se vuelve importante el análisis realizado por Gramsci de los cambios culturales, del mismo modo que es importante analizar la fragilidad de esta misma modernización. Porque el análisis que Gramsci efectúa no proviene de un déficit, sino de una hipérfora de modernización por exceso. Como también en los análisis de Weber, pero también de Durkheim, leído a través de Sorin. Dicho de otro modo, él tiende a analizar sobre todo el pasaje de una ética de los principios a una ética de las normas, de las normas abstractas: desde aquellos movimientos interiores que han dado forma a la Revolución francesa y a la misma revolución industrial por exceso, hasta las normas abstractas de nosotros mismos que precisamente por esto nosotros sentimos más como una norma de comportamientos. Por esto, repito, él logró también collocation de los fragmentos de la historia de la modernización de la modernidad.

final estaba fuera de discusión. Para los unos y para los otros se trataba de separar la moral de la moralidad, de desentorpecer en la colectivista. Las nuevas relaciones de producción tendrían como efecto, por una parte, multiplicar la riqueza social y, por la otra, señalar el advenimiento de la "emancipación humana". La meta del proceso histórico estaba predefinida. Al evolucionismo reformista, los revolucionarios oponían la idea del partido de vanguardia que con su iniciativa debía provocar el cambio y la transformación.

Hay el cuadro es completamente distinto: Aparte de las "desilusiones" provoca el colectivismo económico, los roles de los protagonistas aparecen directamente subvertidos. Los factores del cambio son endógenos. La transformación no es impresa desde el exterior (el partido revolucionario). Es la sociedad misma la que, a través de su iniciativa, produce constantemente innovación y cambio.

La naturaleza del reformismo, a esta altura no puede dejar de tener en cuenta la circunstancia. Su tarea sólo puede ser la de "gobernar" la transformación. Pero en el sentido y con la conciencia de la "ingeniería social", es decir, librándose de la ilusión de que existe un punto de llegada o la solución definitiva y con la plena conciencia de que las propias reformas, mientras por una parte solucionan cosas, por la otra crean desequilibrios de modo tal que tales reformas deben ser constantemente reconsideradas y corregidas.

En Turati, no menos que en Lenin y en Gramsci, el "fin último" era común. El diseño entre reformistas y revolucionarios versaba sobre la "gradualidad" o no con lo que podía arribarse a él. Pero el objetivo

Testimonio de Mario Ackerman

Nuevo rumbo de las relaciones laborales

Gustavo Merino

Para analizar la actual política del gobierno en materia de relaciones laborales hay que marcar una distinción con lo que fue el proyecto del equipo que conducía Hugo Barrionuevo como ministro de Trabajo. Este, era un equipo técnico, altamente calificado, estaba integrado por Armando Caro Figueroa como secretario de Trabajo, Silvio Feldman como subsecretario de Trabajo y Seguridad Social, Adrián Goldin como subsecretario de Trabajo y un cuerpo de directores nacionales que tenían una serie de afinidades en cuanto a la elaboración de un proyecto a largo plazo. Con esta idea se armó un paquete laboral, que se presentó en el mes de agosto del año pasado y, que incluía: un proyecto de ley de negociación colectiva; un proyecto de ley de información y consulta; un proyecto de ley de participación de los trabajadores en la dirección de las empresas públicas y un proyecto de ley de los trabajadores en la dirección de las empresas públicas y un proyecto de ley de creación del fondo de garantía y créditos laborales. De estas cuatro iniciativas, sólo se ha convertido en ley (23.472), la creación del fondo de garantía y créditos laborales. El proyecto de ley de negociación colectiva obtuvo aprobación en general por la Cámara de Diputados, fue retirado por el Poder Ejecutivo. El de participación de los trabajadores en las empresas públicas no logró dictamen de comisión debido a dificultades técnicas en materia de destrucción de documentos gremiales. El de información y consulta que sí tiene dictamen de comisión no consiguió ser incluido en el tratamiento de las sesiones de la cámara baja; habrá que esperar que algún legislador tenga la iniciativa de sugerir su inclusión. El de participación de los trabajadores en la industria, informar a los trabajadores es mucho más peligroso que discutir salarios, esto no les introduce la mano en el bolsillo, les toca el poder y, los empresarios están dispuestos a pagar para que ese poder no les sea tocado. En definitiva, cuando es un instrumento imprescindible para negociar que, no aparece como una preocupación especial de las entidades sindicales.

Esta propuesta se completaba con un proyecto de ley de asociaciones profesionales, con un proyecto de ley de reglamentación del derecho de huelga y con la modificación a la ley de contrato de trabajo y a la ley de accidentes de trabajo para lo cual se habían creado dos comisiones de reforma que, fueron disueltas. Por otra parte, se había creado un comité de lucha contra el trabajo clandestino, que se reunía dos veces a la semana y estaba preparando un plan de medidas que abarcaba: operativos de inspección, inspecciones coordinadas, una política publicitaria y un proyecto de ley para reforzar la lucha contra el trabajo precario. Como resultado con comisiones de reforma esta iniciativa también fue arrojada por la borda.

Finalmente se estaba preparando un proyecto de ley de higiene y seguridad del trabajo que cambiaba todo el sistema y que, como las otras medidas apuntaba a una reestructuración para el largo plazo. Se estructuraban las comisiones de permanencia. Un ejemplo de ello es la ley de fondo de garantía, pensada para que funcione plenamente dentro de diez años y, que tiene a satisfacer necesidades inmediatas de los trabajadores que no pueden cobrar sus créditos por dificulta-

Cuando la dirigencia sindical está especialmente interesada en que el legislador asegure la unidad del movimiento obrero, es muy factible que se escondan intereses espurios detrás de esa preocupación. La negociación colectiva en nuestro país está bastardeada, sólo se discuten salarios y nada más que salarios.

des financieras de las empresas. Pero que, en el mediano y largo plazo, encierra el propósito de transformarse en una fuente de recursos para la creación de cooperativas de trabajo, para que los trabajadores eventualmente adquieran las empresas o incluso para evitar que estas liquiden sus activos con el fin de afrontar los créditos de sus empleados.

De todos estos proyectos el que adquiere mayor significación es el de convenios colectivos pues, la Cámara de Diputados aprobó un nuevo proyecto que regula lo mismo de una manera completamente distinta. Este modelo se estructuraba con la llamada negociación articulada, publicaba la negociación en la cumbre con acuerdos marcos y a partir de ahí una negociación en cascada. Además incorporaba una serie de normas que resolvían los conflictos entre los distintos niveles de negociación colectiva. Esto era algo absolutamente necesario y novedoso, que, se apoyaba en la experiencia anterior, especialmente en la negociación del año 1975 que fue decididamente mala. La negociación colectiva en nuestro país está bastardeada, sólo se discuten salarios y nada más que salarios. El proyecto que estamos comentando indicaba una serie de cuestiones sobre las que las partes obligatoriamente tenían que negociar. Podían no pactar, podían no acordar, pero eran temas que debían ser discutidos. Temas como condiciones de trabajo, higiene y seguridad, incorporación de nueva tecnología, eran temas sobre los que había que tener una posición. Según informes del Centro de Estudios e Investigaciones Laborales del CONICET, en los convenios de 1975 se descuidaba totalmente todo lo relativo a higiene y seguridad del trabajo, se respalda la seguridad del trabajador por dinero, provocando una monetización del riesgo. Diez años después, el Poder Ejecutivo envió un proyecto de negociación colectiva que, si bien aludía la cuestión salarial, permitía discutir sobre el resto de la problemática laboral. Las entidades gremiales dijeron que no, que discutir convenios colectivos sin salarios no tenía sentido. A continuación examinaremos los resultados de esta negociación.

«El paquete de medidas que se ha enviado al parlamento está integrado de la siguiente manera: (a) un proyecto de ley mediante el cual se modifica la Ley 14.250 de convenciones colectivas; b) un proyecto de ley de procedimiento de negociación colectiva que incluye un capítulo sobre emergencia económica; c) un proyecto de ley de asociaciones profesionales; d) un proyecto de ley de ratificación del Convenio Nº154 de la OIT; e) un proyecto de ley de otras sociales; f) un proyecto de ley mediante el cual se crea el Seguro Nacional de Salud y; g) un proyecto de ley por el cual el estado asume

una serie de compromisos patrimoniales de la CGT. De todas estas propuestas, lo más trascendente respecto de las relaciones laborales es la vinculación que existe entre los cuatro primeros proyectos.

«Las modificaciones a la Ley 14.250 apuntan a incluir sin incluir a los trabajadores del estado debido a que el artículo primero de la reforma si bien los incorpora al régimen de la negociación colectiva sólo producirá efectos con la sanción de la ley reglamentaria. De esta forma se intenta adecuar la legislación interna con el Convenio 154 de la OIT. Lo que no se ha advertido es que este convenio promueve el fomento de la negociación colectiva mientras que el proyecto de reforma no apunta en ese sentido. No fomenta la negociación colectiva porque incorpora una norma que dispone que las cláusulas obligacionales y normativas de los convenios colectivos. Actualmente la jurisprudencia y la doctrina entienden que las cláusulas normativas, que son las que tienden a regular las relaciones de trabajo, rigen durante la vigencia del convenio y vencido el mismo se prorrogan automáticamente. Pero esta norma crea un nuevo convenio, pero con las cláusulas obligacionales, que son las que vinculan a las partes firmantes del convenio y que no se proyectan sobre los no firmantes, caducaban con el vencimiento del plazo del convenio. De estas cláusulas obligacionales, ahora tienen prelación jurídica las más importantes son las cláusulas de contribución sindical. Si a esto le sumamos la posibilidad de que en los convenios se pacten cláusulas de ajustes automáticos de salarios, vencido el plazo del convenio se producirá una prórroga automática de las cláusulas de ajuste salarial y de las cláusulas sindicales y como no existe una obligación expresa para discutir condiciones de trabajo, seguramente no habrá discusiones sobre convenios colectivos. En síntesis, este proyecto no fomenta la negociación colectiva sino que sólo asegura que se mantendrán los pactes, se sentarán a discutir salarios. Por su parte, el proyecto de ley de procedimiento trae un capítulo sobre la llamada emergencia económica que posibilita al Poder Ejecutivo tomar una serie de medidas tales como limitar el crecimiento de los salarios, fijar las tasas, etc. El proyecto incluye, que no tiene un límite temporal para la adopción de estas medidas, fue modificada por la Cámara de Diputados fijándose un plazo máximo de seis meses y, tal como ha quedado redactado parecería que fuera a establecerse por única vez a partir de la vigencia de la ley. Veniendo este período de seis meses no podría volver a fijar otro y de ahí en más se discutirían salarios libremente. Esto, no nos garantiza la existencia de un régimen de convenios colectivos actualizado y, además, nos deja sin marco legal para un pacto social.

«El proyecto de ley de asociaciones profesionales no hace más que consolidar un modelo sindical tradicional en la argentina, que no parece oportuno discutir y que no avanza en la democratización de la estructura gremial. Para ser delegado del personal, el candidato necesita estar afiliado a una entidad con personería gremial; antes, bastaba con que estuviera afiliado a una entidad simplemente inscripta. Además, se permite la intervención de la entidad inferior por parte de la entidad superior, incluso, una pérdida de autonomía de la comisión interna que pasa a ser una representante de los trabajadores por un lado y al mismo tiempo de la entidad sindical frente al empleador. Por ello, creo que cuando la dirigencia sindical está especialmente interesada en que el legislador asegure la unidad del movimiento obrero, es muy factible que se escondan intereses espurios detrás de esa preocupación. En los países desarrollados la unidad absoluta no es una necesidad imprescindible. España tiene por lo menos dos centrales, Italia y Francia tienen tres y, esto no ha impedido que los trabajadores defiendan sus derechos y alcancen sin ninguna duda conquistas mucho más importantes que las nuestras. En el modelo sindical imperante se pide la máxima protección del estado para la vida de algunas entidades pero, se niega toda intervención directa en el control de su actividad. Se niega que se siga rechazando la posibilidad de reglamentar el derecho de huelga, único derecho constitucional que parece que no tuviera derecho a reglamentación. Frente al derecho de huelga se pueden asumir dos grandes posiciones: a) como emergente de la vinculación entre el trabajador y el empleador susceptible de ser reglamentado; b) como instrumento de la lucha de clases, no admite regulación, la dirigencia sindical peronista no parece enmarcarse en esta segunda concepción. Además, habría que aclarar que el derecho de huelga en la Argentina, está vedado por la Ley 16.936, dictada durante la dictadura del general Onganía. Esta, era una ley transitoria que restringía el derecho de huelga imponiendo el arbitraje obligatorio en determinados conflictos y, que caducó el 31 de diciembre de 1973. En el gobierno del general Perón esta ley adquiere carácter permanente, restableciéndose su vigencia el 14 de enero de 1974, con retroactividad al día primero, es decir, que no hubo un sólo día de gobierno peronista en el que estuviera plenamente vigente el derecho de huelga, pues, en el lapso que va de 1955 a 1974, vigió el Decreto 536/45 que convertía en delito al derecho de huelga. Esta ley que hoy está vigente es una mícula, es una venguerza para los derechos de los trabajadores. El proyecto de ley de negociación colectiva del año pasado derogaba esta ley. El proyecto actual no la deroga, señala sin embargo que los conflictos que surjan de la negociación colectiva se solucionarán de acuerdo a los términos de la Ley 14.786 que no apela al arbitraje obligatorio sino al arbitraje voluntario y a la conciliación obligatoria, manteniéndose vigente la Ley 16.936 para todos los demás conflictos.

«Este nuevo rumbo marcado por el gobierno, se puede atribuir al acuerdo sellado con el grupo sindical que, en estos momentos, ocupa el rol hegemónico en cuanto a la definición de la política laboral.

«El proyecto de ley de asociaciones profesionales no hace más que consolidar un modelo sindical tradicional en la argentina, que no parece oportuno discutir y que no avanza en la democratización de la estructura gremial. Para ser delegado del personal, el candidato necesita estar afiliado a una entidad con personería gremial; antes, bastaba con que estuviera afiliado a una entidad simplemente inscripta. Además, se permite la intervención de la entidad inferior por parte de la entidad superior, incluso, una pérdida de autonomía de la comisión interna que pasa a ser una representante de los trabajadores por un lado y al mismo tiempo de la entidad sindical frente al empleador. Por ello, creo que cuando la dirigencia sindical está especialmente interesada en que el legislador asegure la unidad del movimiento obrero, es muy factible que se escondan intereses espurios detrás de esa preocupación. En los países desarrollados la unidad absoluta no es una necesidad imprescindible. España tiene por lo menos dos centrales, Italia y Francia tienen tres y, esto no ha impedido que los trabajadores defiendan sus derechos y alcancen sin ninguna duda conquistas mucho más importantes que las nuestras. En el modelo sindical imperante se pide la máxima protección del estado para la vida de algunas entidades pero, se niega toda intervención directa en el control de su actividad. Se niega que se siga rechazando la posibilidad de reglamentar el derecho de huelga, único derecho constitucional que parece que no tuviera derecho a reglamentación. Frente al derecho de huelga se pueden asumir dos grandes posiciones: a) como emergente de la vinculación entre el trabajador y el empleador susceptible de ser reglamentado; b) como instrumento de la lucha de clases, no admite regulación, la dirigencia sindical peronista no parece enmarcarse en esta segunda concepción. Además, habría que aclarar que el derecho de huelga en la Argentina, está vedado por la Ley 16.936, dictada durante la dictadura del general Onganía. Esta, era una ley transitoria que restringía el derecho de huelga imponiendo el arbitraje obligatorio en determinados conflictos y, que caducó el 31 de diciembre de 1973. En el gobierno del general Perón esta ley adquiere carácter permanente, restableciéndose su vigencia el 14 de enero de 1974, con retroactividad al día primero, es decir, que no hubo un sólo día de gobierno peronista en el que estuviera plenamente vigente el derecho de huelga, pues, en el lapso que va de 1955 a 1974, vigió el Decreto 536/45 que convertía en delito al derecho de huelga. Esta ley que hoy está vigente es una mícula, es una venguerza para los derechos de los trabajadores. El proyecto de ley de negociación colectiva del año pasado derogaba esta ley. El proyecto actual no la deroga, señala sin embargo que los conflictos que surjan de la negociación colectiva se solucionarán de acuerdo a los términos de la Ley 14.786 que no apela al arbitraje obligatorio sino al arbitraje voluntario y a la conciliación obligatoria, manteniéndose vigente la Ley 16.936 para todos los demás conflictos.

«Este nuevo rumbo marcado por el gobierno, se puede atribuir al acuerdo sellado con el grupo sindical que, en estos momentos, ocupa el rol hegemónico en cuanto a la definición de la política laboral.

«Este nuevo rumbo marcado por el gobierno, se puede atribuir al acuerdo sellado con el grupo sindical que, en estos momentos, ocupa el rol hegemónico en cuanto a la definición de la política laboral.

El Congreso Pedagógico Nacional

En rumbo incierto

Javier Artigues

¿Qué ha pasado, después de dos años de haber sido convocado, con el Congreso Pedagógico Nacional?

Como no podía ser de otra manera, de los servicios de la gran prensa, alguno de cuyos corifos ayer libertados hoy clamor por la libertad de enseñanza, nada se le opuso.

«A escasa asistencia de personas conconstancias con los principios de la educación popular se tradujo, lista y llamamente, en una sesión de espacios convenientemente aprovechados para el contraparte. Asimismo esos pocos defensores de la escuela pública se acercaban a las asambleas por iniciativa propia y sin el previo aducimiento que exhibían los demás participantes.

Reflexiones de Héctor Félix Bravo

«H a habido dificultades en la organización, propias del régimen federal y de la situación política de nuestro país. Téngase en cuenta que la organización estuvo a cargo de cada una de las jurisdicciones, siendo responsables de ello las respectivas autoridades. No son dificultades originadas, como muchos pretenden, en el gobierno central y con esta aclaración no estoy haciendo la defensa de un gobierno al que desde algún lugar, no lejano, está orientando la participación de la iniciativa política es decir de los docentes, los alumnos y los padres en las distintas reuniones a que da lugar el congreso. Ellos se han movido en la forma eficaz en que debió hacerlo el sector oficial. De modo tal que no se interprete que estoy criticando al sector particular o privado, sino a la omisión, a la negligencia en que ha incurrido el sector oficial. Cabe añadir que las diferencias ideológicas o religiosas no son causas de la escasa participación popular; y constituyen temas de debate no otros, por ejemplo: la forma de asegurar el derecho a la educación y, consiguientemente, la igualdad de oportunidades y posibilidades educacionales, poniendo énfasis en la protección social y económica de los estudiantes; delimitación de las atribuciones correspondientes a la Nación y a las provincias; nuevas modalidades de gobierno y administración educacionales, acordes con la democratización del servicio en las distintas jurisdicciones; articulación de la educación popular y componentes de los establecimientos oficiales de enseñanza es escasa o nula, y es así, lamentablemente. ¿Cuál es la causa? Creo que no se encuentra la suficiente motivación o estímulo, cuando no desinterés o negligencia por parte de las autoridades de alta jerarquía de los establecimientos oficiales de enseñanza —direcciones generales— y, además, de las direcciones de los plantales —directores de los establecimientos de enseñanza—, cuya responsabilidad es reunir cuantos veces

fuese necesario a los miembros de las respectivas comunidades educativas para el fin de elevar su participación en las distintas reuniones a que convocó el Congreso Pedagógico. Destaco aquí un modelo que debió seguirse para la participación de la comunidad educativa oficial: el observado por la enseñanza privada o particular. La enseñanza privada se movilizó, y tengo la seguridad de que existe un comando operativo que desde algún lugar, no lejano, está orientando la participación de la iniciativa política es decir de los docentes, los alumnos y los padres en las distintas reuniones a que da lugar el congreso. Ellos se han movido en la forma eficaz en que debió hacerlo el sector oficial. De modo tal que no se interprete que estoy criticando al sector particular o privado, sino a la omisión, a la negligencia en que ha incurrido el sector oficial. Cabe añadir que las diferencias ideológicas o religiosas no son causas de la escasa participación popular; y constituyen temas de debate no otros, por ejemplo: la forma de asegurar el derecho a la educación y, consiguientemente, la igualdad de oportunidades y posibilidades educacionales, poniendo énfasis en la protección social y económica de los estudiantes; delimitación de las atribuciones correspondientes a la Nación y a las provincias; nuevas modalidades de gobierno y administración educacionales, acordes con la democratización del servicio en las distintas jurisdicciones; articulación de la educación popular y componentes de los establecimientos oficiales de enseñanza —direcciones generales— y, además, de las direcciones de los plantales —directores de los establecimientos de enseñanza—, cuya responsabilidad es reunir cuantos veces

Estas fallas demuestran cuán difícil es para el grueso de los sectores políticos apartados del plano de las directrices generales para asumir la responsabilidad de fijar claras direcciones de cara a sucesos de esta envergadura. Una vez más puede apreciarse a través de esta causa la falta de coherencia entre el discurso y la práctica. Nada puede aclararse, desde ya, al peronismo que durante su primer gobierno dictara la ley 13.047 estableciendo la enseñanza privada en el país, o a los sectores de la derecha argentina, que en su vertiente liberal olvida hoy a sus pares que en 1984 sancionó la ley 1.420 de educación común, laica, gratuita y obligatoria. Pero, ¿cómo se puede dejar de manifestar inquietud frente a la incoherente y desidiosa acción exhibida por el radicalismo y la izquierda en su conjunto? Quiénes imaginaron e impulsaron esta propuesta, dejó abandonada a la criatura a su propia suerte, salvo escasísimas excepciones, la cuestión no pareció inducir a una acción concreta de sus cuadros, más preocupados por las luchas internas que por dinamizar propuestas democratizantes que concluyen por dejar las cosas en peor situación que la de antes.

«La izquierda partidaria, sin exclusión alguna, no toma cartas en el asunto y, en apariencia, subvalora lo que en sí significa el fenómeno educativo. Desperdiciando además, en un momento en el que carece de representación parlamentaria una ocasión de hacer oír su variedad gama de voces en el interior de esta verdadera asamblea permanente.

«Sin dilaciones y antes de que sea demasiado tarde, es preciso que de las fuerzas políticas y sociales democráticas surja una postura de defensa activa de la existencia y desarrollo de la escuela pública como modelo educativo por excelencia; y, que a partir de ese compromiso surja un accionar común que permita vehicular con éxito dicha concepción en el seno de un congreso tan singular como el que se está realizando.

«Conviene subrayar la utilidad que supone esta herramienta de participación popular, de características inéditas, dentro del actual contexto de transición a la democracia. Por su horizontalidad y universalidad las asambleas de base pueden ser auténticas escuelas de vida democrática; espacios donde la persona que concurre puede ingresar al terreno del debate, aportando ideas, comprometido con lo que importa a esta pedagogía en sí misma lo cual constituye un aprendizaje en el sentido más estricto del término. Ambito en el que el espectador se transforma en partícipe, y el mere habitante deja paso al ciudadano, libre y responsable.

«En 1982, con la presidencia honoraria de Domingo Faustino Sarmiento y la asistencia de 275 congresales, el Congreso Pedagógico, primero en su género en América del Sur, fue capaz de plasmar las bases sobre las cuales se edificaría la escuela republicana, hoy no se pueden volver a las espaldas de este instrumento educativo de participación destinado sobre todo a fijar cuáles son los problemas críticos de la educación, cuáles sus vías de solución, a establecer el rol y la responsabilidad del estado en materia educativa, y a determinar el papel que desempeñará la enseñanza dentro de la consolidación democrática.

«Estas fallas demuestran cuán difícil es para el grueso de los sectores políticos apartados del plano de las directrices generales para asumir la responsabilidad de fijar claras direcciones de cara a sucesos de esta envergadura. Una vez más puede apreciarse a través de esta causa la falta de coherencia entre el discurso y la práctica. Nada puede aclararse, desde ya, al peronismo que durante su primer gobierno dictara la ley 13.047 estableciendo la enseñanza privada en el país, o a los sectores de la derecha argentina, que en su vertiente liberal olvida hoy a sus pares que en 1984 sancionó la ley 1.420 de educación común, laica, gratuita y obligatoria. Pero, ¿cómo se puede dejar de manifestar inquietud frente a la incoherente y desidiosa acción exhibida por el radicalismo y la izquierda en su conjunto? Quiénes imaginaron e impulsaron esta propuesta, dejó abandonada a la criatura a su propia suerte, salvo escasísimas excepciones, la cuestión no pareció inducir a una acción concreta de sus cuadros, más preocupados por las luchas internas que por dinamizar propuestas democratizantes que concluyen por dejar las cosas en peor situación que la de antes.

«La izquierda partidaria, sin exclusión alguna, no toma cartas en el asunto y, en apariencia, subvalora lo que en sí significa el fenómeno educativo. Desperdiciando además, en un momento en el que carece de representación parlamentaria una ocasión de hacer oír su variedad gama de voces en el interior de esta verdadera asamblea permanente.

«Sin dilaciones y antes de que sea demasiado tarde, es preciso que de las fuerzas políticas y sociales democráticas surja una postura de defensa activa de la existencia y desarrollo de la escuela pública como modelo educativo por excelencia; y, que a partir de ese compromiso surja un accionar común que permita vehicular con éxito dicha concepción en el seno de un congreso tan singular como el que se está realizando.

«Conviene subrayar la utilidad que supone esta herramienta de participación popular, de características inéditas, dentro del actual contexto de transición a la democracia. Por su horizontalidad y universalidad las asambleas de base pueden ser auténticas escuelas de vida democrática; espacios donde la persona que concurre puede ingresar al terreno del debate, aportando ideas, comprometido con lo que importa a esta pedagogía en sí misma lo cual constituye un aprendizaje en el sentido más estricto del término. Ambito en el que el espectador se transforma en partícipe, y el mere habitante deja paso al ciudadano, libre y responsable.

«En 1982, con la presidencia honoraria de Domingo Faustino Sarmiento y la asistencia de 275 congresales, el Congreso Pedagógico, primero en su género en América del Sur, fue capaz de plasmar las bases sobre las cuales se edificaría la escuela republicana, hoy no se pueden volver a las espaldas de este instrumento educativo de participación destinado sobre todo a fijar cuáles son los problemas críticos de la educación, cuáles sus vías de solución, a establecer el rol y la responsabilidad del estado en materia educativa, y a determinar el papel que desempeñará la enseñanza dentro de la consolidación democrática.

El cine y el descubrimiento de una mujer

Rosa L.

Rossana Rossanda



Era el mes de abril de 1960 cuando una delegación de intelectuales comunistas italianos fue a Berlín oriental, para un encuentro del todo inútil con los intelectuales o, mejor dicho, la sección cultural del partido comunista alemán, la SED. En el transcurso de una conversación dijimos que queríamos visitar la tumba de Rosa Luxemburg y llevarle flores. Siguió un asentimiento frío, una extraordinaria dificultad para encontrar una cinta roja con la cual atar las flores (debimos comprar la tela y mandarla hacer, siendo todas las cintas disponibles para el próximo primero de mayo de los colores nacionales de Alemania), y, por fin, sólo la intérprete nos acompañó a un sitio apartado del cementerio, donde estaban enterrados los comunistas. Era una especie de glorietta pedregosa, pero en medio había dos tumbas: Luxemburg y Liebknecht. No obstante, nos dijo la muchacha, los restos no estaban allí y no sabían dónde podían estar, porque durante la época nazi el cementerio había sido trasladado y no se habían vuelto a encontrar. Esa lápida sobre los guijarros simbolizan, pues, algo que no estaba, supuesto que de un resto mortal se pueda decir que está.

No hablamos con nuestros anfitriones de esta extraña visita (ni de lo que hicimos a Brecht en el cementerio Dorotheen, donde un campo de esposas de verdad y en ilustre compañía, no muy lejos de Schilling y Hegel, casi al lado del amigo Hans Eisler). Y de un modo un poco turbado, casi secreto, a quien interprete me dijo que la madre le cantaba el primero de mayo una canción, y me repetió su estrofa en pequeña foto suya, o retratos, o manifestos que le conciernen. En 1968 se convierte por un momento en el símbolo de la espontaneidad de las luchas: ¿no había sido Rosa la de la huelga de masas y, más aún, de las masas que se sublevaron con un mar tumultuoso, llevadas por su destino histórico, sin —y también contra— el partido? También entonces, creo, fue más usada que leída: símbolo aproximativo de una batalla contra la burocracia, que pronto se radicalizaba en el anti-institucionalismo y antiteoricismo del movimiento. Finalmente, apagado este uso, se agudizó el nombre de Rosa: ni el feminismo la recuperó unos años después, ni la Polonia del proletariado en pie de la década 1970-1980.

Hace unos años, Margarethe von Trotta me dijo que había aceptado hacer una película sobre Rosa. Debía hacerla Friedrich (en más adentro, pensó con alivio que éste había vacilado); y ella retomaba el trabajo desde el principio, sin aceptar el guión ya listo de Peter Martersteiner. No estaba frente a un tema, sino frente a una persona, de las clavadas como una espina en la historia reciente de Alemania, y debía rendirle cuentas. Hacía falta, pues, buscarla, estudiar todo, leer todo, descubrir las imágenes, hablar con los pocos aún vivos que tenían un recuerdo de ella. Escribió varias veces el guión, desplazando aquella rosa que debía florecer *Maria*, antes y después de la escena del falso fusilamiento; al principio comovida por

la extraordinaria "pacencia" de Rosa, paciencia como firmeza en el padecimiento, no fragilidad, sino melancolía de los tiempos largos de la historia. Pero con la sensación de no atraparla; una vez me llegó de Múnich una tarjeta postal, donde había escrito que había soñado con una Rosa muy seca, que le decía más o menos: *no me alcanzarás nunca*. Porque Margarethe no quería hacer, como otras veces, una película de autor: quería dar testimonio de Rosa Luxemburg, mostrarla como había sido en la vida, en las palabras, en los escritos, y aquella imagen parecía sustraerse severamente. Se puede pensar en la relación de un director con su tema, densa de problematización y de angustia como la que se tiene con una

persona: es posible, a condición de tener una frecuentación dura y decisiva de las ideas, mucho más para aquella generación de intelectuales alemanes que no la ha quitado de encima la Alemania de su época, como un pato se sacude la lluvia de las plumas. Margarethe había encontrado a Rosa por primera vez, siendo una niña, en el famoso selo conmemorativo; había preguntado quién era la mujer del perfil agudo y se le había respondido de malhumor: *Eine Hebe*, una bruja. Y ahora, cuando había ido a buscar a Polonia una actriz que se le pareciera, le había respondido un intelectual insospechable:

¿Por qué no deja a esa perra en el canal donde la han tirado?

La búsqueda de Rosa había sido el descubrimiento de una mujer para la cual no había habido nunca ni tiempo ni espacio.

Rosa Luxemburg, la malquerida. Malquerida ante todo como comunista y no sólo por su partido, la socialdemocracia alemana, sino por la Internacional, si bien no se le faltó formalmente el respeto. Pero *Su Alzca el Comité Central*, como llamaba ella al órgano directivo del partido bolchevique, no le perdonaría la irreverencia y la *subvaloración de su papel*; sólo la muerte la había salvado de una condena, que se expresó sobre todo en el silencio, o la acusación casi implícita a ella y a Liebknecht, en general al grupo Spartakus, de haber precipitado, por aventurerismo, el fracaso de la revolución alemana. En realidad Rosa (como también en la película) tuvo la percepción de la inmadurez del enfrentamiento y de la derrota. Ni la historia de Alemania fue fundamentalmente distinta de la de las muchas crisis de las revoluciones en Occidente después de 1917, cuyos hijos y víctimas son la primera generación de la Internacional, y que se consumieron tanto donde se intentó la rebelión como allí no se intentó; pasaron como de un día a otro. Y dejarán hasta después de 1936 la secuela de la fractura del movimiento socialista.

Pero esta crisis estaba en germen (y en este sentido la insistencia de Margarethe von Trotta sobre la cuestión de la paz y de la guerra es la opción no sólo más comunicante hoy, sino históricamente a más época, como un pato se sacude la lluvia de las plumas. Margarethe había encontrado a Rosa por primera vez, siendo una niña, en el famoso selo conmemorativo; había preguntado quién era la mujer del perfil agudo y se le había respondido de malhumor: *Eine Hebe*, una bruja. Y ahora, cuando había ido a buscar a Polonia una actriz que se le pareciera, le había respondido un intelectual insospechable: *¿Por qué no deja a esa perra en el canal donde la han tirado?*

Si la historia de las revoluciones la enreda como una pregunta sin respuesta y a las reacciones la anula, el silencio es



el revés, egoísta —pero, ¿quién no lo es en los tiempos que corren?—, de la paradoja que Rosa Luxemburg representa para las formas actuales de la conciencia. Era polaca pero internacionalista: el último de sus intereses fue la nacionalidad. Y la Polonia de hoy, para la cual la identidad nacional es un *Erzatz* de la libertad, una necesidad y una fuga de la confusión de la historia del *socialismo real*, no se lo perdona. Si hay una ciudad donde la película no será aceptada, ni siquiera tibiana, ésa es Varsovia. Esa mujer que sabía ruso, polaco, alemán, con real e interior indiferencia, no será querida en nuestra época, la cual, a falta de identidad fuerte en las ideas, las busca en la tradición.

Lo mismo dirán aquellos que han encontrado en sí mismos las razones del hebraísmo como pertenencia. Hebra, Rosa pensó la cuestión hebrea como los socialistas de su tiempo, como Sartre en el nuestro, como los de mi formación. La pensó no como diferencia/valor, sino como pretexto de la desigualdad de los poderosos, el más turbio de los pretextos. Bernstein es para ella un adversario porque sabe, puede saber, y cede: ninguna otra cosa importa. Está siempre cerca de ella el soldado de Brema que la velará en el cuarto de hotel en sus últimos instantes y que, igual que ella en ese momento, no es más que un objeto de la historia. Rosa le habla, casi-ridículo, porque él es el responsable de su actuar, elegir. Siempre, sobre todo, sin aceptar nada por dado, sin ninguna certeza de vencer. Dejemos que sean los hombres un poco anticuados los que encuentran *intimista* y *acoso burgués* el retrato de una mujer que padece por su ser amado como por su partido. Las mujeres no se engañarán, pero tal vez hacía falta una de ellas para comprender y reconocer esta diferencia cuya tan singular: la diferencia de quien no se divide entre pensamientos y afectos, pasiones y razones. La femineidad, por una vez, llevada como signo de eticidad, integridad, valor.

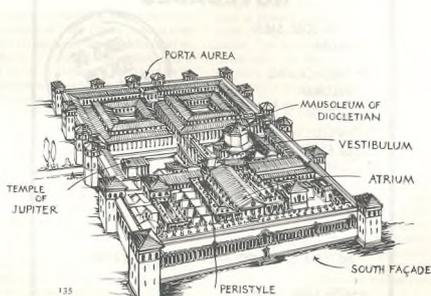
tenidos y aquel dicho suyo: *debo hacer de guardiana de misovis*, pensando que lamentaba un destino burgués. *En verdad, la paradoja no está del destino de Rosa es inherente a ella su aproximación a lo existente, que es una aproximación de mujer. Mujer que las mujeres han olvidado.* El movimiento de los años 70 —que no obstante ha recuperado a todas, hasta a la petrolea Louise Michel, hasta a la bolchevique Aleksandra Kollontai, muerta siendo embajadora en una democracia popular—, ha dejado su cuerpo en la Londoner. Margarethe la ha reconstruido entre nosotros, con manos de mujer, con ternura, con inquietud, sobriedad y dolor. Era otra deuda que saldar.

Porque es la película de una mujer sobre una mujer, sobre una que ha sido mujer en alto grado, y no en el no hacer política, en el recodo interior contrapuesto al público, sino en esa tonalidad de aproximación unitaria a todo aquello que levanta los días, como días de la vida pero también de la historia. Sobre los cuales actuar, elegir. Siempre, sobre todo, sin aceptar nada por dado, sin ninguna certeza de vencer. Dejemos que sean los hombres un poco anticuados los que encuentran *intimista* y *acoso burgués* el retrato de una mujer que padece por su ser amado como por su partido. Las mujeres no se engañarán, pero tal vez hacía falta una de ellas para comprender y reconocer esta diferencia cuya tan singular: la diferencia de quien no se divide entre pensamientos y afectos, pasiones y razones. La femineidad, por una vez, llevada como signo de eticidad, integridad, valor.

Rosa entra en la pantalla con los movimientos de una reina: bien es sólo el lento paseo de invierno en el patio de la cárcel. Atraviesa aquellos años convulsos con blusa y cabellos bien peinados, un gesto no excesivo la mirada consistente de siglos de exclusión lanzada fíjamente sobre quien la escucha cuando está por hablar, atenta a la seducción más sutil, que es la de quien quiere justicia y se juega por ella. Ninguna de nosotras, pobres funcionarias o ex-funcionarias de partidos y grupos, que ha atravesado una sala para ocupar una presidencia o usar un micrófono, podrá dejar de sonreír, de Rosa y de sí misma, con alguna ternura, viendo como se fija la cámara de Margarethe en los momentos anteriores al discurso en público, cuando fuerte es el deseo ancestral de huir, pero sin que nadie lo sepa. Y las mujeres concocerán, creo; ese impulso por entero en las opciones, y por tanto en el sufrimiento, sin huir ni de las unas ni del otro, condición para no renunciar a sí mismas, para una liberación que pasa también a través de nosotras. ¿Y qué dirán los cultores del sexo como lugar único e indecible de la comunicación emotiva, de aquel abrazo de amante/madre con Kosta Zeikin, que podría ser hoy, amado en el cuerpo y en el quieto transcurrir, sobre la mesa, de una caricia en el congreso del partido? La separación entre lo privado y lo político, claro está. Es que para aceptar la inextricabilidad de lo vivido como pensamiento, actuado, padecido, hace falta tener el coraje del dolor, y de mostrarlo. Pero, creo, en el cine ha habido un rostro como el de la Sukhova, por la noche, en la

cárcel, cuando la guerra le mató a Kosta. Qué llanto horrendo, deformante, irrecuperable, de quien está sola y vencida y ya no es joven.

La rosa intolerable e intolerante, siempre fuera de estación, siempre rechazada. ¿Se reconocerá en esta película? Los años han pasado y con ellos los mismos modos de pensarse a sí mismos, la revolución, la historia. Aquel colatazo de fusil en la cabeza, aquel caer en el pavimento, el revólver de Ruge, han fijado la vida de Rosa Luxemburg en el principio de un fin. Esa vida vivida, pero que habría durado mucho tiempo, a través del laberinto de los años, dura aún hoy. Rosa Luxemburg reconocía y quería, creo, a la figura que ha nacido del encuentro entre lo que ha dejado de sí al mundo y Margarethe von Trotta. Hay una imagen bellísima, cuando ella y Luba Butskiy, sentadas a distancia en el locutorio de Breslau, no saben qué decise de tan grande que ha sido la destrucción, y la guardia amenaza con cortar la conversación de Rosa y se levanta y se refugia en las rollizas de la amiga, le pone la cabeza sobre el pecho, estenuada: el antiguo retorno a la madre. En los brazos y en la cara de la amiga que la acoge está inscrito, creo, lo que Margarethe ha sentido por esta nuestra hermana lejana, liberándola de la tenaz negación de sentido que hoy se opone a aquello por lo cual vivió, y, como se dice en las fábulas crueles, murió. La ha consolado y restituido a lo imaginario de nuestros días, cumpliendo ese gesto eterno contra la muerte que es el desgarramiento del acto evocador.



LIBRERÍA gandhi café y foto

MONTEVIDEO 483
100 48 1004
BUENOS AIRES

ANDERSON - <TRAS LAS
HUUELLAS DEL MATERIALIS-
MO HISTÓRICO?>

KRSTEVA - <HISTORIAS DE
AMOR?>

DERRIDA - <LA TARTETA
POSTAL?>

FOUCAULT - <HISTORIA DE
LA SEXUALIDAD? (3V.)>

IBÁÑEZ - <DEL
ALGORITMO AL SUJETO?>

FREUDMAN - <LA FILOSOFÍA BÉLICA
DE LA ESCUELA DE FRANCKFURT?>

LUNIN - <MARXISMO
Y MODERNIDAD?>

BATTIN - <PROBLEMAS DE LA
PÉTRICA EN DOSTOIEVSKI?>

RAWLS - <TEORÍA DE LA JUSTICIA?>

REURMÉ - <PARA QUE SIRVEN LAS ELECCIONES?>

BAKELAND -
<LAUTREMENT?>

WITZENSTEIN - <OBSESIONACIONES?>

HIRSCHMAN - <INTERÉS PRIVADO Y
ACCIÓN PÚBLICA?>

HAUPT - <EL HISTORIADOR Y EL
MOVIMIENTO SOCIAL?>

LOWE - <HISTORIA DE LA PERCEP-
CIÓN BURGUESA?>

Todos con el descuento GANDHI : 30%

La preferencia democrática del socialismo

Angel Fliflisch

¿Qué oferta de orden político deseable puede hacer el socialismo, de la cual se pueda decir que es específica de él, en el sentido de que ella no sería posible si se adoptara un punto de vista no socialista? Si el universo de experiencias relevantes se restringe a los así llamados socialismos reales, esa oferta podría ser que el tipo de orden político que los caracteriza; un orden político cuyo elemento central y determinante del conjunto es la dictadura del partido único. Circunscribiendo el examen a esa clase de orden político, hay a lo menos dos argumentos contradictorios con la idea de que la oferta de este orden es una oferta peculiar del socialismo del orden político deseable, entendido a la luz de la noción clásica de *buen orden* político.

Primero, es discutible que esa oferta sea privativa del socialismo. Considerando únicamente la dimensión política de la sociedad, la proposición de un orden político constituido a partir de la dictadura de un partido único también se ha hecho a partir de los fascismos. Lo que distingue la sociedad fascista de la sociedad de los socialismos reales no es la índole del orden político, sino la organización de la economía. En el primer caso, hay apropiación privada de medios de producción. En el segundo, hay nacionalización de medios de producción.

Segundo, es también dudoso que en el socialismo esta clase de órdenes autoritarios aspire al rango del buen orden político. En el caso del socialismo, un análisis detallado de este punto. Basta aquí con avanzar la afirmación que la dictadura socialista ha tendido a evaluarse como un mal necesario, es decir, como la consecuencia ineludible del proceso de expropiación de los medios de producción, del cumplimiento de tareas de reorganización económica, y de necesidades de defensa militar tanto internacionales como domésticas, como un estado de cosas duradero, valioso en sí mismo. Recuérdese la idea leninista acerca de la extinción gradual del Estado, que confiere a la dictadura socialista un carácter eminentemente transitorio. Se trata, entonces, de una modalidad de organización política excepcional, y no de una forma de régimen cuyos méritos intrínsecos la recomendarían como permanente.

Por otra parte, es claro que, históricamente, la noción de que el buen orden político se identifica con la operación de un conjunto de formas políticas que posibilitan la presencia efectiva de un grado crítico de competencia política —el criterio que, en última instancia, permite discriminar entre una sociedad política que es democrática y otra que no lo es—, tampoco describe bien el tipo de orden político que se pueda considerar como propia y característica del socialismo.

Empíricamente, es cierto que la fundamentación normativa de aquello que finalmente ha llegado a ser conocido como democracia schumpeteriana o poliarquía ha corrido por cuenta de visiones intelectuales que sería difícil identificar como socialistas. No se puede decir lo mismo del desarrollo de política y acciones colectivas orientadas a implantarla y a promover su reproducción en el tiempo. En este último punto, hay excepciones y excepciones relevantes. Por ejemplo, la contribución de los movimientos y organizaciones social democráticas europeas a la consolidación de las democracias europeas contemporáneas no sólo es quizás más importante que la de otros, originados en tradiciones y climas intelectuales no socialistas, sino también decisiva. Algo similar se puede afirmar de los socialismos europeos más recientes como el español o el griego.

Sin embargo, en el primer caso, la opción por la democracia fue mucho más el resultado no previsto de decisiones estratégicas prácticas, forzadas por la apertura y expansión de procesos de competencia electoral; y mucho menos una conquista política premeditadamente buscada a partir de orientaciones normativas que hacían de la democracia algo valioso en sí.

En el segundo caso, esa opción ha constituido algo más que la elección de un *second best*. El enjuiciamiento global de las situaciones de dictadura capitalista iniciales y de sus posibilidades cuando ya la constitución de ellas es el resultado de estrategias revolucionarias tenía como resultado una orientación a la construcción de una democracia política. Respecto de la democracia, el resultado más nítido de estos desarrollos es su denuncia, popularizada por las izquierdas y los movimientos contestatarios de la séptima década del siglo, como mecanismo ideoló-

Ciertamente, se puede hablar del socialismo como si la expresión connotara una única realidad —política, cultural, ideológica—, significativamente homogénea.

No obstante, ello constituiría una simplificación, que más que ventajas, trae consigo distorsiones que acaban por no hacer justicia a lo que se pretende analizar, conduciendo a conclusiones que, si bien se presentan como provistas de validez general, de hecho poseen una validez mucho más restringida. Pese a la patente incongruencia de semejante manera de hablar, derivada de la circunstancia de que no hay un mundo del socialismo, sino un mundo de socialismos —compuestos de ortodoxias y heterodoxias, todas históricamente situadas de modo tal que es imposible desentrañar sus significados sin apelar a esas historias y a las oposiciones relevantes que les confieren sus peculiares movimientos—, hay razones de economía de presentación que aconsejan atenderse a ella.

revolucionarias, como estrategias de reforma profunda que pudieran acercar a una situación de socialismo democrático, a partir de la previsión de que el resultado más probable de esas estrategias sería una regresión autoritaria. Pero hasta hace poco, esa opción por la democracia no se ha asociado a un interés por justificarla teóricamente, sobre la base de argumentos específicamente socialistas, o no ha originado ese esfuerzo.

Puede que fenómenos de esta clase constituyan la regla general, es decir, que la institucionalización de formas políticas sea siempre el resultado de interacciones estratégicas, y sólo alcance una justificación secundaria y a posteriori por contenidos normativos que es justamente lo que se habría inferido utilizando el postulado del materialismo histórico sobre la primacía del ser social respecto de la conciencia social. Aún si se acepta que ello es una regularidad empírica, hay que recordar que la estabilidad de un arreglo institucional así logrado parece desvanecerse, a la vez, en un equilibrio dinámico de intereses y en la difusión de contenidos normativos que le asignan legitimidad. En este sentido, en aquellas situaciones donde el cálculo estratégico lleva al socialismo a preferir formas políticas democráticas y el objetivo de hacerlas estables, la ausencia de contenidos normativos específicamente socialistas que justifiquen esa índole del orden político, es susceptible de transformarse en una deficiencia seria en el terreno práctico. Los desarrollos de la verdad es que, en general, no hay en el socialismo una oferta propiamente socialista de buen orden político. La explicación de esto reside en dos órdenes de razones.

Primero, está la naturaleza superestructural, y en muchas ocasiones simplemente epifenomenal, atribuida a la política y a los fenómenos políticos. Los desarrollos de la política, en su parte de legitimación, se ven afectados al afirmar la autonomía relativa de diversos dominios usualmente incluidos en la superestructura, debilitaron esa visión. No obstante, el acento fuertemente instrumental impuesto a esos desarrollos por la perspectiva leninista que los domina, los hizo perfectamente inútiles para un esfuerzo de construcción de argumentos normativos sustentados en la construcción de una democracia política. Respecto de la democracia, el resultado más nítido de estos desarrollos es su denuncia, popularizada por las izquierdas y los movimientos contestatarios de la séptima década del siglo, como mecanismo ideoló-

gico de ocultamiento y creación de falsa conciencia en las masas —un *opio político* del pueblo—, estrictamente funcional a la dominación burguesa.

Segundo, hay la primacía conferida por más de un siglo al fenómeno y a la meta de la revolución. Esta última obsesión con la revolución agudizó una sensibilidad respecto de las posibilidades de mutación e inestabilidad presentes en las instituciones políticas, y embotó la sensibilidad referida a las cuestiones de estabilidad institucional y acerca de los méritos y desméritos comparativos de distintas formas de institucionalidad política. En *A Theory of Justice*, John Rawls, identifica como criterios para la evaluación de arreglos institucionales, además de los principios de justicia embebidos en ellos, sus capacidades para responder a los problemas de coordinación, eficiencia y estabilidad. En el enjuiciamiento del capitalismo como orden económico, el socialismo logró asumir los cuatro puntos de vista simultáneamente, produciendo un análisis que sus adversarios no han podido superar. En cambio, el tratamiento de la democracia ha enfatizado unilateralmente su presunta precariedad en un contexto regulado por relaciones económicas capitalistas. La proposición clásica sobre el punto fue avanzada por Marx:

"Mediante el sufragio universal, (la democracia) otorga la posesión del poder político a aquellas clases cuya esclavitud social debe etimizarse... Y a la clase cuyo voto puede ser socialmente anulado... La privación de los derechos políticos no han podido superar. En cambio, el tratamiento de la democracia ha enfatizado unilateralmente su presunta precariedad en un contexto regulado por relaciones económicas capitalistas. La proposición clásica sobre el punto fue avanzada por Marx:

"Mediante el sufragio universal, (la democracia) otorga la posesión del poder político a aquellas clases cuya esclavitud social debe etimizarse... Y a la clase cuyo voto puede ser socialmente anulado... La privación de los derechos políticos no han podido superar. En cambio, el tratamiento de la democracia ha enfatizado unilateralmente su presunta precariedad en un contexto regulado por relaciones económicas capitalistas. La proposición clásica sobre el punto fue avanzada por Marx:

A partir de este diagnóstico, se sigue la conclusión de que la democracia, en un contexto capitalista, no es más que la forma política de la subversión de la sociedad burguesa y no su forma conservadora de vida", o bien, que la combinación entre democracia y capitalismo es "sólo un estado excepcional y transitorio de la vida", o sea, un estado como forma normal de la sociedad".¹

Según se advierte, hay en estas proposiciones la atribución de un mérito intrínseco a las formas políticas democráticas. Para las clases dominadas, integradas por el proletariado, los campesinos y la pequeña burguesía, la democracia implica la consumación de su emancipación política. A la vez, esa emancipación trae consigo una redistribución de recursos de poder tal como para aumentar las posibilidades de emancipación social de las clases dominadas. Pero la premisa que, en virtud de la dinámica peculiar al conflicto social bajo condiciones de democracia y capitalismo, esa emancipación social no puede tener lugar en el seno de la misma democracia —de hecho, se supone que si tiene lugar, ello ocurre haciendo explotar la institucionalidad democrática—, hizo que la exploración de las relaciones entre emancipación política, emancipación social y progreso se detuviera en ese tema de la inestabilidad, sin desarrollos ulteriores.

Ciertamente, ha existido y existe en el socialismo una línea permanente de reflexión, orientada por el concepto de democracia, y por el terreno práctico. Los desarrollos de la institucionalidad democrática, de democratización de las condiciones de producción y los procesos de producción, en el sentido de una expansión de las oportunidades de gestión y control directo de esas condiciones y procesos por el trabajador. En este terreno, no sólo hay contribuciones específicamente socialistas. También la fundamentación normativa que las proposiciones aquí avanzadas poseen esa especificidad.

Pero respecto de la democracia entendida como una noción que connota modalidades globales de organización política cuyo fundamento primordial es un principio de competencia política abierta, no se puede decir que ella sea una oferta socialista de buen orden político. Ello explica que, en el terreno práctico, no haya sido construido un argumento específicamente socialista. Significa esto que el socialismo, en razón de su historia y sus rasgos típicos, no es capaz de apropiarse de la democracia, a partir de consideraciones normativas que le sean inherentes?

La idea que se explora en estas notas es que esa apropiación si puede ocurrir, esto es, que a partir de elementos de la propia tradición socialista, la democracia se justifica como clase de orden político adecuado, recomendable o valioso. En otras palabras, como el orden político que, con relativa independencia de la índole del orden económico, valdría la pena tener. Obviamente, esta exploración es tentativa y rudimentaria. Aspira meramente a identificar líneas de reflexión que pudieran ser promisorias.

De una u otra manera, todas las fundamentaciones normativas de la democracia son herederas de la idea de emancipación propuesta por la ilustración, tal como se expresa, por ejemplo, en la figura del hombre ilustrado, concebida por Kant, en el opúsculo *¿Qué es la ilustración?*.² La máxima *argumenta quanto quisieris y sobre lo que quisieris, proinde obtemperabo* como principio rector del buen orden político,³ si bien se emplee por Kant para idealizar un estado de despotismo ilustrado, lleva por su misma lógica a la noción de la legitimidad de la oposición a quien "obtempero, del dereho a tener lo que decida en las decisiones públicas y, potencialmente, de la competencia política abierta.

Esa idea de emancipación propone una expansión considerable de los ámbitos de autonomía personal, pero está referida exclusivamente a las formas de dominación política y culturales que cancelan o pervierten esa autonomía. Según bien se sabe, para el socialismo la autonomía personal se relaciona no sólo con esa dimensión autoritaria, sino también con una dimensión material o económica.

Esa segunda dimensión presenta dos aspectos. Por una parte, en todo momento pesa sobre la sociedad un conjunto de restricciones, impuestas por el nivel de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas, que, utilizando una feliz expresión debida a Braudel⁴ establecen el límite de lo posible para la sociedad. Por otra parte, dependiendo de la posición de cada miembro de la sociedad, presionan sobre él efectos derivados del tipo de relaciones de producción prevalentes y de los sistemas de incentivos y coerción inherentes a esas relaciones. En el caso de los diferentes tipos de posesiones sociales —o bien, de ciertas clases sociales—, estos efectos son efectos de explotación, que afectan negativamente las posibilidades de autonomía personal de quienes las ocupan, comparativamente con las posibilidades abiertas a los miembros de otras clases.

Para el socialismo, emancipación significa aumentar o elevar la calidad de vida prevalente en la sociedad, expandiendo progresivamente las oportunidades de autonomía personal. Por lo tanto, emancipación significa también la liquidación o atenuación de las restricciones que entran al despliegue de esa autonomía. Lo peculiar del socialismo reside en el énfasis puesto en el aspecto material del progreso social, en particular, en este punto de énfasis, el programa del socialismo se define en términos de dos horizontes. Primero, el progresivo desplazamiento del límite de lo que es posible para la sociedad, a través del desarrollo de sus fuerzas productivas. Segundo, la progresiva eliminación de efectos negativos socialmente innecesarios, causados por la operación de relaciones de producción y el tipo de sistemas de incentivos y coerción que les son peculiares.

Una justificación específicamente socialista de la democracia como buen orden político tiene que apelar a argumentos referidos a esa dimensión material del progreso. En estas notas, se avanza la idea que hay por lo menos cuatro aspectos vinculados a esa dimensión material, que hacen de la democracia un orden político deseable:

- 1) Comparativamente, la democracia es una condición que favorece que, a través de la operación del proceso político, se eliminen modalidades de explotación clasificables como explotación de estatus.^{5,6}
- 2) La democracia es una condición favorable para la eliminación de explotación socialmente innecesaria que acaece en la distribución de ingreso determinada por el tipo de relaciones de producción.
- 3) La democracia es una condición favorable para la eliminación de explotación socialmente innecesaria que ocurre en el proceso de producción mismo.
- 4) La democracia es una condición necesaria para la eliminación de explotación socialmente innecesaria originada por la orientación sustantiva general del proceso económico, esto es, determinada por la incapacidad de controlar la composición de la oferta global de bienes y servicios.

Ciertamente, se puede defender la democracia argu-



mentando su necesidad para la atenuación o supresión de formas de opresión distintas de las indicadas. Hay modalidades de opresión específicamente políticas, y originalmente la democracia es una respuesta o solución propuesta para hacer frente a ellas. Igualmente, hay otras formas de opresión, que no son ni económicas ni políticas —por ejemplo, las opresiones de género—, respecto de las cuales también podría argumentarse que la democracia es a lo menos una condición favorable para su supresión.

No obstante, la defensa de la democracia desde el punto de vista de la supresión de estas otras modalidades de opresión no constituye una justificación específicamente socialista. Ello no quiere decir que el socialismo no pueda hacer suya la lucha contra esas otras opresiones, pero al hacerla suya tendría que recurrir a argumentaciones originadas en otras tradiciones. Por ejemplo, a argumentaciones de cuño liberal en el caso de la opresión política, o una teoría de la dominación patriarcal en el caso de las opresiones de género. A la vez, por lo menos para el autor, que se invoquen argumentos específicamente socialistas en defensa de la democracia no implica invalidar otras clases de justificaciones. Lo que sí se sigue de esa argumentación es que una justificación que prescinda de ellos es una justificación mucho más pobre en contenidos, y que esa pobreza puede distorsionar considerablemente el tratamiento del tema democrático.

Otro punto que vale la pena destacar es que las cuatro razones brevemente esbozadas más arriba se supone que son válidas tanto bajo condiciones socialistas como bajo condiciones capitalistas. En otras palabras, como condición de la eliminación de ciertas formas económicas de opresión, la democracia es valiosa en el socialismo y en el capitalismo. Tradicionalmente, en el socialismo se parte de la premisa que una economía organizada en torno al principio de nacionalización de medios de producción suprime la explotación característica de una organización de la economía regulada por la apropiación privada de esos medios, y que si el nuevo tipo de relaciones de producción genera modalidades de explotación, éstas son menos onerosas que la explotación capitalista. Si la premisa se acepta, habría que concluir que la asociación de democracia y socialismo es más valiosa que aquella entre democracia y capitalismo.

Al mismo tiempo, si se confiere validez al conjunto de razones que se explora en estas notas, se impone igualmente la conclusión que la democracia capitalista es superior a la dictadura capitalista, y que la democracia socialista es superior a la dictadura socialista. Sin embargo, estos criterios son insuficientes para comparar ambas clases de dictadura entre sí, o la dictadura socialista con la democracia capitalista. En ambos casos, el veredicto dependerá tanto del peso que se atribuye a las opresiones políticas resultantes de la ausencia de democracia, como de la manera concreta en que esa ausencia acentúe o agrave las formas de explotación correspondientes a cada tipo de organización económica.

Si hubiera que resumir en una fórmula sintética las cuatro proposiciones que se han avanzado, se podría decir que la democracia es un orden político valioso por constituir una condición para la eliminación de formas de explotación socialmente innecesarias. En fórmula, incluye la explotación de estatus, una clase de fenómenos respecto de los cuales es discutible que puedan alcanzar el rango de efectos sociales necesarios.

Este concepto de explotación socialmente innecesaria sólo adquiere sentido por oposición a la idea de que, en un determinado período, hay formas de explotación socialmente necesarias. En el socialismo, esas formas adicionales, la denuncia ética de formas de explotación inherentes a un cierto tipo de relaciones de producción y a los sistemas de incentivos y coerción correspondientes

ha sido íntimamente asociada con la noción que afirma que muchas de ellas son socialmente necesarias en cuanto su presencia es el único mecanismo social adecuado para conseguir ese desarrollo de fuerzas productivas requerido para desplazar progresivamente el límite de lo que es posible para la sociedad, levantando el conjunto de restricciones materiales que traban la expansión de dominios de autonomía personal. Puesto de otra manera, la meta de emancipación humana justifica la existencia de explotación como medio históricamente ineludible para alcanzarla. La siguiente afirmación de Marx, contenida los *Grundrisse*,¹¹ caracteriza al capitalismo precisamente en esa doble faz suya: como generador de efectos de explotación que a su vez lo dotan de una capacidad emancipatoria:

"El gran sentido histórico del capital es el de crear ese trabajo excedente, ese trabajo superfluo dentro del límite de vista de la mera subsistencia. Su cometido histórico está cumplido... (cuando) por el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo, a las que suada continuamente... en su afán ilimitado de enriquecimiento... (se) ha alcanzado un punto tal que la posesión y conservación de la riqueza general... exigen... un tiempo de trabajo menor para la sociedad entera... y la sociedad laboriosa se relaciona científicamente con... su reproducción en plenitud cada vez mayor; por consiguiente, ha cesado de existir el trabajo en el cual el hombre hace lo que puede lograr que las cosas hagan en su lugar... En su aspiración incesante por la forma universal de la riqueza (desea, el dinero) el capital impulsa al trabajo más allá de los límites de su necesidad natural y crea así los elementos materiales para el desarrollo de la rica individualidad, tan multilateral en su producción como en su consumo... Por esta razón, el capital es productivo... es una relación esencial para el desarrollo de las fuerzas productivas sociales. Sólo ella de se lo que es el collo de botella... y sólo un límite en el capital mismo".

No obstante, según se advierte, este carácter socialmente necesario de la explotación capitalista puede dejar de serlo. Por un lado, está la noción clásica que, de modo adecuado para el desarrollo de las fuerzas productivas, el capitalismo, época de una cierta época, traher ese desarrollo, es necesario, teóricamente, el preludio de la sustitución de ese modo de producción por otro. Por otro lado, el propio desarrollo capitalista puede ir haciendo superfluos fenómenos de explotación que, durante un período, fueron socialmente necesarios. Por ejemplo el desarrollo científico y la tecnología pueden ser ya tal que hagan posibles jornadas de trabajo mucho más cortas, o que simplemente se pueda prescindir de clases de trabajo particularmente tediosas, fatigosas y embrutecedoras, la mantención de la duración de la jornada de trabajo en esas condiciones, o la no eliminación de esas clases de trabajos, constituyen fenómenos de explotación socialmente innecesarios.¹²

¹¹ El texto ha sido tomado de la primera parte de la ponencia presentada por el autor con el título de *El socialismo y la preferencia por la democracia* al Simposio Internacional sobre Democracia Contemporánea, que organizó el Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile en Santiago de Chile, julio de 1986.

NOTAS

¹ C. Sartori: *Parties and party systems* volume 1 (p. 218); Cambridge University Press, 1976.

² J. A. Przeworski: *Capitalism and social democracy*; Cambridge University Press, 1985.

³ Por ejemplo, un esfuerzo reciente en L. Parnio: "Del socialismo científico al socialismo factible"; Levantamiento n.º 21, segunda época, octubre 1985.

⁴ J. Rawls: *A theory of justice*, The Belknap Press of Harvard University Press, 1971.

⁵ K. Marx: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, en *Obras Escogidas*, t. I, p. 240-241, Moscú, s.f.

⁶ K. Marx: *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, en *Obras Escogidas*, t. I, p. 416, ed. cit.

⁷ K. Marx: *Writings on the Paris commune* (ed. Hal Draper), p. 159, Nueva York, 1972. En esta obra y los dos volúmenes citados anteriores los presenta A. Przeworski: "Compromiso de clases estado: Europa Occidental y América Latina", en *Estado y política*, la denuncia ética de fenómenos de explotación socialmente innecesarios (ed. Norbert Lechner), Siglo XXI, México, 1981.

⁸ Kant: "What is enlightenment?", en *The philosophy of Kant* (C.J. Friedrich ed.) Modern Library, New York, 1977, p. 132.

⁹ R. Braverman: *Capitalismo, economía y capitalismo* Siglo XXI, México, 1976. En las estructuras de lo cotidiano, Alianza Editorial, 1984, pp. 6-7.

¹⁰ E. Roemer: *A general theory of exploitation and class*, Harvard University Press, 1982.

¹¹ K. Marx: *Elementos Fundamentales para la crítica de la economía política*, Siglo XXI, México, 1972, t. 1, p. 366-367.

El espacio de la industria y el universo del discurso

El esquivo deseo de publicar libros

Antonio Marimón

Nadie escribe para guardar los originales en los cajones, ni Kafka lo hizo". Este enunciado así de terminante, en realidad dicho como si no fuera un tema a discutir, fue escuchado en una conversación privada al narrador Andrés Rivera. Y, sin duda, a quien firma estas notas le tocó estar de acuerdo. Sin embargo, durante una reunión del Club de Cultura Socialista el viernes 19 de junio, en la que participaban como invitados Tomás Eloy Martínez y Alan Pauls —junto a María Teresa Gramuglio, miembro de dicha institución—, el asunto regresó bruscamente a la superficie. Sin que hagamos una reseña de ese debate, habría que recordar dos aspectos del discurso del joven Pauls (*El pudor del pornógrafo*, Sudamericana) que vienen a cuento para abordar el tema. Por una parte, la manifestación de cierto rechazo, diríase mejor de cierta prescindencia negativa con respecto a la figura del lector y por la otra, un punto de vista que se podría denominar negligente ante el problema de la publicación de los textos literarios. Interrogado sobre los motivos por los cuales el escritor entrega sus productos a muchas veces ingratos universos de los editores y las imprentas, parafraseó la famosa, astuta y coqueta respuesta de Borges: "creo que tomada a su vez de Alfonso Reyes: se saca a la luz pública tales papeles para dejar de corregirlos. Como sea, estas formulaciones dejaban de relieve que en la época de mayor inflación de publicaciones en toda la historia, de un vertiginoso crecimiento de la industria editorial en el mundo (aunque en la Argentina pase por una seria crisis), cuando los métodos de expansión del mercado del libro se rozan con las más sofisticadas formas que se elaboran en los medios masivos, el deseo individual de escribir —modelado en el romanticismo— no se ajusta explícitamente con el deseo de publicar. Es obvio, en este sentido, que Pauls hablaba aquella noche no desde el enfoque materialista de la relación autor-editores, y tampoco desde la dupla escritor-lector, sino que su discurso se proponía, tal vez inconscientemente, como la extensión del espacio de una poética.

De ninguna manera significa una novedad que haya poéticas que necesitan el olvido absoluto del lector, y de la potencial articulación social del producto literario, para realizarse como tales. Evidentemente, esta disposición es válida, incluso es la única posible cuando los cantos de sirena de la modernidad, las demandas del público y la mitología ideologizante, multiplicadora de consumo, de los medios masivos, invaden como nunca en el pasado la particularidad solitaria del trabajo con el texto. Pero esto no elimina a su vez la perspectiva de abordar la contradicción que ahí se perfila, o al menos de identificarla como una cuestión interesante.

¿Cómo se formulan quienes escriben el deseo de publicar sus escritos? Salvo la práctica en un grado primario de este oficio, lindante con el periodismo o el folletín —el escritor de Vargas Llosa y, sin recurrir a la ficción, Alberto Migré valen como ejemplos—, las respuestas a este interrogante distan de ser precisas. Al contrario, pareciera que la complejidad en el uso del lenguaje se potenciaría a fin de nombrar dicho deseo con fórmulas desviadas o de huidiza transparencia. Un caso extremo de desvío lo protagoni-

Ciertas poéticas se constituyen sobre la negación o el olvido de los lectores y por la potencial circulación de la obra literaria. Escribir en el olvido del lector se contradice, pero plantea también una paradoja, con el deseo de publicar: suele ser el deseo menos explícito en el lenguaje de los buenos escritores. Un debate reciente en el Club de Cultura Socialista puso en escena estos pliegues y silencios sobre los cuales se elabora aún la condición del escritor contemporáneo. Mientras, el aparato productor del libro ingresó en la era postindustrial.

zó Kafka cuando legó a Max Brod la tarea de destruir su obra. Sin embargo, se pregunta Maurice Blanchot, ¿por qué hizo de Brod su heredero? ¿Por qué, si hubiera querido hacer desaparecer su obra, no la destruyó? ¿Por qué la leía a sus amigos? ¿Por qué comunicó a Felice Bauer, a Milena, muchos de sus manuscritos (...), dice Blanchot (*La risa de los dioses*). Da la impresión de que en Kafka el deseo de que se leyera sus textos se expresó mediante lo opuesto, una demanda de destrucción: pero justamente en el empleo de un mediador, de un amigo, residió otra dramática trampa formal: permitió la fisura que produjo un efecto contrario: vale decir, la trascendencia histórica y la fama. No cabe preguntarse por la honestidad de Kafka, sobre elementos de índole mental en las páginas que escribió. La trampa, entonces, es de orden estructural: la tensión entre una poética tan exigente de aislamiento y de absoluto literario ("Escribir es para mí lo más necesario que hay", el escritor es una figura "ni siquiera hecha de polvo") y la demanda material de lectura implícita en la escritura misma, fue para el autor de *El Castillo* una condición permanente. Se impuso, desde luego, el signo dado por la sociedad y por la historia: los textos cumplieron con su destino de ser para que alguien los leyera. Pero sucede que en la relación contradictoria de estos términos: lectura y escritura, libro y circulación del libro, en el gesto de apartar como si fueran brazos antagónicos las dos prácticas que fundan la vida de la obra, hay un aspecto que desconoce a la materia. Al mismo tiempo, ese olvido que la poética se propone de su destinatario es algo fundante generalmente necesario para su propio desarrollo como escritura. Tanto el paradigma del lector externo, como con mayor incidencia el de público o de receptor de la obra, introducen un acortamiento que pocas veces ha favorecido la creación de buena literatura en los tiempos modernos, dentro del marco de la cultura secularizada.

Si nos referimos a Buenos Aires, Macedonio Fernández fue otro que perseveró en el olvido con innegable consecuencia. Ya forma parte de la leyenda la memoria de sus manuscritos abandonados en polvorientas piezas de pensión o cajas de galletitas, como pasó con "Helena Bellamuerte", lo mismo que su desapego ante la publicación, que Borges —no sin mala fe— confundió con desapego ante el acto de escribir. Pero sí de manera explícita, como se realiza mediante un juego de olvidos y presen-

cia, de invasión y exclusión donde el que Malcolm Lowry explica a un editor remiso y torpe la verosimilitud de lecturas que propone la novela *Bajo el volcán*, constituye sin duda magistral y consciente anticipo de ese lector desdoblado en el autor. La trayectoria misma de Lowry encarna las vicisitudes en zig-zag del escritor moderno: es un hombre autodestructivo cuyo mayor personaje literario, el Cónsul, resulta un arquetipo de autodestrucción; claro que es asimismo un escritor que se obsesiona en hacer una obra marcada varias veces por el accidente y los siniestros, o sea por la destrucción súbita, como llamada y alentada ésta por el tema quizás más fuerte de su poética.

Se constatan, pues, varios aspectos de dicho fenómeno en el caso de *Primo*, que hay una tensión contradictoria entre determinadas poéticas y la lectura social, pero a la vez los libros que se escriben evidentemente se publican; este hecho parece irrefutable. Segundo, que en el espacio individualista del escritor "al como traza el romanticismo y el ascenso de la burguesía, el deseo de publicar las obras ya acabadas tiene dificultades para designarse, ciertas censuras para decir que existe como tal. Umberto Eco, aunque con otras palabras, atribuye este fenómeno a que la explotación de dicho deseo ha sido en realidad monopolizada por los autores "que escriben para complacer al público", vale decir por los fabricantes de best-sellers ("Lector in fabula", *La Nación*, 26/7/87). Frente a esta especie de impedimento de lenguaje, que en definitiva designa un prurito moral, el argumento de Alfonso Reyes y Borges parece uno de los más felices para desplazar el problema, pero no resulta explicativo. Durante el mencionado debate en el Club de Cultura Socialista, Daniel Samoilovich demostró lo frágil de ese recurso: el propio Borges siguió practicando ajustes, luego cambios o eliminaciones de textos en reediciones de sus libros es decir que pese a la publicación continuó corrigiendo; Octavio Paz también ha realizado esta clase de retoques. Un tercer aspecto para puntualizar es que aun antes de que la obra se encuentre acabada, cuando la poética se concentra en pleno trabajo específico, la acción de vigilar los textos con el estilo y sobre todo de corregirlos la cocina de la escritura incluye, a la manera de una fatalidad irónica, la impronta del lector con todas sus marcas culturales y sociales. Para resumir, no habrá libro sin un sutil bordado dialéctico de lectura y escritura, el cual se realiza mediante un juego de olvidos y presen-

programa del autor concreto no siempre resulta simétrico con estos cambios de posiciones.

Pero no dejemos todavía de lado aquella jornada del Club de Cultura Socialista. Entonces Hugo Vezzetti hizo a los participantes una pregunta sobre el estatuto del narcisismo con respecto al deseo de escribir y el deseo de publicación. Curiosamente, el asunto no fue recogido por los escritores. Ese grado de omisión tampoco parece casual: pese a que pocos ámbitos profesionales son tan cruzados por la vanidad, las competencias aniquilantes con los otros, las fantasías persecutorias y la lucha por el reconocimiento como el que viven los artistas y escritores, dicho costado del deseo casi nunca emerge a la superficie de un análisis inteligente. La historia de la literatura está plagada de rivalidades célebres, pero reducidas sin embargo a la sordidez cuniosa o malévola. Escasos son los autores capaces de admitir, como Orwell, que la vanidad y la competencia constituyen un acicate poderoso para su trabajo. En consecuencia, da la impresión de que esta zona de las pasiones humanas estuviera apartada de la figura mítica del escritor, y que existieran barreras ideológicas para abordarla con franqueza. El peso del paradigma también actúa entonces para desalojar del habla el deseo narcisista de publicar, para reducir el placer que la publicación provoca al grado de lo inconfesable y alejado del deseo de escribir. ¿Son ambas esferas tan diferentes, cuánto y cómo lo son? ¿Cómo se vincula el acto de publicar los textos con las poéticas de los escritores, en qué medida opera dentro del complejo desarrollo de un conjunto de obras? ¿Cómo influye la publicación de un libro en los siguientes libros de un autor, cómo se mezcla —sobre todo en esta época— el tiempo de la demanda industrial con el ritmo del oficio? Estas preguntas se aproximan a cuestiones materiales que por paradoja, son raramente observadas en voz alta por los propios escritores.

Es claro que en el deseo de publicar actúan también razones históricas y sociales. Sin la publicación de la obra no hay manera de que los textos se vinculen con el resto de la literatura; tal diálogo constituye, en secreto o no, un sueño comprendido tal vez en el sueño de toda poética. Se diría que no existe poética sin un grado, aunque sea virtual, de dicho diálogo. Al mismo tiempo, la realidad tangible de una industria editoria, de un público, de un conjunto de solicitudes sociales articuladas sobre un rubro productivo, son elementos que proponen una realidad difícil de sortear. Como sea, la experiencia indica que ya se trate de un libro lanzado con los recursos de la publicidad y la cultura de masas a su servicio, o de una entrañable edición marginal de doscientos ejemplares, el espacio de la industria crea un universo del discurso. El conjunto de lo escrito y que va más allá del límite de lo preliterario —de los borradores— tiene por destino este océano productivo, tan perverso y necesario como cualquier espejo (sussurraría Borges). Al final de estas notas se constata, pues una trama de silencios, fantasmas, marcas y contradicciones que llama no tanto a la sorpresa como a la curiosidad, porque después de todo, sus relieves son como un sinónimo del hecho de vivir en la literatura.